J. Krishnamurti

el despertar de la sensibilidad o el arte de ver



EL DESPERTAR DE LA SENSIBILIDAD O EL ARTE DE VER

Pláticas de KRISHNAMURTI
en SAANEN - SUIZA
Año 1966

EDITORIAL ORION

M E X I C O
1 9 7 7

Título de la obra en inglés
TALK BY KRISHNAMURTI IN EUROPE, 1966

Primera Edición, 1967.

Segunda Edición, junio de 1973.

Impreso y hecho en México.

Printed and made in Mexico.

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL ORION.
Sierra Mojada Nº 325. México 10, D. F.

NOTA DE TRADUCCIÓN

En la traducción al español de las pláticas de Krishnamurti surge un problema que naturalmente preocupa a algunos de sus lectores más serios: Hasta qué punto puede lograrse una forma más bella sin sacrificar la fidelidad al sentido.

Sin menoscabo de seguir haciendo cuanto sea posible en esa dirección, deseamos explicar la razón que vemos para respetar, con igual celo, el estilo coloquial y repetitivo que Krishnamurti usa. Según él mismo lo explica una y otra vez, cada una de sus pláticas, más que propiciar el análisis intelectual, la reflexión filosófica, o el deleite de una forma bella, tiende a facilitar en sus oyentes un estado de total atención, capaz de abarcar, tanto la realidad circundante, como los propios condicionamien-

tos y reacciones que entorpecen el libre fluir de la vida.

Se trata de un tipo de comunicación que se vuelve vital y fructífero en la medida en que orador y auditorio se encuentran en un mismo nivel de serena vivencia psicológica, de libre exploración y aprendizaje.

Para el logro de esa comunión nos parece esencial el estilo que usa Krishnamurti, incluyendo sus pausas cada vez más significativas, especie de vacíos en que la mente se aquieta y deja que despierte y opere una nueva sensibilidad.

La lectura de sus libros debe ser tal que facilite ese mismo estado de total atención.

I

Como quiera que vamos a tener diez pláticas, pienso que podríamos penetrar en muchas cosas, más bien cuidadosa y tentativamente, de modo que todos podamos comprender de lo que vamos a hablar. No se impacienten, pues. En una plática no podemos abarcar la totalidad del panorama de la vida. Si están ustedes escuchando por vez primera y desean que se contesten todas las cosas de una vez, me temo que ello sea casi imposible. Lo que podemos hacer juntos es inquirir si es en modo alguno posible, viviendo en este mundo, con toda la complejidad de sus problemas, con sus trabajos y miserias, con la confusión que existe, tanto interna como externa; si es en modo alguno factible para un ser humano que viva en este mundo y funcione, por así decirlo, normalmente, libertarse él mismo de los muchos problemas que existen, no sólo alrededor suyo, sino también en él mismo. Podemos, pues, inquirir si es posible libertarse totalmente y, por consiguiente, quizás entrar en una dimensión totalmente distinta de la existencia.

Me parece que es útil y necesario ahondar en estas cuestiones, pero ello requiere enorme paciencia. Ya que exige una extrema dosis de examen e investigación, no desde el punto de vista particular de nuestras propias idiosincrasias, tendencias, nacionalidad o dogmas, sino más bien inquirir en la totalidad del problema humano.

¡Si sólo pudiéramos comprender al hombre como un todo, al hombre que está viviendo en la India, en Rusia, América, China o bien aquí! Al comprenderlo en general, quizá podríamos empezar a comprender al hombre en particular, a los individuos como somos ustedes y yo.

Para comprender tan inmenso problema, en verdad complejo y grave, se requerirá comprender lo que cada uno de nosotros desea como ser humano, lo que estamos buscando, aquéllo que tratamos de hacer. Pienso que si somos capaces de preguntarnos qué es lo que buscamos, qué es lo que queremos experimentar, cuán hondamente deseamos en realidad ser pacíficos y cuán profundamente, en nuestro fuero interno queremos ser libres, entonces quizás estaremos en condiciones de inquirir inteligentemente. La mayoría de nosotros en verdad deseamos experimentar algo. Nuestras vidas son limitadas, más bien estrechas

y pequeñas, burguesas, si es que puedo usar esa palabra sin un sentido despectivo. Todos nosotros sabemos eso y deseamos ir más allá y experimentar algo mucho más vital, de mayor significación, que resuelva todos nuestros problemas. Pienso que esto es lo que el hombre, en cualquier parte del mundo, está buscando. Puede llamarlo con diferentes nombres: experiencia religiosa, una más alta sensibilidad, mayor capacidad para comprender la totalidad de la existencia humana, estar libre de todo ese incesante conflicto, encontrar algo más que lo que el pensamiento fabrica.

La mayoría de nosotros más bien estamos hartos del análisis, del examen, de inquirir, de sondear, preguntar, cuestionar y también de la duda. Mucha gente inteligente ha pasado a través de todo ello. ¡Han leído tanto! Conocen intelectualmente las contestaciones a casi todas estas preguntas, pero el conocimiento no parece satisfacer todas las cuestiones que la mente se plantea. El pensamiento encuentra una contestación que no parece satisfacer completamente, ni contestar el problema en forma total.

La mente está siempre buscando, buscando el significado de la muerte, el significado del amor, cuál es la adecuada relación, cómo ser

libre de este constante conflicto dentro y fuera, cómo librarse de las guerras, cómo tener paz, qué significa la libertad. Siempre estamos preguntando, preguntando, preguntando, y en este preguntar, en ese mismo inquirir, deseamos que alguien nos responda, alguna autoridad, alguien que sabe, alguien que tenga una profunda comprensión de la vida. Nos volvemos hacia otros y, por consiguiente, dependemos de ellos y somos presa de las opiniones de los más astutos, de los viejos maestros, o bien, de los más recientes eruditos. Nos interesan las opiniones, pero las opiniones no son la verdad; discutirlas tiene poco sentido. Ello sólo conduce a la argumentación dialéctica, astuta e intelectual. Para encontrar por uno mismo, como ser humano total, cómo hacer las preguntas, es muy importante con qué propósito las hacemos, cuál es el motivo detrás de ellas; porque generalmente el motivo contesta la pregunta. Si uno tiene un propósito al preguntar, ese mismo propósito dicta la contestación. La pregunta ha sido contestada y, por consiguiente, el preguntar no tiene valor en absoluto, por cuanto se tiene un motivo, un propósito, una intención, una dirección hacia la cual se desea ir. Así que uno hace la pregunta para comprobar si es correcta o equivocada. Un

hombre que pregunta con un motivo, es realmente una persona superficial, por cuanto la contestación ha sido dictada de antemano, condicionada por su motivo, su propósito, su dirección.

¿Pueden ustedes preguntar sin un propósito, sin buscar? Esa es la cuestión real, y es muy interesante penetrar en ella. Nuestras vidas están llenas de perturbaciones; somos desdichados, confusos; vivimos en el dolor con estas incesantes guerras que amenazan nuestra seguridad; existen innumerables ideologías, teorías, dogmas, creencias, temores y todas las cosas que hemos heredado. Deseamos que todas estas interrogantes se contesten. Es, por consiguiente, normal y saludable preguntarnos a nosotros mismos si es posible libertarnos de todo ello; pero como acabamos de decir, hacer una pregunta con un motivo tiene muy poco significado.

¿Podemos hacer una pregunta y dejarla, sin tratar de encontrar una respuesta, sin tratar de encontrar una solución a nuestros problemas? Hay una solución, una solución total, una completa respuesta a todos nuestros problemas, ya sea el problema de la muerte, del amor, la cesación de las guerras y de todos los antagonismos y prejuicios de raza y clase; a

todos los absurdos de la mente. *Existe* una contestación, pero es muy importante hacer la pregunta correcta, lo cual aparentemente nos parece difícil. Y es que estamos demasiado ansiosos por hallar una respuesta, una solución, porque en realidad sólo nos interesa lo inmediato de la existencia, lo que ocurrirá ahora. La impaciencia, pues, dicta la contestación, la cual invariablemente nos conforta, es gratificadora y pensamos haber encontrado la respuesta.

Por favor, vamos a poner muy en claro, desde la primera de estas pláticas, que ustedes no están meramente escuchando al que habla. El que habla no tiene valor alguno, ni tampoco lo que él dice. Lo que tiene valor es cómo, al escucharle, se comprenden ustedes a sí mismos. Él es como un espejo en el cual nos vemos reflejados. Nuestra conciencia, nuestra actividad diaria, nuestras demandas inconscientes, nuestra búsqueda y temores, son así expuestos. Cuando de este modo escuchamos, entonces empezamos a descubrir por nosotros mismos, no las ideas, las conclusiones, las afirmaciones del que habla, sino más bien vemos, también por nosotros mismos, lo que es verdadero y lo que es falso. En el momento que comprendemos como seres humanos lo que es

verdadero, la totalidad de nuestro problema se resuelve; pero si meramente estamos escuchando al que habla, en forma intelectual, arguyendo con él, interesados en una opinión, en nuestra propia opinión y conocimiento, o en las conclusiones que hemos adquirido de alguna otra persona, entonces estamos interminablemente comparando lo que el orador dice con lo que otra persona ha dicho. Permanecemos, pues, en el mundo de las palabras, en el mundo de las opiniones, de las conclusiones, y éstas tienen muy poco valor.

Espero que ustedes escucharán, pero no con la memoria de lo que de antemano conocen; lo cual es muy difícil. Ustedes escuchan algo y de inmediato su mente reacciona con su conocimiento, sus conclusiones, sus opiniones, sus pasadas memorias. La mente escucha buscando una futura comprensión. Simplemente observen cómo escuchan y verán ustedes que eso es lo que ocurre: o escuchan partiendo de una conclusión, del conocimiento, de ciertas memorias, experiencias, o bien desean una contestación y están impacientes. Desean conocer todo lo que ello envuelve, todo lo que la vida encierra, la extraordinaria complejidad del vivir. De hecho no están ustedes escuchando. Ustedes pueden escuchar, sólo

cuando la mente está en calma, cuando no reacciona de inmediato, cuando hay un intervalo entre la reacción y lo que se dice. En ese intervalo hay quietud, hay un silencio, y solamente en ese silencio surge una nueva comprensión que no es intelectual. Si hay un vacío entre lo que se dice y nuestra propia reacción, en ese vacío, ya sea que se prolongue indefinidamente por un largo período, o por pocos segundos; si ustedes observan, en ese intervalo surge la claridad. El intervalo es el nuevo cerebro. La reacción inmediata es el viejo cerebro, el cual funciona dentro de su propio sentido tradicional ya aceptado, reaccionario y animal. Cuando todo eso queda en suspenso, cuando la reacción cesa y hay un intervalo, entonces hallarán ustedes que el nuevo cerebro actúa, y sólo a éste le es dable comprender; no al viejo cerebro.

Creo que es importante comprender la operación, el funcionamiento, la actividad del viejo cerebro. Cuando el nuevo es el que opera, al viejo no le es posible comprenderlo. Únicamente cuando el viejo cerebro, condicionado, animalizado, sometido a cultivo durante siglos y que eternamente busca su propia seguridad y consuelo; solamente cuando ese viejo cerebro se aquiete, verán ustedes que existe

un movimiento totalmente distinto, y será este movimiento el que traerá claridad. Este movimiento es claridad en sí mismo.

Así, pues, para que haya comprensión tiene que comprenderse el viejo cerebro, mantenerse alerta de él, conocer sus movimientos, sus actividades, sus demandas, su búsqueda, y he ahí por qué la meditación es tan importante. No me refiero al absurdo y sistematizado cultivo de cierto hábito de pensamiento y todo lo demás. ¡Es demasiado infantil e inmaduro todo eso! Por meditación quiero decir el comprender las operaciones del viejo cerebro, observarlo, saber cómo reacciona, cuáles son sus respuestas, sus tendencias y demandas, sus agresivas persecuciones; conocerlo en su totalidad, su parte inconsciente tanto como la consciente; cuando ello se conoce, cuando hay un darse cuenta sin controlarlo ni dirigirlo, ni decir: «Esto es bueno», «esto es malo», «conservaré esto», «no conservaré aquello»; cuando ustedes ven el movimiento total de la vieja mente, cuando la ven en su totalidad, entonces es que se aquieta.

También tienen ustedes que ahondar en la cuestión de lo que es ver, observar, percibir. Me pregunto cómo ven ustedes las cosas. ¿Las ven con sus ojos, con sus mentes? Lógicamen-

te, las ven con sus ojos; sin embargo, ellas se ven con más rapidez con la mente que con los ojos. Ustedes ven el mundo mucho más velozmente que lo que el ojo puede jamás percibir. Ustedes ven con la memoria, con el conocimiento, y cuando de ese modo ven, esto es, con la mente, están viendo lo que ha sido, no lo que de hecho es.

Por favor, como antes dije, pongamos a prueba lo que estamos escuchando, veamos cómo nuestras mentes miran con todo el conocimiento del pasado, con nuestras miserias, ansiedades, culpabilidad, desesperación, esperanza y todo lo demás que hemos acumulado, lo cual es el pasado. Con todo eso miramos, y así, al mirar a la mente vieja, estamos todavía mirando con el conocimiento de ella misma y por consiguiente, no estamos mirando en absoluto. Para mirar cualquier cosa, no importa lo que sea, —la propia mente cuando opera, un árbol, el movimiento del río, las nubes en fuga sobre el valle— para realmente ver, el pasado debe aquietarse. Con objeto de mirar, todo conocimiento de nuestras intenciones, preocupaciones, problemas personales y todo lo demás, debe descartarse por completo, lo cual significa en realidad que debe haber libertad para mirar, para mirar el complejo cere-

bro consumidor del tiempo, que es el pasado; libertad para observar todas sus reacciones y en realidad dejar que él se exprese. Entonces ustedes pueden observar.

No podemos observar si tenemos defensas, si tenemos resistencias, y los más de nosotros hemos cultivado cuidadosamente este mecanismo de autodefensa, el cual impide nuestro mirar. Somos cristianos, hindúes, ateos, comunistas, o Dios sabe cuántas otras cosas; somos todas esas cosas y a través de ellas, de la actividad de la vieja mente, miramos la vida, de manera que nunca miramos la vieja mente con libertad. Sin embargo, es sólo con libertad que la vieja mente responde, que se expone a sí misma.

Si me estoy defendiendo a mí mismo, para poder descubrirlo, debo estar libre para mirar, pues sólo en la libertad podemos mirar, sólo así podemos comprender. Es solamente con libertad que lo viejo responde naturalmente y entonces podemos comprenderlo. Me parece que nosotros nunca pedimos, nunca demandamos estar libres por completo. Pedimos libertad condicionada, libertad de algún inmediato dolor, ansiedad o problema, pero tal inmediata demanda no es libertad. La libertad ha de ser total. Es sólo en esa libertad que podemos

descubrir, como lo hacen los grandes científicos. Solamente cuando ellos están libres por completo en sus laboratorios o donde trabajen, pueden descubrir algo nuevo. Fuera de eso, son como cualquier otro ser humano.

La demanda por la libertad y la insistencia en ella revelarán, fácil y naturalmente, los varios condicionamientos y defensas que el hombre ha construido a través del tiempo. En esa revelación del pasado, uno empieza a ser libre, libre en realidad de ese pasado, tanto de lo consciente como de lo inconsciente.

Pregunta: ¿Cómo puede uno explorar lo inconsciente?

KRISHNAMURTI: En primer lugar, ¿qué es lo inconsciente? Muchas personas han escrito sobre ello con varios prejuicios, preferencias, conclusiones; pero si descartan ustedes todo eso, si descartan todo lo que otros hayan dicho, entonces pueden empezar a inquirir por ustedes mismos lo que en realidad es. Entonces no dependen de lo que otros dicen. ¿Qué es lo inconsciente? ¿Esperan que yo lo diga, o están *ustedes* inquiriendo? ¿Cómo inquieren? Sólo pueden inquirir cuando están apasionadamente interesados. Si desean *realmente* saber, no casual o intelectualmente, o por curiosidad; si desean en *verdad* saber, con pasión,

hondamente y por ustedes mismos lo que el inconsciente es, entonces, ¿qué ocurre? ¿Qué ocurre cuando con tremenda agudeza ustedes tratan de descubrir algo por ustedes mismos, como seres humanos, rechazando todo lo que alguien haya dicho acerca de ello? La mente se vuelve muy aguda; extraordinariamente activa. La mente mira, no preguntando, sino observando, atenta. Hay una diferencia entre preguntar y mirar. Cuando usted pregunta, desea encontrar una contestación, y esa contestación dependerá de sus condicionamientos, tendencias, esperanzas o temores. Pero si usted está observando, no hay demanda ni pregunta; está observando. Espero que vean la diferencia entre las dos cosas: preguntar y observar. Ahora ustedes están observando, lo cual quiere decir que están completamente vivos, activos, no esperando que alguien les diga de qué se trata, y por consiguiente, no temen descubrir. No están repitiendo lo que alquien ha dicho. ¿Qué es lo que ustedes descubren?

Pregunta: ¿Cómo puedo comprender lo inconsciente?

KRISHNAMURTI: ¿No estamos hablando de dos cosas diferentes? Usted está usando la palabra «comprender» en el sentido de observar, llegar a saber, familiarizarse con algo,

ver todo su contenido, cómo ello opera, cómo funciona, cómo está hirviendo, es decir, la totalidad de ello. Yo digo: ¿Están ustedes descubriendo por sí mismos lo que es lo inconsciente, o están mirándolo a través del conocimiento de lo que otros han dicho acerca de él? ¡Obsérvenlo ahora mismo! Por favor, mírenlo cuidadosamente. Si lo ven con el conocimiento de lo que otros han dicho sobre el asunto, ello sigue siendo todavía parte de lo inconsciente. ¿No lo creen así?

Pregunta: ¿Cómo vamos a explicar a los niños lo que ocurre después de la muerte?

KRISHNAMURTI: Señora, estamos discutiendo algo enteramente distinto, ¿no es así? Veremos esa pregunta sobre la muerte y todo lo demás, en otro momento.

Pregunta: Creía que usted había terminado.

KRISHNAMURTI: ¡Ah, no, no! ¿Cómo podemos dar por terminada una pregunta así, en dos minutos? ¿Comprende usted lo que acabo de decir? Si miro al inconsciente con el conocimiento de lo que otros hayan dicho acerca de él, estoy actuando en pasado; no estoy mirando; y lo que se ha dicho sobre él *se ha* incorporado al inconsciente. Yo descubro que lo inconsciente es todo lo que se ha dicho

acerca de la muerte, Dios, el comunismo, sobre cómo debo conducirme acerca de la raza, la herencia racial, etc., o sea la totalidad del pasado; eso es lo inconsciente. ¡Lo he descubierto! A ello no vuelvo; por consiguiente, lo que he descubierto es lo que tiene vitalidad.

Pregunta: Si nosotros vemos todo ese trasfondo, el pasado, ¿quién es el observador que está mirando al pasado? ¿Cómo podemos separar el pasado y la entidad que dice: «Estoy mirando ese trasfondo»?

KRISHNAMURTI: ¿Quién es la entidad, el observador que está mirando al pasado? ¿Quién es la entidad, el pensamiento, el ser, como quiera que deseen llamarle, que dice «Estoy mirando lo inconsciente»?

Hay una separación entre el observador y lo observado. ¿Es ello así? ¿No es el observador lo observado?... ¡Por consiguiente, no hay separación en absoluto! Penetremos despacio en esto. Si ustedes pudieran comprender esta sola cosa, sería el fenómeno más extraordinario que pudiera ocurrir. ¿Comprenden ustedes la pregunta? Existe lo inconsciente tanto como lo consciente, y digo que debo saber todo lo relacionado con ello; debo conocer el contenido y también el estado de conciencia

cuando no existe el contenido, lo cual pertenece a una etapa posterior, en la que entraremos si tenemos tiempo.

Estoy mirando eso. Yo digo, el observador dice, que lo inconsciente es el pasado; lo inconsciente es la raza en la cual nací, la tradición, no sólo de la sociedad, sino también de la familia, el nombre, el residuo de toda la cultura india, el residuo de toda la humanidad con todos sus problemas, ansiedades, culpabilidad y todo lo demás. Yo soy todo eso y eso es lo inconsciente que es el resultado del tiempo, de muchos millares de ayeres, y existe el «yo» que lo está observando. Ahora bien, ¿quién es el observador? De nuevo, busquen por ustedes mismos, ¡descubran quién es el observador; no esperen que yo lo diga!

Pregunta: El observador es el que mira.

KRISHNAMURTI: Pero ¿quién es el que mira? El observador es lo observado. ¡Espere, espere, señora! Esto es muy importante. El observador es lo observado. No hay diferencia, lo cual significa que el observador es lo observado. Entonces, ¿qué puede el observador hacer acerca de lo inconsciente?

Pregunta: ¡Nada!

KRISHNAMURTI: No, señora, ésta es una pregunta muy importante. Usted no puede despacharla así y decir: «*nada*». Si soy el resultado del pasado, y *soy* el pasado, no puedo hacer *nada* acerca de lo inconsciente. ¿Ve usted lo que ello significa? Si no puedo hacer nada acerca de él, ¡estoy libre de él! ¡Ah, no, no, señora; no asienta usted tan velozmente; esto requiere tremenda atención! Si en realidad no puedo hacer nada en absoluto, en cualquier nivel que sea, sobre el dolor, tanto físico como psicológico; si en verdad nada puedo hacer acerca de ello, porque el observador es lo observado, entonces estoy totalmente libre de ello. Sólo cuando siento que puedo hacer algo, es que estoy preso.

Pregunta: ¿Qué ocurre cuando nada puedo hacer? ¿Acaso no es el pasado el mismo presente? La mente se atrapa en eso y, ¿qué puede ella hacer?

KRISHNAMURTI: El presente es el pasado modificado. Pero es todavía el pasado, lo cual crea el futuro, el mañana. El pasado a través del presente es el futuro. El futuro es el pasado modificado. Hemos dividido el pasado en presente y futuro. Así, el pasado es un movimiento perpetuo, modificado, pero es siem-

pre el pasado el que está actuando. ¡Así, pues no hay presente!

El pasado siempre está operando, aunque podamos llamarle «presente» y tratemos de vivir en ese presente, o pretendamos rechazar el pasado o el futuro y decir: «El presente es la única existencia que importa», y sin embargo, todavía es el pasado, el cual nosotros dividimos como presente y futuro. Ahora bien, ¿qué ocurre —pregunta el interlocutor— cuando comprendo que el pasado soy yo, el observador que examina el pasado, cuando comprendo que el observador es el pasado? ¿Qué es lo que ocurre? ¿Quién va a contestarles esta pregunta? ¿El que habla? Si yo fuera a decirles lo que ocurre, ello sería simplemente otra conclusión que se incorpora a lo inconsciente. Ustedes actuarían de acuerdo con lo que se ha dicho y no descubrirían nada por ustedes mismos. Todo lo que hacen cuando esperan que el orador sea el que conteste, es mera acumulación. Esa acumulación se transforma en presente y futuro y ustedes están perpetuamente viviendo en la corriente del tiempo. Pero cuando ustedes se dan cuenta de que el observador, el pensador, *es* el pasado y por consiguiente, no hay división entre el observador y lo observado, entonces toda

actividad de parte del observador cesa, ¿no es así? Eso es lo que nosotros no comprendemos.

Pregunta: Pero el tiempo es una ilusión. . .

KRISHNAMURTI: ¡Ah, no, no! El tiempo no es una ilusión. ¿Cómo puede usted decir que el tiempo es una ilusión? Usted va a comer; tiene una casa, tiene que volver a ella, se va a abordar un tren y esa jornada le toma cinco horas o bien una. Eso es el tiempo. Ello no es una ilusión. No puede interpretar eso como una ilusión. Es un hecho que el inconsciente es el pasado; y el observador dice: «Tengo que descargarme del pasado, tengo que hacer algo acerca de él; tengo que resistirlo; tengo que eliminar ciertas condiciones neuróticas, etc.», así, el observador, el actor, lo mira como algo diferente de sí mismo; pero cuando usted lo mira muy de cerca, el actor, el observador, es lo inconsciente, es el pasado.

Pregunta: ¿Cómo se desprende uno del pasado?

KRISHNAMURTI: Usted no puede hacerlo. Usted se desprende del pasado totalmente cuando no existe el observador. Es el observador quien está creando el pasado; es el observador quien dice: «Debo de hacer algo

acerca de él en términos de tiempo». Esto es de la mayor importancia.

Es muy importante comprender, cuando se mira un árbol, que existe el árbol y también usted, el observador mirando el árbol. Usted, que está mirándolo, tiene conocimiento acerca de él. Conoce su especie, su color, su forma, su clase, si es bueno. Tiene usted conocimiento acerca de él; así, pues, está mirándolo como un observador que tiene amplio conocimiento sobre él, como mira usted a su esposa o esposo, con el conocimiento del pasado, con todas las heridas y todos los placeres. En ese mirar están presentes tanto el observador como lo observado: los estados diferentes. Así, usted nunca mira al árbol. Siempre mira con el conocimiento que tiene de ese árbol. Esto es muy sencillo. El mirar a otro, esposo, esposa o amigo, requiere que se le mire con una mente fresca; de otra manera, usted no puede verles. Si usted mira el pasado con el placer, la pena, con ansiedad, con lo que él o ella le ha dicho, eso permanece; y con todo eso, a través de ello, usted mira. Eso es el observador. Si usted puede mirar a un árbol, a una flor, a otro ser humano sin el observador, una acción totalmente diferente tiene lugar.

10 de julio de 1966.

II

¿Continuaremos con nuestro tema de antes de ayer? Hablábamos, con palabras distintas, de la importancia de una total revolución en la mente. Estamos acostumbrados a los cambios a medias, fragmentarios, y éstos tienen lugar compulsivamente, como un medio de defensa o con un propósito; un propósito moral o ético. Todos reconocemos que tiene que haber una completa revolución de la mente que sea fundamental, radical. El hombre ha vivido durante tanto tiempo en conflicto, dentro y fuera de sí mismo, en desdicha, actuando dentro de los límites de su egoísmo, en guerra, decepción, engaño, crueldad. Todo eso nos es familiar. Quienes tienen alguna seriedad, ven la importancia de un cambio, de una mente que aún encarándose con todos estos problemas, pueda vivir en este mundo sin escapar a la vida monástica y viva, no obstante, de un modo totalmente distinto.

Uno ve, además, que hay cambios parciales, a través de actos de la voluntad. Yo deseo

cambiar. Hago un gran esfuerzo de voluntad y trato de lograr una modificación por la persuasión, la constancia y la búsqueda. Pero no hay cambio total. Sigue esta extraordinaria batalla dentro de uno mismo que se expresa en la conducta externa, en la externa relación. Si en modo alguno somos serios, ¿cómo hemos de producir un cambio total en la mente? Estoy seguro de que hemos tenido que hacer esta pregunta docenas de veces. ¿Qué hemos de hacer? Uno sabe que carece de sensibilidad y de afecto, de una grande, honda y genuina calidad de afecto, sin mancha de egoísmo o autocompasión. Uno sabe que actúa dentro de los límites del ego, la eterna actividad egocéntrica. Sabiendo todo esto, ¿qué vamos a hacer? ¿Cómo hemos de romper a través de esta valla autodefensiva, a fin de quedar absolutamente libres del conflicto, la miseria y el dolor, toda la fatiga de la humana existencia?

He aquí lo que vamos a discutir: si es en modo alguno posible vivir en cada instante tan completamente que el tiempo no exista; nada de cambiar gradualmente, nada de ser libre en el futuro o en alguna otra vida, si hay alguna; nada de pensar en que mañana seré algo. ¿Cómo ha de ocurrir esto?

Las gentes han tratado distintos modos, empeñándose en no pensar en absoluto, porque ven que el pensamiento es el origen de todo mal. Han experimentado con drogas de efectos distintos que estimulen su sensibilidad, que han de dar una cualidad diferente a sus acciones. Han probado con drogas que ahuyentan todo miedo, de modo que no haya de qué defenderse, a fin de sentirse totalmente espontáneos, de manera que no haya pensamiento alguno del «yo». Han practicado infinidad de fórmulas para identificarse con una idea que ellos llaman Dios, con el Estado, o con una existencia futura. Toleran miserias, constantes dolores y ansiedades.

Todos sabemos esto; todos hemos experimentado con varias de estas cosas. Quizás ello pueda tener temporalmente algún efecto, por uno o dos días. Sin embargo, pronto se desvanece y volvemos a las mismas, acaso un poco estimulados, pero otra vez caemos en la diaria rutina, en la apagada e insensible existencia cotidiana, soportando nuestra miseria, defendiéndonos, riñendo, luchando a duras penas por la vida hasta que viene la muerte. También sabemos esto. Y nos preguntamos si es en modo alguno posible dejar, echar a un lado, evitar este tipo de existencia, de manera

que tengamos una mente totalmente distinta, una distinta existencia, de modo que no haya diferencia entre la naturaleza y nosotros, entre nosotros y los demás, para que la vida tenga una elevada y honda calidad, un sentido. Creo que eso es lo que la mayoría de nosotros está buscando. No podremos expresarlo, ponerlo en palabras; pero profundamente eso es lo que los más de nosotros anhelamos: no una felicidad personal, ya que ésta tiene muy poco sentido. Lo que sí tiene sentido es una vida que tenga en sí misma una tremenda significación, una vida en absoluto libre de conflicto, en la cual haya una total ausencia de tiempo. ¿Es eso posible?

Uno puede hacer esa pregunta intelectualmente, en forma verbal, teóricamente. Pero es obvio que tal pregunta conduce a una respuesta también teórica, a una posibilidad a base de conjeturas y conceptos, pero no real. Sin embargo, si uno pregunta seriamente, con pleno interés y pasión, porque uno ve la futilidad de su modo de vivir; si uno interroga en realidad, entonces, ¿cuál es la respuesta? ¿Qué es lo que uno ha de hacer, o no hacer?

Yo creo que es muy importante que nos hagamos esta pregunta a nosotros mismos. Nada de aceptar la pregunta del orador, por-

que una pregunta de otra persona tiene muy poco valor, es superficial. Sin embargo, si es uno mismo quien hace la pregunta con pleno interés y por lo tanto con intensidad, entonces establecemos una relación con el orador y nuestra mente está dispuesta a examinar, a penetrar hondamente, sin motivo alguno, sin propósito ni dirección, sino con una urgencia que requiere una contestación, una urgencia que descarta el tiempo, todo el conocimiento, y que en realidad penetra para descubrir si es en modo alguno posible abrirse paso a través de las barreras de la actividad egocéntrica.

De esto hablábamos antes de ayer, al tratar del observador y lo observado. Decíamos que el observador es lo observado, que la conciencia toda, que es la mente, el pensar, el sentir, el actuar, la ideación, toda esa barahúnda, confusión y desdicha en que vivimos; todo eso está entre el observador y lo observado. Por favor, si se me permite sugerirlo, escuchen ustedes no al orador, sino lo que ocurre en sus propias mentes cuando oyen la aseveración de que toda la conciencia está dividida entre el observador y lo observado. Existe el experimentador reclamando experiencias, ya sean de placer o para librarse del dolor; exigiendo más y más, acumulando conocimiento,

dolor, sufrimiento. Y existe el pensador, el observador, el experimentador separado de lo que observa, de lo que experimenta.

Está el individuo que dice: «Yo tengo ira». El «yo» es diferente de la ira. Hay violencia y la entidad que siente violencia. Cuando uno dice: «Tengo celos», los celos son algo distinto de la entidad que se siente celosa. Cuando uno mira un árbol, a su esposo o esposa, o a otra persona, hay el observador viendo lo otro. El árbol es diferente del observador. La totalidad de nuestra conciencia y existencia está dividida: de un lado, el observador, el experimentador, el pensador; y del otro, el pensamiento, lo experimentado y lo observado. Hay una fuerte sensación del sexo o de violencia. Pero yo soy diferente de la sensación; tengo que hacer algo respecto de ella; tengo que actuar. ¿Qué he de hacer? Debo y no debo. ¿Qué debo hacer y qué no debo hacer? Existe esta interna división y todo eso es nuestra conciencia. Cualquier cambio dentro de esa conciencia, no es cambio en absoluto, puesto que el observador sigue dividido de lo observado. A menos que comprendamos esto, no podremos seguir adelante.

Cuando yo digo: «Soy agresivo; no debo serlo», o «me entrego a la agresividad», en

todo eso está el «yo» que es agresivo; la agresividad es algo diferente de mí; yo debo realizar; la realización es distinta de la entidad que está tratando de realizar. Sigue siempre esta división, y dentro de ese campo tratamos de cambiar. Tratamos de decir que no debemos ser violentos; no debemos ser agresivos, debemos serlo menos; no debemos realizar... Todo esto sigue ocurriendo dentro del mismo campo, y dentro de éste no existe posibilidad de cambio radical.

Si ha de ocurrir una total revolución en la mente, el observador debe cesar por completo, puesto que el observador es lo observado. Cuando uno está iracundo, la ira no es distinta del observador. El observador es ira. Cuando usted dice que es un francés, un alemán, un hindú, un comunista, o lo que fuere, la idea es «usted». Usted no es distinto de la idea.

Si ha de haber una total revolución —y tendrá que haberla—, uno no puede seguir como está, en una batalla interminable, externa e interna, en confusión y miseria, con un sentido de culpabilidad, de fracaso, de desolación. No existe la cualidad del afecto, del amor. El amor y el afecto están rodeados, impedidos por los celos, la ansiedad, el miedo. Sólo ocurre un cambio total cuando el observador es

lo observado, y el observador no puede hacer nada en absoluto respecto de lo que observa.

¿Debemos discutir esto por el momento? Luego seguiré hablando.

Pregunta: Señor, ¿soy yo el árbol?

KRISHNAMURTI: Lógicamente usted no es el árbol. Usted es una entidad compleja, con su nacionalidad, sus tendencias y ambiciones, sus temores, sus frustraciones... Pero usted no es el árbol. Y si usted trata de identificarse a sí mismo con él, aún así, usted no es el árbol. Usted nunca puede serlo. Sin embargo, si usted cesa como observador y simplemente mira el árbol sin todo su condicionamiento, surge una relación bastante distinta entre usted y el árbol.

Mire usted, señor; la mayoría de nosotros somos violentos, agresivos. Ello es el residuo del animal en nosotros. ¿Cómo hemos de liberarnos de la violencia y de la agresividad? Esto no se consigue con sólo decir que no debemos ser violentos. Eso no nos lleva a ninguna parte, pues sólo hemos expresado intelectualmente que no debemos serlo. Luchando por no ser violentos, seguimos en un estado de conflicto perenne, y la lucha misma por no ser violentos, es violencia. Hondamente den-

tro de nosotros mismos, no somos disciplinados ni tenemos orden, a pesar de que nos disciplinamos desde que amanece hasta que oscurece; al menos esto es lo que hacen muchos feos santos. Todos los santos son feos. Constantemente se han esforzado en seguir una disciplina ajustándose a un patrón, a un patrón establecido por ellos mismos o por otra persona; y así, ellos tratan de ganar la partida. Lo están tratando todo el tiempo a través de la disciplina y ese acto en sí, de conformidad, disciplina y esfuerzo, *es* violencia, de la cual están tratando de escapar. Ellos no están libres de la violencia.

Ahora bien, ¿cómo he de librarme yo, un ser humano con los resabios del animal, violento, agresivo, brutal, defendiéndome; cómo he de librarme por completo de toda violencia? Si hago un esfuerzo para no ser violento, todavía soy violento. Si lo hago para no ser violento, el esfuerzo mismo es parte de la violencia. Entonces, ¿qué he de hacer? Primero, he de ver que la entidad que se está esforzando en ser no violenta, es en sí misma violencia. Por lo tanto, la entidad no puede hacer nada. Esto es más bien sutil y difícil de comprender. Quizá lo comprendo verbalmente, de modo

intelectual, pero el comprenderlo como hecho real es algo enteramente distinto.

Soy consciente de que todo yo soy violencia; no una parte de mí, sino mi contenido total, puesto que se me ha enseñado a esforzarme, a vencer, a defender, a ser agresivo. ¿Qué puedo yo hacer? Cualquier movimiento hacia la no violencia sigue siendo violencia. Cualquier actividad del observador para no ser violento, es parte de la violencia, porque el observador es lo observado. Si esto está realmente claro, que el observador es lo observado, entonces toda acción por parte del primero cesa, y cuando la actividad del observador cesa, surge una actividad totalmente distinta.

Pregunta: Uno no puede parar la actividad.

KRISHNAMURTI: Señor, por favor, *escuche* lo siguiente: Consideremos el tiempo. Ahondemos en ello despacio. No se impaciente. Usted mira un árbol. ¿Qué ocurre en realidad? Cuando sus ojos miran un árbol, al verlo hay vibraciones e inmediatamente surge el conocimiento de ese árbol. Usted dice: «Ese es un pino»; «me gusta», o «no me gusta», «me produce fiebre de heno y debo alejarme de

él». Usted mira ese árbol con todo un trasfondo, con todo su conocimiento, con todos sus pensamientos. Usted no puede parar sus pensamientos, su conocimiento, todas las cosas que surgen como reacción al mirar el árbol. ¿Qué está usted mirando? Usted no está mirando al árbol, sino al trasfondo que, a su vez, está mirando al árbol. Ahora bien, no se preocupe del árbol, sino observe el trasfondo. ¿Cómo lo mira usted? ¿Lo condena? ¿Dice usted: «Él está evitando que yo vea el árbol y por lo tanto debo detenerlo, debo abrirme paso a través de él»? ¿Cómo mira usted el trasfondo? ¿Como alguien que está fuera de él? ¿Lo mira usted como el observador y lo observado, o simplemente lo mira sin el observador? Y si no hay un observador, ¿hay acaso un trasfondo?

El árbol no tiene importancia alguna. Lo importante es cómo usted mira, cuál es su trasfondo y cómo usted lo mira. De suerte que el propio conocimiento es de la mayor importancia. Sin conocer todo el trasfondo, la conciencia, las exigencias, los temores, todo lo que constituye el «yo»; sin conocer todo eso, es absolutamente inútil tratar de mirar el árbol sin el observador. Lo que usted ansía es ver el árbol, tratar de identificarse con él y sentir

algo muy extraordinario. Si es eso lo que usted anhela, entonces ahí está el ácido lisérgico, L.S.D., que produce una gran sensibilidad por cierto tiempo, y entonces, no hay separación entre usted y el árbol. No es que usted sea el árbol; pero entonces no hay división, ni tiempo, no hay intervalo; hay una tremenda sensación de que todo el universo es usted y que usted no está separado del universo. Lo que no significa que yo haya tomado el L. S. D.

Usted tiene que comprender su propia naturaleza: sus tendencias, su idiosincrasia y sus prejuicios; la estructura de su relación con los demás, la anatomía del temor en que está sujeto, la urgencia de realización, la urgencia de ser alguien con todas sus frustraciones, con la búsqueda de placer, sexualmente y en tantas otras diferentes direcciones. Si la mente no se da cuenta de todo eso, tanto de lo consciente como de lo inconsciente, entonces el intervalo entre uno y la naturaleza jamás puede ser trascendido.

Es muy importante descubrir cómo uno se mira a sí mismo y quién es la entidad que mira. ¿Es el observador que se mira a sí mismo diferente de lo que observa? ¡Evidentemente no! El centro, el pensador que mira, el evalua-

dor, el juez que se mira a sí mismo, es fabricado, compuesto por el pensamiento y por consiguiente, es resultado del pensar. No hay diferencia entre el pensador y el pensamiento; son uno. Cuando eso se realiza totalmente, no de manera parcial, entonces todo el contenido del inconsciente se expone fácilmente porque no hay defensa, condenación o juicio. Se produce un movimiento en que todo el trasfondo se mueve y fluye, termina. Cuando algo está en movimiento constante, no hay sitio de descanso y por ende no hay residuo.

He aquí el problema real para cualquier hombre inteligente, serio. Viendo el mundo, viendo la humanidad, el «yo» y la necesidad de una completa y radical revolución, ¿cómo es posible producirla? Sólo puede producirse cuando el observador ya no hace esfuerzo alguno por cambiar, porque él mismo es parte de lo que trata de cambiar. Por lo tanto, toda acción de parte del observador cesa completamente, y en esa total inacción, surge una acción muy diferente. Nada hay misterioso o místico en todo esto. Es un hecho sencillo. Yo no empiezo con el resultado final del asunto, que es la cesación del observador. Empiezo con cosas sencillas. ¿Puedo mirar una flor a la orilla del camino o en mi alcoba, sin que

surjan todos los pensamientos, el pensamiento que dice, «he ahí una rosa, me gusta su perfume, etcétera, etcétera»? ¿Puedo simplemente observar sin el observador? Si ustedes no han hecho esto, háganlo al nivel más bajo y sencillo. En realidad, no se limita al nivel más bajo. Si uno sabe hacer eso, el individuo lo ha hecho todo. Entonces, puede mirarse a sí mismo sin el observador; de igual modo puede mirar a su esposa, esposo, a todas las exigencias de la sociedad, a su jefe en la oficina. Verá uno que sus relaciones sufren un cambio total porque no hay defensa, no hay temor.

Una de las cosas más fáciles en la vida es escuchar a alguien que nos dice algo, acumular conocimientos, leer libros de psicología o sobre los últimos descubrimientos científicos. Acumulamos todo eso, lo almacenamos y tratamos de utilizarlo en nuestra vida diaria, lo cual significa que uno está tratando de adaptarse, de imitar lo que ha sucedido, el pasado. *Siempre* estamos viviendo en el pasado. El pasado es nuestra existencia. Ahora los existencialistas nos dicen: «Hay que vivir en el presente». ¿Qué quiere decir eso, el presente? ¿Ha tratado usted alguna vez de vivir en el presente, de negar el pasado, negar el futuro y vivir por completo en el presente? ¿Cómo

puede uno negar el pasado? ¡Usted no puede hacerlo! El pasado es del tiempo: nuestras memorias, experiencias y condicionamientos, nuestras ansiedades y tendencias, nuestros instintos animales, intuiciones y demandas, nuestra búsqueda... Todo eso es el pasado. La conciencia, toda ella es el pasado. Y decir: «Yo negaré todo eso y trataré de vivir en el presente», no tiene sentido. Sin embargo, si entendemos el proceso del tiempo que es el pasado, todo el condicionamiento, todo el trasfondo que fluye a través del presente y forma el futuro; si comprendemos todo este movimiento del tiempo, entonces, cuando no hay observador que diga: «yo tengo que ser» o «tengo que no ser», sólo entonces es posible vivir libres del pasado, del futuro y del «ahora». Entonces usted estará viviendo en una dimensión totalmente distinta que no tiene relación con el tiempo.

Si ustedes escuchan al orador como la mayoría le ha escuchado durante cuarenta años o más, ustedes seguirán atrapados en la red del tiempo. Pero si escucharan sus propios procesos, su propio pensar, sus ideas, sus motivos y temores, y los comprendieran completamente no en forma fragmentaria, entonces ustedes y el orador podrían proseguir a un nivel

que no fuera esta cuestión tan pequeña y baladí.

Pregunta: Toda mi vida es un proceso mecánico. ¿No es el ver eso parte también de la conciencia?

KRISHNAMURTI: Por supuesto que lo es, cuando hay el observador.

Pregunta: ¿Cuál es la relación del cerebro que acumula hechos diarios, con el nuevo cerebro?

KRISHNAMURTI: ¿Cómo descubriré yo eso?... Necesito los hechos diarios; necesito tener conocimiento tecnológico; dependo de la memoria para regresar a mi casa; de la memoria que reconoce a mi esposa, mi esposo, mi hogar, mi trabajo. ¿Qué relación guarda todo esto con algo que no es mero conocimiento, mera acumulación del pasado? ¿Qué relación tiene lo que está hecho de tiempo y es su resultado, con algo que no pertenece al tiempo? No hay relación alguna. ¿Cómo podría haberla? ¿Cómo puede una rutina, un proceso mecánico, guardar relación con algo que no es mecánico ni rutinario en absoluto? Tiene que haber un funcionamiento mecánico a la par que un funcionamiento totalmente distinto que no pertenece al tiempo.

Ahondemos en esto. Ello requiere una comprensión del tiempo. El proceso de éste es mecánico: ayer, hoy, mañana; lo que yo era, lo que yo soy y lo que seré. La acumulación, la memoria, la identificación, las varias contiendas, el deseo de realizarse: todo eso es un proceso mecánico, un proceso de tiempo. Y eso tiene que continuar si en alguna forma he de vivir en este mundo y actuar con normalidad. Solamente conozco *eso;* sólo dentro de eso actúo. No conozco lo otro, que es una dimensión fuera del tiempo. Las gentes han hablando acerca de lo otro; han dicho que lo han experimentado; lo han descrito; han hecho toda clase de cosas en relación con ello y han tratado de incorporar lo uno a lo otro. Tiene, pues, que haber una comprensión del proceso total del tiempo, tanto del tiempo de la psiquis, como del reloj. Tengo que comprender el tiempo, tanto psicológicamente, como según lo marca el reloj.

Permítaseme expresarlo de otro modo. La realidad no puede ganarse. No puede uno decir: «Yo haré esto» o «haré aquello», o «trataré de observar al observador y quizás experimente algo». Ese estado no puede lograrse por azar, ganarse o comprarse. Todo lo que uno tiene que hacer es observar su propia ac-

tividad, darse cuenta de ella sin selección alguna, verla tal cual es en realidad.

Pregunta: ¿Es posible el progreso en esta dirección sin que haya sufrimiento?

KRISHNAMURTI: Señor, en esta dirección no hay progreso alguno. No podemos progresar hacia ello. El progreso significa crecimiento gradual, poco a poco, día tras día, sufrir dolorosamente para lograr, por último, algo más allá del pensamiento. Así hemos sido educados; así hemos actuado. Pero hacia eso no hay progreso. Ello *es* o no *es*.

Señores: consideren ustedes, por favor, un simple hecho hasta que volvamos a reunirnos: obsérvense a ustedes mismos sin criticar, condenar, sin defenderse. Simplemente observen lo que está ocurriendo. Escuchen, no más, ese tren que pasa, sin irritación, sin sentir que está interfiriendo, que es un estorbo, etcétera. Simplemente escuchen; observen todas las actividades de sus vidas: la forma de hablar, la forma de comer, de andar. No corrijan el andar; no corrijan la forma como comen. Solamente observen, de modo que por ese observar, ustedes se tornen asombrosamente sensitivos. Ello requiere gran sensibilidad y por lo tanto, gran inteligencia; no conclusiones ni

experiencias. Para ser inteligentes necesitamos gran sensibilidad. Pero sólo puede haber sensibilidad cuando también el cuerpo es sensible al motor cómo observamos, vemos, oímos. Como resultado de esa observación minuciosa, sin comparar o condenar, ustedes verán que sus cuerpos se vuelven inusitadamente alertas, sensitivos. La totalidad del cerebro, de la mente, la totalidad del ser, se vacía. Entonces pueden ustedes empezar a inquirir. Sin embargo, el mero inquirir teóricamente sobre lo que es, o lo que no es, tiene muy poca importancia.

12 de julio de 1966.

III

Me parece que deberíamos dejar perfectamente aclarado que aquí no estamos en una diversión intelectual. El asunto del que estamos hablando es muy serio. Quiero decir por la palabra «serio» la intención de proseguir con el tema hasta agotarlo.

La mayoría de nosotros llevamos vidas más bien superficiales, vidas con preocupaciones inmediatas, con inmediatos placeres y ganancias. Cuando éstos están satisfechos, vamos en busca de algo más. Comenzamos a investigar, a inquirir, a buscar algo que sea mucho más satisfactorio. Yo no considero que una mente así sea una mente seria. Una mente seria se ocupa no sólo de lo inmediato, de todas las demandas de la vida, sino también de la resolución de todos los problemas humanos, y no en un plazo futuro, sino inmediatamente. No permite que el tiempo la distraiga, no permite que influencia alguna la aparte de lo que quiere investigar y vive plena y totalmente. Me temo que la mayoría de nosotros, aunque nos hayamos tomado muchas molestias

para venir aquí, no somos lo suficientemente serios. No somos serios, en primer lugar porque no sabemos qué hacer, cómo proceder para resolver las muchas presiones, problemas y ansiedades de la vida. Estamos inciertos. Asimismo, tampoco somos serios porque íntimamente existe el temor. Nadie puede infundirnos certeza; nadie puede darnos la seguridad de una recta dirección, porque desgraciadamente no hay dirección. Es lo mismo que un río que va siempre corriendo, saltando sobre las rocas, sobre los precipicios, siempre en movimiento. Desde el momento en que demandamos estar seguros, estar ciertos, esa misma demanda engendra el temor.

Si hemos penetrado lo suficiente para saber todo esto, entonces queremos estar seguros. Deseamos que una autoridad que ha ido un poco más hondo en el asunto, nos diga qué hacer y nos indique en el mapa los caminos, los puentes, los torrentes y los sitios peligrosos. Nos parece que no tenemos la capacidad o la inteligencia para realmente descubrir por nosotros mismos; para descubrir no tan sólo los problemas conscientes, sino también los motivos inconscientes profundamente hundidos, que torturan nuestras vidas. Siempre buscando a alguien, queriendo mejorar, queriendo descubrir lo que debe hacerse. Este mismo de-

seo produce autoridad. Usted y yo no sabemos y por tanto, debemos seguir a alguien que sepa, que pueda dirigir, que pueda guiar. La autoridad, que tiene su origen en la incertidumbre, produce subsecuente temor. En este círculo vicioso nos hallamos sujetos. No sabemos qué hacer; nos volvemos a alguien y esa misma actitud engendra temor. Ésta es la vida que vivimos. Un sacerdote, un dogma o una creencia nos proporcionan alguna seguridad. Por lo tanto, nos volvemos a ciertas autoridades; la autoridad de una idea, de una persona, de un dogma o de una organización. En ese proceso mismo se engendra el temor. ¿Es posible para nosotros comprender el total proceso de la existencia sin acudir a otro, no importa *quién* éste sea, incluyendo al que habla? ¿Es posible para cada uno de nosotros, como seres humanos, no recurrir a alguien, a ningún libro, a ninguna filosofía, a ningún gurú, a ningún maestro, y descubrir por nosotros mismos conforme seguimos adelante? Digo que eso *es* posible. Esa es la única manera de vivir; de otra forma siempre seremos seguidores, temerosos, neuróticos, inciertos, confusos.

En primer lugar, ¿cómo podemos tener claridad? ¿Cómo va uno a ver, a actuar de modo que no haya confusión y que la acción no pro-

duzca ulterior miseria, conflicto y oscuridad? ¿Es posible que cada uno se mire a sí mismo y sus problemas tan claramente que no haya ni la sombra de una duda que nuble el problema, y por lo mismo, éste se resuelva totalmente?

Si uno puede hacer eso, entonces puede penetrar en el asunto del temor, pero debe primeramente comprenderse la demanda que cada uno abriga de estar cierto, de estar seguro, de ser confortado, de que se le den palmaditas en la espalda y se le diga: «Lo estás haciendo muy bien, ese es el camino correcto, síguelo». ¿Es esto posible? Sólo es posible si cada ser humano es totalmente libre y no depende de nadie, porque él ve el problema muy claramente. Siempre surgirán problemas, entendiéndose por problema un reto y una respuesta. La vida siempre está retando y cuando la respuesta al reto es inadecuada, incompleta, en esa respuesta inadecuada surgen los problemas. Un problema implica algo que se nos arroja, un asunto con el que se nos enfrenta de súbito. Si uno no puede responder a ese reto total y completamente con todo su ser, con sus nervios, su cerebro, su mente y su corazón, entonces, de esa respuesta inadecuada e insuficiente surge el problema. Durante to-

das nuestras vidas somos entrenados y educados para no responder totalmente. Respondemos de manera fragmentaria. Una que otra vez, cuando no estamos pensando, respondemos tan fácil y naturalmente que no existe problema. Pero para la mayoría de nosotros, los problemas surgen todo el tiempo. ¿Podemos ver cuál es el reto y responder a él de manera fácil, sin esfuerzo, totalmente, de modo que no se produzca problema alguno, ya sea con respecto a la salud, a la convivencia, a problemas intelectuales o de cualquier otra índole?

En primer lugar, consideremos si es posible que cada ser humano responda sin defensa alguna, tan libremente, tan por completo, tan sin motivo, que ningún problema torture la mente. Vamos a penetrar en ello, porque si podemos hacerlo, se abrirán los cielos. ¡Entonces no hacen falta las palabras! Entonces no somos seres humanos torturados, torcidos. ¿Por qué no respondemos a ello completa, totalmente? ¿Nos hemos hecho la pregunta: «por qué»? ¿Están ustedes buscando una explicación, las causas, o sin preguntar por qué o buscar explicaciones, están con todo su ser en la pregunta? He aquí una pregunta: ¿Por qué yo, como ser humano no respondo a cada re-

querimiento de la vida tan plenamente que no haya fricción? Permanezco con el reto todo el tiempo; no hay defensa; no hay el huir de él. ¿Por qué? Cuando me hago a mí mismo esta pregunta, la reacción instintiva es encontrar la causa. Me digo: «He sido educado erróneamente, tengo tantas presiones, tantas responsabilidades, tantas preocupaciones; estoy tan condicionado. . .; todo mi pasado me impide responder plenamente». Sea cual sea el reto, tanto si es consciente como inconsciente; ya sea un reto del cual no me doy cuenta, o un reto que *me* es evidente, yo tengo explicaciones, conozco sus causas. Entonces digo: «¿Cómo voy a librarme de esas causas con objeto de responder totalmente?» ¿Qué he hecho? Al tratar de comprender las causas que me impiden responder por completo al reto, al tratar de librarme de ellas, ya he cesado de actuar totalmente con respecto al reto. Existe el reto, cualquiera que éste pueda ser. Sé que no puedo responder a él totalmente y estoy investigando por qué. Esta falta de respuesta al reto inmediatamente, crea otro problema. Si existe cualquier intervalo de tiempo entre el reto y la respuesta, ese intervalo crea un problema. Ya sea que yo esté investigando la causa o tratando de resolverla, ese intervalo ya ha creado un problema.

Pregunta: Si me libro de la causa, el problema desaparecerá.

KRISHNAMURTI: Si usted meramente trata de librarse de todas las causas que le impiden responder al reto en forma inmediata y adecuada, no está usted enfrentándose por completo al reto. Ha permitido usted que intervenga un lapso de tiempo en el cual está examinando la causa y tratando de librarse de ella. De este modo el reto se aleja y viene uno nuevo. Los retos no van a esperar hasta que a usted le convenga. Su examen o análisis de su falta de educación son innecesarios, no tienen importancia. Lo que es importante es que usted responda inmediatamente, ya sea en forma correcta o equivocada, y la respuesta inmediata le mostrará en dónde reside su equivocación.

Démonos cuenta de que la vida es un movimiento, un río con tremenda fuerza, energía, empuje, siempre en movimiento. Yo, el «mí», el ser humano, soy parte de ese movimiento. Yo, como ser humano, he sido condicionado como hindú, católico, como comunista, lo que ustedes quieran. Respondo a cada movimiento de la vida de acuerdo con mi condicionamiento. Mi condicionamiento es pequeño, ruín, estrecho, superficial, estúpido, y desde ese con-

dicionamiento respondo. Mi respuesta será siempre inadecuada; por tanto, siempre tendré problemas. Me doy cuenta de esto, y digo: «¡Por Dios, debo librarme de mi condicionamiento; tengo que librarme de todas mis inhibiciones conscientes; las tradiciones, el peso del pasado!» Mientras estoy haciendo eso: analizar, disecar, examinar, los retos llueven sobre mí. Estoy creando problemas porque no estoy respondiendo. Mientras estoy tratando de librarme de los condicionamientos, estoy creando problemas, porque los retos siguen ocurriendo y yo no respondo a ellos.

Veo esto; comprendo completamente la inutilidad, la futilidad de este examen, y ya no gastaré más mi energía, mi pensamiento y emoción en decir: «¿Cómo voy a librarme de ello?»; qué estúpido es tener estos condicionamientos; «¿qué voy a hacer?» Todos los pensamientos que implica este examen se convierten en puro desperdicio de energía. Veo esto. Por lo tanto, tengo tremenda energía y, sea cual sea el reto, me enfrento a él. Aprendo a enfrentarme al reto, no desde el trasfondo de mi condicionamiento, sino que aprendo sobre la marcha. ¿Qué ha ocurrido? Ya no me preocupo más por mi condicionamiento. Ya no malgasto más mi energía diciendo: «Esto es

correcto y aquello equivocado; esto es bueno; esto es malo; debo conservar esto, debo deshacerme de lo otro». En lugar de desperdiciar mi energía en todo ello, tengo ahora mi energía cabal para enfrentarme al reto. Es un desperdicio de energía el examinar mi pasado condicionamiento, sólo para condenarlo o para estimularlo. Ahora tengo la energía que antes era desperdiciada en el examen y el análisis. Tengo esa energía y con ella me enfrento al reto. Esa energía va a mirar la profundidad del reto conforme éste surge, y esa energía es siempre nueva. Al enfrentarse al reto, ella no crea un nuevo trasfondo y, por tanto, no crea un nuevo problema. El reto es enfrentado con claridad porque tengo la energía para ello, energía que ya nunca tendrá temor de enfrentarse al reto. Ahora, ya esa energía no se disipará más. Esa energía está libertando la mente de sus condicionamientos ya sean éstos nacionalistas, comunistas, ideológicos o el condicionamiento de la familia, del nombre. Ella está abriéndose paso por entre todo eso. Una mente que puede encarar un reto con energía total no crea un solo problema. Es tan sólo la mente que responde a un reto desde un trasfondo, con sus condicionamientos, la que siempre es inadecuada, la que crea problemas.

Si esto está claro, no intelectualmente sino de hecho, si hacemos esto con todo nuestro ser, con nuestra atención total, entonces podemos proseguir un poco más allá. ¿Por qué dependemos de cualquier reto? La mayoría de nosotros estamos dormidos; nos hemos refugiado en nuestras ideologías. Tenemos defensas. Queremos estar a salvo, seguros. Queremos estar seguros en nuestras religiones, en nuestras creencias, en nuestros dogmas, en nuestras relaciones y actividades, y todo esto engendra letargo gradual, condicionamiento mecánico. Entonces, un reto viene a despertarnos. Lo importante del reto es que en verdad nos despierta; pero cuando despertamos respondemos desde un trasfondo y, por tanto, creamos más problemas. Incapaces de resolver los problemas, nos echamos de nuevo a dormir. Vuelve otro problema, otro reto; despertamos momentáneamente, pero de nuevo nos echamos a dormir. Y así es como vivimos. Si vemos este total proceso de enfrentarnos plenamente al reto con plena atención, entonces surge la pregunta: ¿Es necesario el reto en forma alguna? ¿Existe verdaderamente un reto? Un hombre que está completamente despierto no tiene necesidad de retos; no tiene problemas;

él se enfrenta a cada reto en forma nueva. Una mente que está por completo despierta no tiene problemas y, por tanto, no depende del reto para mantenerse despierta. Esto puede comprenderse tan sólo cuando hemos hecho frente al problema, al reto, con plena energía, no desde un trasfondo. Una mente que no tiene retos está completamente libre, y desde esa libertad ella puede seguir adelante. En esto no penetraremos porque ello requiere un estado de mente por completo distinto.

Es solamente la respuesta inadecuada a un reto lo que engendra temor. Existe el miedo a la muerte; el miedo a perder un trabajo; a la soledad; el miedo a no ser alguien; el miedo y la frustración de tratar de ser alguien, de llegar a ser famoso por varios medios, y el miedo de no llegar a serlo. Tales temores engendran neurosis, un estado neurótico de la mente. Cuando hay temor no hay afecto; no hay amor; no hay comunicación. Cuando hay temor hay un impulso mayor por defendernos. Cuando hay temor, la mente inventa todos los dioses, las ceremonias, los rituales, la división de la gente en europeos, americanos, chinos, hindúes. Entonces el temor comienza a inventar la paz, la unión de todas las naciones. Es

el miedo el que lo dicta. Al miedo no le es posible resolver todos estos problemas. ¿Es posible no tener miedo? No estamos discutiendo acerca de esto en un nivel intelectual. No tiene significado alguno si lo consideramos como una idea. No podemos vivir de ideas. No podemos vivir dependiendo de una cosa fragmentaria llamada el intelecto; ni de la emoción que a su vez es otro fragmento; ni tampoco del sentimiento. No estamos inquiriendo intelectualmente acerca de las formas del miedo. Estamos tratando de encontrarlo y ponerle fin por completo, ya sea en relación con la muerte, con respecto a la esposa o esposo que abandonan el hogar, o a cualquiera otra cosa por el estilo.

¿Es posible estar libre del temor, no tan sólo conscientemente, sino en lo profundo del inconsciente, en lo profundo de nuestros corazones, de modo que nunca haya ni sombra ni temor? Si no existe temor, entonces los dioses que la mente ha inventado, las utopías, los sacerdotes, todas las doctrinas, teologías y creencias, todas esas idiotas e infantiles tonterías, desaparecen. ¿Es posible estar libre del temor, no en alguna fecha futura, no por cultivar resistencia a él, lo cual es otra forma de temor; no por inventar alguna teoría o creen-

cia para ocultarlo? El temor no puede desvanecerse por medio del análisis. Es un desperdicio de tiempo lidiar con el miedo. Si al sentir temor y ante el choque del miedo digo: «Voy a buscar cómo librarme de él», no he resuelto el problema. El acudir a un analista, el examinar nuestros sueños o hacer cualquiera de esas cosas enormemente complejas que el hombre ha inventado para librarse del miedo, no nos capacita para librarnos de él. Ahora nos estamos preguntando si es posible librarse del miedo sin todo ese fárrago de procedimientos.

Éste es un reto; un reto para cada uno de nosotros. Es muy importante descubrir por ustedes mismos cómo responden a él. Al decir que no pueden librarse de ello, que no saben cómo hacerlo, ya han creado un problema. Se dicen: «Díganos usted cómo librarnos», entonces dependen del que habla, y el temor se estimula más. O si dicen que han tenido miedo alguna vez y se han librado de él, pero no saben cómo, entonces, el recuerdo de haberse librado permanece en su mente, y con ese recuerdo tratan de resolver un temor presente. ¿Cómo enfrentan ese reto del miedo, no al irse a sus casas, no mañana, sino ahora? *Tienen* temor; cada uno de ustedes tiene temor consciente o inconsciente. Si es inconsciente, revi-

vanlo, tráiganlo a la superficie y expónganlo. Al quedar expuesto ¿cómo se afronta? En realidad es bastante difícil responder a esta pregunta: ¿Cómo enfrentarse al temor que ha sido expuesto, si realmente quieren exponerlo ante ustedes mismos?

La mayoría de nosotros no queremos exponerlo porque estamos tan amedrentados, tan llenos de terror, que no sabemos qué hacer con ello. Estamos tan acostumbrados a huir de él a través de las palabras, a través de muchas redes de escape, que la mayor parte de nosotros probablemente somos incapaces de exponer los temores que tenemos, no a alguien más, sino a nosotros mismos. Cuando los hemos expuesto ante nosotros mismos, todo se ha vuelto muy sencillo. Por lo menos, sabemos que tenemos miedo. No hay escape. Si estamos temerosos de la muerte y no tratamos de huir de ese temor valiéndonos de teorías, creencias, la idea de la reencarnación, esperanzas de cualquier clase, o por medio de las docenas de formas por las que la mente trata de escapar del hecho real, entonces, sabemos que tenemos miedo. No hay, pues, escape. Ello se vuelve un simple hecho. Tan sólo cuando escapamos es cuando comienza la complejidad. Tengo temor de mi esposa o de mi

marido; tengo defensas, esas defensas son placeres y todo el resto de ello, de lo cual nos ocuparemos en otra oportunidad. He evadido el hecho. Nunca me he dicho: «En efecto, tengo miedo de mi marido o de mi esposa». Cuando me doy cuenta de esto, se convierte en un hecho extraordinario, un simple hecho. No sé cómo lidiar con él, pero está ahí.

¿Pueden exponer ante ustedes mismos estos temores: vejez, mala salud, los innumerables miedos que ustedes tienen? Probablemente no puedan exponerlos todos; pueden hacerlo si tienen la intención; pero por lo menos pueden exponer uno, el más cercano y entrañable, y estar con él. ¿Cómo lo encaran? ¿Cómo entran en contacto con él? ¿Qué hacen con él? ¿Pueden mirarlo sin huir de él en forma alguna, sin tratar de evadirlo, de sobreponerse a él, de condenarlo; sino mirarlo únicamente? Ustedes saben lo que es evitar un hecho, lo que significa evadirlo. Ya saben ustedes cuán astuta es la mente cuando trata de evadir un hecho, ya sea justificándose al decir: «¿Cómo puedo vivir en este mundo si no tengo temor?», o condenándolo o tratando de escapar de él. La sola palabra «miedo» crea el miedo, le da profundidad.

La mayor parte de ustedes saben lo que es estar solitarios; encontrarse súbitamente cortados de toda cosa, de toda relación, de todo contacto: en aislamiento completo. Estoy seguro que todos han sentido esto. Pueden haber estado en medio de la familia, o viajando en un autobús o tranvía o en el tren subterráneo, y repentinamente sentirse completamente solitarios. Eso produce miedo. Voy a penetrar en esto, examinarlo, primero intelectualmente y después ver qué sucede. Me siento solitario; no me gusta sentirme así; es un sentimiento terrible porque no sé qué hacer con él; ha caído sobre mí en forma súbita y estoy atrapado en él; huyo. Comienzo a hablar, hojeo un periódico, le doy vuelta a la radio, voy a la iglesia, me distraigo en diez cosas distintas. Este escapar del hecho trae conflicto. El hecho está allí y yo estoy huyendo de él, y la huída *es* el miedo. La huída en sí es el miedo. ¡No hay miedo cuando yo lo miro! Es tan sólo al alejarse de él cuando hay miedo, y a esto estoy acostumbrado.

No sé lo que significa mirar este vacío, esta desolación. Todo lo que he conocido durante toda mi vida es huir de cualquier cosa que no me guste, sea ésta alguna persona que no me cae bien, o alguna idea, algún propó-

sito, algún pensamiento. Lo aparto a un lado, le huyo, fabrico una defensa. Eso es todo lo que sé. Ahora me digo a mí mismo: «No debo hacer esto porque ello no resuelve nada; el motivo está aún allí, es igual a una herida que se encona, no es bueno cubrirla, debo curarla, comprenderla, penetrar a través de ella, terminar con ella». No es determinación el que yo diga que no debo escapar, porque si eso digo, ello es una resistencia contra el escape, y produce otro conflicto. Si no hago nada por el estilo, entonces puedo ver ese vacío, esa desolación. No la estoy condenando, ni justificando; está allí, igual que la lluvia que está cayendo sobre la tienda. Ella está allí, me guste o no. Entonces puedo mirarla; pero lo de mayor importancia es la forma como la mire, no cómo escapar de ella. Eso todos lo sabemos, es demasiado infantil; se ha hecho por miles y miles de años; pero lo hago a un lado porque no tiene valor alguno; porque soy persona seria y deseo seguir adelante con ello Quiero comprenderlo y trascenderlo. No soy una persona trivial, una persona frívola. Es solamente el frívolo, y no la persona seria, el que huye y, por lo tanto, crea más y más problemas. Lo que ahora es importante es cómo

yo miro este asunto. Si sé cómo mirarlo, lo he resuelto.

¿Cómo lo miro? Primero, lo veo como algo externo a mí. Eso es lo que todos nosotros hacemos; veo esto como algo externo a mí, un objeto fuera de «mí». El «mí» es diferente y allí *está* eso, esa desolación, ese aislamiento. Cuando lo veo en esa forma, el observador trata entonces de hacer algo, trata de condenarlo, de alterarlo, de identificarse con ello, de sobreponerse. Por favor, sigan esto; es muy sencillo si ustedes llegan a conocerlo. Sean muy sencillos, porque la vida es un problema tremendamente complejo, y sólo podemos comprenderlo si somos muy, pero muy sencillos, mas no infantiles. Si somos muy sencillos tomando los hechos como son, entonces podemos ir con ellos, más allá y por encima de ellos; podemos trascenderlos y estamos fuera de ellos. El observador dice: «Tengo miedo». Él está fuera del miedo y, por tanto, comienza a operar sobre él, consciente o inconscientemente. Pero ¿es el observador diferente de la cosa que él observa? Si el observador es diferente, él no sería capaz de reconocerla. Usted debe serme familiar para que yo lo reconozca. Entonces yo puedo decir: «Usted es fulano

de tal». Pero si yo no lo conozco, si no tengo contacto ni relación con usted, *no* lo reconozco.

El observador conoce, reconoce este sentimiento de vacío, de desolación y, debido a que lo reconoce, es parte de ello. El observador que reconoce algo como miedo ya sabe lo que el miedo es, de otro modo él no podría reconocerlo. Por tanto, el observador *es* ese vacío, esa soledad. Entonces, ¿qué puede hacer el observador que observa que *es* ese vacío, esa soledad? Por favor, no respondan intelectualmente. Hasta ahora, él ha estado activo para hacer algo acerca de ello, pero repentinamente se da cuenta de que esa soledad es él mismo. ¿Qué puede hacer? Evidentemente, él no puede hacer nada. Se produce una total inacción porque él no puede hacer cosa alguna y, en esa total inacción, aquello que era, ya no es; y ésta es la acción más positiva. Lo que conocíamos hasta ahora por acción positiva ha sido el escape *de lo que es*. El observador no puede hacer nada acerca de esto, porque ello es él mismo.

Me parece que no vemos la belleza de esto, la belleza de la total inacción con respecto a *lo que es*, la belleza de la acción total que ocurre cuando hay total inacción. Para la mayoría de nosotros, la belleza es algo externo.

Un objeto es hermoso: la montaña, el árbol, la casa, un rostro, el río, el cielo en la noche, la luna con las estrellas. Esta apreciación del objeto como bello o no bello es a la que llamamos acción positiva. Para mí, esto no es belleza en forma alguna. Es solamente una pequeña parte en la superficie. La belleza es esa total inacción, y de esa total inacción nace una acción que es tremendamente positiva, pero no en el sentido de lo positivo y lo negativo. Esa belleza no depende de ningún objeto externo. Tan sólo una mente que conoce la total inacción puede ver lo que es la libertad y, por tanto, es libre.

Pregunta: Desde la niñez ha habido en mi un cierto sentido de temor, un cierto sentido de encierro, un sofocante sentimiento que me ha acompañado desde el principio, y del cual no he podido salir. ¿Qué voy a hacer?

KRISHNAMURTI: En primer lugar, señor, no analice. Esto es algo que hemos hecho bastante y es una pérdida de tiempo. Usted sabe por qué tiene temor; si no analiza, ni pregunta, ni inquiere, entonces usted tiene energía, como acabo de explicar. Entonces, usted está lleno de energía para hacer frente a eso cuando se presente. Lo que ha estado allí desde la

niñez está todavía allí y surgirá cuando usted salga de esta tienda, o cuando usted esté en su casa. ¡Hágale frente! Enfréntese a ello como si lo encontrara por primera vez. No será capaz de enfrentarlo así, si está todo el tiempo analizando, mirando, diciendo: «¿Por qué esto y por qué aquello?» Tan sólo en la inocencia pueden resolverse los problemas, y la inocencia es una mente que se enfrenta a todas las cosas de un mundo nuevo.

14 de julio de 1966.

IV

Durante las últimas tres pláticas, hemos estado considerando la importancia y la urgencia de una revolución radical en la mente. Tal revolución no puede ser el resultado de una intención planeada, sistematizada, porque toda revolución que sigue un plan, una cierta filosofía, cierta idea o ideología, cesa de ser revolución. Es algo que meramente se conforma a un molde, no importa cuán ideológico, cuán noble sea. Los seres humanos han vivido más de dos millones de años en un constante estado de guerra, de conflicto dentro de sí mismos y exteriormente. La vida es un campo de batalla, tanto en el mundo de los negocios como en el mundo más íntimo de la familia. Cualquiera sociedad que vaya a crearse en forma nueva debe, con toda seguridad, poner fin a este conflicto. De otro modo, tanto la sociedad como el individuo, el ser humano, quedarán apresados en la cárcel de los conflictos, la miseria y la competencia. Eso es lo que está sucediendo de hecho, tanto en los anales de la historia de la humanidad, como

en la época presente. Parece que no somos capaces de salir de esta jaula, de esta prisión. Quizás haya una o dos excepciones, pero esas excepciones no importan. Lo que es importante es si nosotros mismos, como seres humanos, podemos realmente producir un tremendo cambio dentro de nosotros mismos, de modo que seamos diferentes y llevemos una diferente clase de vida, sin un momento de conflicto.

Cuando nos hacemos esta pregunta seriamente, por lo general no sabemos qué hacer. La estructura psicológica de la sociedad es tan fuerte, tan opresiva, exige tanto de nosotros, que como seres humanos somos parte de esa sociedad (el ser humano no es diferente de la sociedad) que cuando nos preguntamos si esto es siquiera posible, nos volvemos cínicos diciendo que no lo es, nos escapamos imaginariamente a algún místico mundo carente de realidad, o pensamos que poco a poco, gradualmente, en forma lenta, podemos cambiar nuestros corazones y mentes por el esfuerzo constante y brutal. Esto es lo que está ocurriendo en todo el mundo, tanto en Oriente como en Occidente. Si no hacemos ninguna de estas cosas, entonces adoramos al Estado, o simplemente vivimos lo mejor que podemos en un mundo que no tiene sentido en absoluto.

que es un completo embrollo, sin significado alguno. De hecho, esto es lo que la mayoría de nosotros estamos haciendo, aunque pretendamos ser serios. Nuestra intención principal es encontrar, en medio de tanta miseria, caos y confusión, alguna clase de placer que sea realmente satisfactorio.

Parece que no aprendemos en absoluto. Esta palabra «aprender» tiene gran significación. Hay dos clases de aprendizaje. Para la mayoría, aprender significa acumulación de conocimiento, de experiencia, de tecnología, de habilidad, de un idioma. Hay también el aprendizaje psicológico, el aprender a través de la experienia, ya sean las experienias inmediatas de la vida que dejan cierto residuo, un almacén de conocimientos, o el residuo psicológico de la tradición, de la raza, de la sociedad. Existen estas dos formas de aprender cómo hacer frente a la vida: psicológica y fisiológica. Habilidad interna y habilidad externa. No hay en realidad una línea de demarcación entre las dos, pues ellas se interponen. No estamos considerando por el momento la habilidad que adquirimos mediante la práctica, el conocimiento tecnológico que adquirimos por el estudio. De lo que nos ocupamos ahora es del aprendizaje psicológico, el

cual hemos adquirido a través de los siglos, o heredado como tradición, como conocimiento, como experiencia. A esto le llamamos aprendizaje, pero yo pregunto si lo es en forma alguna. No estoy hablando de aprender una destreza, un idioma, una técnica, sino que estoy preguntando si la mente alguna vez aprende psicológicamente. Ella ha aprendido y con lo que ha aprendido se enfrenta al reto de la vida. Siempre está traduciendo la vida, o el nuevo reto, de acuerdo con lo que ha aprendido. Esto es lo que estamos haciendo. ¿Es esto aprender? El aprender, ¿no implica algo nuevo, algo que no conozco y que estoy aprendiendo? Si meramente estoy añadiendo algo a lo que ya sé, esto ya no es aprender. Es un proceso aditivo con el cual me enfrento a la vida. Aclaramos esto, porque lo que vamos a discutir ahora puede más bien confundirnos si no lo comprendemos. El aprender implica, con seguridad, una mente fresca que está *aprendiendo*, no el haber aprendido y con lo que se ha aprendido funcionar ahora, actuar. Una mente que está aprendiendo, siempre está actuando no a base de lo que ya había adquirido, sino que está aprendiendo mientras actúa.

Como decíamos el otro día, la vida es un movimiento, un inmenso río de gran profundidad y belleza, con extraordinaria velocidad. Conforme yo me muevo con él, como un ser humano, estoy aprendiendo. Ceso de aprender cuando estoy meramente moviéndome dentro de lo que ya conocía. En este caso, yo nunca me enfrento a la vida con actitud fresca; siempre me encaro a ella con lo que ya conocía. Tengo que aprender una diferente manera de vivir en la que no haya conflicto, batalla ni guerras externas o internas. Ha habido muchas guerras brutales, guerras que no tienen sentido. Ninguna guerra tiene sentido; no hay guerras justas ni guerras equivocadas. Todas las guerras son injustas. Tenemos que aprender y aparentemente somos incapaces de hacerlo. Aunque los mayores de la presente generación han afrontado dos guerras catastróficas, parece que no han aprendido. Continuamos viviendo psicológicamente en una sociedad en la cual existe la competencia, la codicia, la envidia y la adoración del éxito, que son todos indicadores de conflicto, de batalla. Como ser humano, tengo que aprender una forma de vivir por completo diferente, si en alguna forma soy serio. Si quiero hallar una modalidad de vida totalmente pacífica,

tengo que aprender todo acerca de ella, como si nunca la hubiera vivido antes. Es tan sólo cuando la mente está en paz que podemos aprender, podemos ver, descubrir. A una mente en conflicto no le es posible ver con mucha claridad; todo lo que ve está desfigurado, pervertido. La paz es absolutamente necesaria no tan sólo internamente sino en lo exterior. Lo primero de todo es que nosotros no queremos paz, no la exigimos. Si así lo hiciéramos, no tendríamos nacionalidades, ni gobiernos soberanos, ni ejércitos, pero como seres humanos tenemos intereses creados y no queremos la paz en forma alguna. Todo lo que queremos es una comodidad satisfactoria en el campo de esta agonía. Queremos cavar una pequeña paz en un pequeño rincón, en cualquier parte de nuestra propia mente y corazón y vivir en él, en este pequeño ego en descomposición, podrido y miserable.

Si realmente demandamos paz, tanto interna como externamente, no tan sólo hemos de sufrir una tremenda revolución psicológica, sino que, asimismo, tenemos que aprender de nuevo cómo vivir. Nadie va a enseñarnos, ni filósofos, ni maestros, ni gurús, ni psicólogos y ciertamente, tampoco los líderes militares o políticos. Tenemos de nuevo que aprender

acerca de todas las cosas, cómo vivir sin conflicto. Para comprender el conflicto y para entender la paz, tenemos que penetrar en el asunto del placer, porque sin comprender el placer y su opuesto, la pena, no podemos tener paz o vivir una vida en la cual no haya conflicto. No estamos diciendo que no debemos tener placer o que deberíamos llevar una vida puritana. El hombre ha ensayado todas esas cosas: se ha disciplinado, ha matado sus deseos, sus placeres y se ha torturado negándose todo placer sensual, y a pesar de ello no ha resuelto el conflicto; no ha resuelto la tortura psicológica. Si vamos a comprender real y seriamente la naturaleza del conflicto y la terminación del mismo, que es la paz, debemos penetrar, no intelectualmente, sino de hecho, en realidad, en este asunto del placer, que es el deseo. No podemos estar en paz con otro o con nosotros mismos si no hay amor, si no hay afecto. El deseo no es amor, el deseo lleva al placer, el deseo *es* placer. No estamos negando el desec. Sería por completo estúpido decir que debemos vivir sin deseo, porque eso es imposible. El hombre ha tratado de hacerlo. Hay gente que se ha negado a sí misma toda clase de placer, se ha disciplinado, torturado y aún así, el deseo ha persistido, creando con-

flicto y todos los efectos brutales de tal conflicto. No estamos abogando por la ausencia de deseo, pero debemos comprender el fenómeno del deseo, del placer y del dolor, y si podemos ir más allá encontraremos la bienaventuranza y el éxtasis que son el amor. Vamos a hablar de eso esta mañana, pero no intelectualmente, porque ello no tiene significado. No tiene significado teorizar acerca del deseo, teorizar acerca del amor, ensartar palabras verbal e intelectualmente en forma interminable, acerca de si es posible vivir en este mundo sin conflicto.

Un hombre, un ser humano, no tiene religión, no tiene nacionalidad. Un ser humano es aquel que está en conflicto, en miseria, en temor, en ansiedad, en la gran agonía de la existencia, abrumado por la soledad y el hastío de la vida. Para inquirir en el placer, deben ustedes, en primer lugar, tener claridad para examinar y no la pueden tener si condenan el placer o dicen: «debo tenerlo», ya sea éste el placer sensorio o el placer derivado de varias reacciones psicológicas. Cuando ustedes condenan o exigen el placer, no pueden comprenderlo. No quiero significar por la palabra «comprender» una comprensión intelectiva o conceptual, una comprensión creada por la pa-

labra, por la idea, siendo la idea, la palabra o el pensamiento organizados. Si ustedes practican o piensan en términos de una fórmula o un concepto relativo al placer o a la pena, no pueden comprenderlos. Tienen que mirar al placer, tienen que penetrar en él. No pueden comprenderlo o penetrar en él, si lo niegan o lo aceptan o insisten en que deben tener placer, porque todos nuestros valores sociales, morales, religiosos y éticos están basados en el placer.

Me parece que sería estúpido negar que toda nuestra moralidad está basada en el placer. Nuestra actitud hacia la vida está basada en un deleite sensual o en un deleite psicológico interno. Todo nuestro buscar, tantear, querer y demandar, *están* basados en el placer. Nuestros dioses están basados en el deleite de encontrar un mundo distinto, lejos de esta tortura, lejos de este temor. Lo que andamos buscando se basa en esta demanda de un placer profundo y duradero.

Para examinar esto objetiva y sanamente, con claridad, no debe haber ni la condenación ni la demanda del placer. Si esto está claro entre el que habla y ustedes que me escuchan (siento que tengan que escuchar y no sé por qué lo hacen), ambos tenemos que ver con

claridad que queremos de verdad penetrar en esto porque de otro modo no puede haber revolución. Sería el mismo campo en un ángulo diferente y, por tanto, no habría una revolución radical en la psiquis, en la mente misma. Nuestras células cerebrales y la total estructura de la psiquis, de nuestra diaria existencia, están basadas en el placer: placer por medio del logro, por el éxito, por la ambición, por la competencia, por diez diferentes formas. A menos que haya una revolución radical en eso, podemos hablar interminablemente acerca de cambiar, de la necesidad de una nueva clase de sociedad y cosas por el estilo, pero ello no tendrá significado alguno. Nosotros vamos a aprender; lo cual quiere decir que ustedes no van a ser enseñados por el que habla, para después decir: «lo he logrado» y entonces tratar de actuar de manera distinta. Vamos a *aprender* acerca de esto. En lo que estamos interesados es en el activo presente de aprender, no en el haber aprendido o en el aprenderé.

Entonces, no hay la acumulación del haber aprendido, como una idea, o una conclusión, desde la cual funcionar, o desde la cual actuar. Ustedes están *actuando* conforme están *aprendiendo*. Ésta es la total diferencia. Por lo tanto, ello no es una idea, o un concep-

to o un símbolo a base del cual están actuando. Si realmente ustedes pueden comprender esto, total, completamente, entonces la acción tiene otro significado total y completamente. Entonces no están actuando a base de una idea, de un concepto, sino *actuando;* en el «actuando» no hay futuro.

No sé si vemos la belleza de esto, ya que siempre hemos actuado a base del pasado. Tenemos ideas acerca de lo que la acción debe ser: la buena acción, la mala acción, la justa acción, la acción de acuerdo con ciertos principios, fórmulas, conceptos, ideas. Hemos establecido estas ideas filosóficas, o ideas derivadas de la experiencia, las cuales son conceptos. A base de ellos actuamos y la acción está siempre tratando de aproximarse a la idea y siempre hay conflicto entre la idea y la acción, e interminablemente tratamos de tender un puente entre las dos, tratando de integrarlas, lo cual es imposible. No estamos aprendiendo una idea o un nuevo concepto. Lo que estamos haciendo es *aprendiendo,* lo cual es siempre el presente activo. Si vemos esto, no intelectual o sentimentalmente, no en forma vaga sino con tremenda claridad, entonces la acción tiene extraordinaria belleza y conlleva una enorme libertad.

Estamos aprendiendo o vamos a aprender en el sentido del presente, en el presente activo, lo que es el placer, y por qué éste se vuelve tan tremendamente importante. No lo estamos negando ni nos estamos volviendo puritanos. ¿Qué es el placer? Hay muchísimas clases distintas de placer, sensorias o psicológicas. Ambas están entrelazadas. No podemos decir que éstas son sensorias y estas otras psicológicas; por tanto, no las separemos. Estamos observando el proceso total del placer, ya sea éste sensorio o psicológico.

¿Qué es el placer y cómo toma éste una parte tan importante de nuestras vidas? Siempre pensamos en lo que sería placentero. Está la imagen, ya sea sexual o de otra clase, y está el pensamiento el cual engendra el placer. Debemos descubrir lo que es el placer, y aprender lo que es el placer en sí mismo, como disciplina. La raíz de la palabra «disciplina» significa «aprender», no conforme a un patrón o un orden y todas las cosas que muchas veces se llaman disciplina. El acto mismo de aprender es disciplinar y la palabra disciplina, por sí misma, significa aprender, no el haber aprendido, suprimiendo o practicando algo o el conformarse a un patrón. El acto mismo de aprender es el camino de la disciplina, así

es que no existe el «yo debo» o «yo no debo» tener placer. ¿Qué es el placer? Por favor, no esperen que yo les dé una respuesta. Estamos aprendiendo. Puede ser que yo esté articulando las palabras, describiendo el asunto, penetrándolo detalladamente, pero ustedes tienen que aprender. Lo estamos haciendo juntos. Por lo tanto, ustedes están escuchando no solamente al que habla, sino que también están escuchando dentro de ustedes mismos, observando la pregunta que se les hace.

El placer está relacionado con el deseo. Yo he probado cierto alimento y deseo más de él; él me deleita. También hay el sexo, o el goce de un bello atardecer, de una puesta de sol; la luz sobre el agua al fluir el río, la belleza de un pájaro en vuelo, la hermosura de un rostro, una frase que despierta profundo deleite, una sonrisa. Entonces surge el deseo que dice que yo debo tener más de eso; el deseo, sea sexual, psicológico o de otra índole, que ha probado cierto placer y quiere repetirlo. La repetición viene en el momento en que el pensamiento entra en acción. Sigamos en forma sencilla porque éste es un asunto complejo. Ayer tarde, por entre las nubes y el viento, se filtró de súbito un punto brillante de la luz del sol sobre el campo verde. ¡Aqué-

lla era una luz extraordinaria, plena, rica y el verde tenía tanta vitalidad! Lo vieron los ojos, la mente lo registró y se deleitó en grado sumo en esa belleza, en esa luz y en el incomparable color verde. Quiero una repetición de ese deleite y en esta forma busco hoy la misma luz, aquella misma belleza, la misma sensación, lo cual es pensamiento. El acto de mirar fue una cosa y después vino el pensamiento y dijo: «me gustaría más de eso; tengo que repetirlo mañana». La repetición de eso es el principio del placer. Cuando vi la luz sobre aquel campo no había deseo ni placer; había una tremenda observación y deleite. Pero vino el pensamiento y dijo: «¡Por Dios, qué agradable sería si yo pudiera tener más de eso mañana!».

Eso es lo que nosotros estamos haciendo todo el tiempo. Puede ser sexualmente; puede ser cuando alguien nos adula y dice ser nuestro amigo. El pensamiento se cuela y quiere repetirlo. El principio del placer es el principio del pensamiento, en conflicto. Es el pensamiento el que exige, el que crea conflicto. Mi problema no es el deleite de ver algo hermoso, sino que comienza cuando el pensamiento dice que debe haber una repetición. Entonces el deleite se vuelve placer y yo siento que

debo tener más de ello. La idea de «más de ello» es creada por el pensamiento que piensa acerca de ello. Veo una faz agradable, una bella faz con una clara sonrisa y pienso acerca de ella. En primer lugar, la veo, y después pienso acerca de ella. El pensar acerca de ella es el principio de la tortura, de la pena, del placer: cómo tenerlo, cómo alcanzarlo, cómo dominarlo. Cuando lo he dominado, ya ha sido destruido y entonces me vuelvo a otra cosa y esto ocurre una y otra vez. ¿Puedo mirar ese campo verde con esa luz extraordinaria, tener ese arrobamiento ante la belleza sin que intervenga el pensamiento? *Ese* es el punto. En el momento en que el pensamiento aparece, ello se vuelve una tortura, una pena, un conflicto, con todos sus resultados y efectos. El pensamiento destruye aquello que era hermoso. Mi problema no es el evitar o el dar la bienvenida al placer, sino la comprensión del total proceso del pensamiento. Veo un automóvil bello y poderoso. Pensar acerca de él acentúa y fortalece el deseo. El deseo se convierte en placer e imaginación y surge todo lo demás. Debo ahora inquirir dentro del pensamiento, dentro del pensar, no inquirir si puedo detener el pensar, porque no puedo ha-

cerlo, sino tratar de ver si es posible comprender la maquinaria del pensar.

Este es realmente un asunto muy serio. Deben ustedes dedicarle gran atención y pueden cansarse fácilmente. No se puede prestar atención una hora completa con tan tremenda energía. Si en realidad ustedes han penetrado dentro de ustedes mismos hasta aquí con toda su energía, atención y capacidad, con urgencia, entonces su cuerpo, su mente, todo su ser estará rendido. Si dicen: «por favor, siga usted hablando y yo sabré entonces lo que usted quiere decir», eso significa que ustedes quieren escuchar y que yo explique; que ya no están vitalmente interesados en esto. La próxima vez penetraremos en esto nuevamente, en esta maquinaria del pensamiento. Con objeto de comprenderla, ustedes tienen que ahondar en el asunto del tiempo, tiempo como memoria, tiempo como pasado. Este es un problema muy complejo, y ustedes deben acercarse a él con una mente fresca, no con una mente que ya está cansada, abrumada por la vida. Para penetrar dentro de la maquinaria del pensamiento, la cual es memoria, ustedes deben considerar lo inconsciente tanto como lo consciente; tienen que comprender el tiempo, el tiempo conforme al reloj y el tiempo

psicológico y si éste puede dejar de ser. Todo esto es parte de la investigación del pensar. Ello requiere una mente aguda, no una mente débil y nublada que tan sólo siente curiosidad, que se ha agotado en una oficina por cuarenta años. Esto requiere una mente clara y aguda, una mente que pueda pensar con claridad, plena de propósito, que no divague entre esto y lo otro. Debe tener la energía para proseguir hasta el mismo final.

Cuando hayan hecho esto, sabrán por ustedes mismos lo que es el placer, la pena infinita del placer y si es posible vivir en este mundo con tremendo deleite, bienaventuranza y éxtasis, sin estar atrapados en el placer y en el dolor. Para llegar a esto se necesita una mente ferviente y seria, no una mente frívola, no una mente llena de vanidad que dice «yo sé». La mayoría de ustedes son seres humanos vanidosos. Para comprender todo esto de lo que hemos hablado, se requiere la mayor humildad y humildad significa aprender. Usted no puede aprender si no es sencillo.

Pregunta: Quiero placer de diferentes clases. Evito el placer porque sé que me va a traer dolor, y tengo miedo del dolor. A pesar de eso, mi mente siempre quiere placer. ¿Cómo voy a hacer para estar libre, libre de evitar

el placer por miedo del dolor, y aún así, deseando placer?

KRISHNAMURTI: Es lo mismo que si un hombre quiere realizar por medio de los libros, de la literatura, por medio de pintar o de la música. Él desea ser alguien, pero sabe que en el deseo mismo de realizarlo hay dolor, agonía, aflicción y temor. No obstante, él quiere realizar.

¿Qué hay que hacer? Debo inquirir, no cómo estar libre del miedo, de la pena, sino si hay tal cosa como la realización, si hay tal cosa como placer constante. El problema no es cómo estar libre del dolor demandando placer, sino si en el placer mismo no hay dolor. Quiero realizar porque ello es un placer tremendo. Quiero que se me conozca, ser famoso como músico, como escritor, en lo que ustedes quieran, porque en esa realización hay gran placer, porque al ser conocido, mi nombre estará en los periódicos y toda esa tonta podredumbre. Ello me da tremendo placer y no le llamo «tonta podredumbre». Trato de realizar, pero siempre hay alguien que es mejor que yo, alguien que es más conocido, un gran escritor, un músico mejor. En esto hay competencia; hay sufrimiento; tengo que adular a la gente; tengo que ser hipócrita. Tengo que hacer toda

clase de cosas feas. Todo esto trae dolor; pero quiero realizar y en esa realización hay placer. Al mismo tiempo, quiero evitar el dolor. Lo que tengo que investigar es qué es lo que estoy realizando, qué estoy haciendo.

El mundo entero adora el éxito. Si tengo dinero, posición, prestigio, fama; si soy alguien y soy conocido por un número de lectores de periódicos, esto es muy placentero; me da un sentimiento agradable, pero ¿qué significa todo eso? ¿Existe tal cosa como la realización? ¿Qué es lo que estoy realizando y por qué quiero realizar? Quiero realizar, hacerme famoso, porque internamente no soy *nada*, estoy vacío, estoy solitario; soy una criatura miserable y me revisto con el plumaje de la fama, porque tengo alguna técnica para el violín, el piano o la pluma. Al realizar, estoy escapando de ese vacío, de esa soledad, de esa interminable actividad y fastidio, debido a que poseo una pequeña técnica. Ese realizar es un escape del hecho de lo que soy. ¿Puedo resolver lo que soy, esa fealdad, esa vaciedad, esa actividad autocentrada con toda esa neurosis y sus demandas? Cuando puedo resolver que no me importa si soy o no famoso, si hay o no hay realización, estoy más allá de toda esa estúpida fruslería. Entonces el placer, el pen-

samiento y el dolor tienen un significado totalmente distinto; estoy más allá de ellos.

Pregunta: ¿Quisiera usted penetrar en el aprender mientras se actúa?

KRISHNAMURTI: Se ha descubierto en algunas factorías que si un hombre se mantiene repitiendo un trabajo de la misma manera, haciendo la misma cosa, ese hombre produce menos, porque se fastidia de hacer la misma cosa repetitiva; pero si se le permite aprender mientras está trabajando, produce más. Eso es lo que se está descubriendo y así se permite que el trabajador aprenda mientras está haciendo su labor.

Veámoslo de otro modo: la mayor parte de nosotros tenemos ideas. Para nosotros las ideas, las fórmulas, los conceptos, son tremendamente importantes. La nacionalidad es una idea. El negro, el hindú, el blanco, son ideas. Aunque esas ideas han producido ciertas actividades terribles, para nosotros las ideas, las ideologías, las fórmulas, son tremendamente importantes, pero la *acción* no lo es. Actuamos de acuerdo con esos conceptos, con esas ideas; nos aproximamos a la acción con la idea. Siempre existe una división entre la idea y el acto y por tanto, siempre hay conflicto. Para que

un hombre comprenda y ponga fin al conflicto, tiene que comprender si puede actuar sin idea; él debe ir aprendiendo mientras actúa.

Tenemos el amor. No es una cosa sencilla, es bastante compleja. No sabemos lo que significa el amor. Tenemos ideas acerca de él: que para amar debe haber celos; que el amor está dividido entre amor divino y amor humano. Tenemos muchas ideas. Para descubrir lo que significa, su profundidad, su hermosura, si existe tal cosa como el amor, que no tiene nada que ver con las buenas obras, con la simpatía, con la tolerancia, con la delicadeza, aunque todo esto vaya incluido en él, si realmente quiero descubrir, debo arrojar lejos todas mis ideas acerca del amor y en ese echar por la borda todos mis conceptos acerca del amor, estoy aprendiendo sobre él. Eso es todo.

17 de julio de 1966.

V

A menudo me pregunto por qué ustedes escuchan y yo hablo. ¿Estamos intercambiando ideas y conceptos, o estamos emprendiendo un viaje juntos explorando, examinando lo que descubrimos, de manera que ello no sea un caso de relación entre orador y oyente? ¿Es que ustedes quieren que se les enseñe, ya sea qué pensar o cómo pensar; o es que desean recoger información y datos para sumarlos a lo que ya han coleccionado durante sus vidas? Quizá podría ayudar un poco a resolver nuestros varios problemas, y estoy seguro de que sería más bien interesante si cada uno de nosotros descubriera por qué escucha a este orador en particular, en pos de qué vamos a tientas, qué es lo que estamos buscando y por qué buscamos en absoluto. Si todos pudiéramos descubrir por nosotros mismos, en la intimidad de nuestras propias mentes y corazones, qué es lo que perseguimos, quizás entonces el viaje que hemos emprendido juntos tendría algún significado. Dentro de nosotros y por tanto en la sociedad, tiene que haber una mu-

tación radical, una revolución en todo nuestro modo de pensar, vivir y actuar. Si eso no está claro, nuestro viaje conjunto no tendrá sentido alguno.

Vemos cuán falta de madurez es la actividad política, religiosa y económica que se desarrolla alrededor nuestro. Existe un solo problema político: la unidad del género humano, y nadie parece preocuparse de él. Se habla mucho del tema, pero para llevarlo a buen fin, tendrá que haber, no sólo un cambio económico, un cambio psicológico en la estructura social, sino también en toda la estructura de la psiquis, de la mente. Acerca de eso es que vamos a hablar esta mañana. Vamos a inquirir sobre lo que es el pensar, sobre lo que es la mente, sobre lo que la totalidad de la conciencia es. En primer lugar, aclaremos muy bien que no estamos dividiendo la conciencia en varios departamentos o secciones, tales como lo consciente, lo inconsciente y todas las varias interpretaciones al efecto. Existe un solo estado: lo que somos, la totalidad de nosotros mismos, de la cual sabemos tan poco, en la que no hemos penetrado profundamente; la totalidad de nuestra estructura psicológica, nuestras reacciones, limitaciones y condicionamientos, nuestras nostalgias, nuestras brutali-

dades, nuestra violencia y el llamado amor. A menos que haya una gran revolución en la estructura total de nuestro ser, nuestras vidas seguirán siendo inmaduras; siempre habrá dolor de una u otra clase; siempre habrá conflicto, confusión y miseria. El escuchar simplemente alguna descripción, explicación o teoría, no alterará en modo alguno el hecho de lo que somos.

Además, ¿cómo es posible producir una mutación en lo que somos? He ahí todo nuestro interés. Yo soy como ustedes, como cualquiera otra persona en el mundo. Somos producto del medio ambiente, de la sociedad en que nacimos, de las religiones con su propaganda, que nos han lavado el cerebro para que creamos esto y no creamos aquello. Somos el resultado de todo eso, y el provocar un cambio dentro de sus limitaciones no es cambio en absoluto. Ciertamente, el cambio implica trascender o ir más allá de tales limitaciones. ¿Cómo es eso posible? ¿Qué hemos de hacer? El aprender no es ni placer ni sufrimiento. Cuando usted está aprendiendo no hay división entre lo que a usted le gusta o le disgusta, entre lo que usted repudia o aquello a que se aferra. Usted simplemente aprende. Y a mí me parece que una de nuestras dificultades

es que no vemos la importancia de aprender, de descubrir, de averiguar por nosotros mismos. Eso no es posible cuando pensamos en términos de placer y dolor, resistencia o represión. El aprender es sólo posible si podemos vernos tal cual somos, no de acuerdo con una filosofía, o algún concepto teológico, especulativo, sino ver lo que en realidad es. Si podemos descartar todo eso, entonces somos capaces de examinar lo que de hecho somos; y en ese examen estamos aprendiendo. No hay aprendizaje si meramente acumulamos. Para aprender un idioma es necesaria la acumulación en forma de conocimiento o de destreza. Pero cuando estamos aprendiendo sobre nosotros mismos, sobre la totalidad de lo que somos; nuestras reacciones, cómo pensamos y por qué pensamos así, nuestras motivaciones, las varias influencias a que nos inclinamos, los miedos, las ansiedades, el sentido de culpabilidad y de opresión. . ., es decir, todo lo que somos; si no podemos mirarnos a nosotros mismos con toda claridad, no es posible producir un cambio radical en la raíz misma de nuestro ser. Como ya decíamos el otro día, es muy importante cómo nos miramos a nosotros mismos. ¿Han tratado ustedes alguna vez de mirarse a sí mismos? El *usted mismo* nunca es

igual; está siempre en movimiento, en flujo continuo. Si usted lo mira a través de un concepto, con una idea fija, entonces meramente lo está interpretando de acuerdo con placer y dolor. Pero si usted puede olvidar el concepto de lo que debe ser y no ha sido, usted puede descartarlo, desprenderse de él; si no hay censor, entonces usted puede seguir el movimiento de todo pensamiento, de toda emoción.

Esta mañana vamos a considerar la naturaleza del pensar. Hemos estado usando el pensamiento como medio para producir un cambio en nosotros mismos: el pensamiento como deseo, como voluntad; el pensamiento en busca de una idea a la cual adaptarnos; el pensamiento como tiempo. El pensamiento dice: «yo soy esto, o he sido esto, y seré aquello». Siendo, pues, el resultado de la memoria, y ésta la acumulación de siglos de experiencia humana y del propio individuo, el pensamiento en sí se ha convertido en el instrumento que espera traer una íntima revolución.

Nosotros somos esa acumulación de siglos y conforme a ella, conforme a nuestro condicionamiento, respondemos a cada reto, a cada interrogante, a toda novedad. ¿Puede el pensamiento como voluntad o deseo, como ganancia o como pérdida, provocar una revolución

en nosotros? Y si el pensamiento no lo hiciera, ¿qué podría producirla? Sabemos lo que eso significa, que el pensamiento traiga una revolución, un cambio. Yo me digo a mí mismo: «soy esto», lo que fuere: miedoso, envidioso, avariento, persigo mi propia satisfacción personal, actúo dentro de una actividad egocéntrica... Veo todo eso y me digo a mí mismo: «Yo debo cambiar porque esto es demasiado doloroso, demasiado tonto e inmaduro; en ello hay dolor». Ejercito la voluntad, la represión, el control, la disciplina, todo lo cual es función del pensamiento, y veo que no cambio en absoluto. Sólo me muevo en otra parte del mismo campo. Quizá soy menos irritable, un poco más de esto, y un poco menos de lo otro, pero el pensamiento no ha revolucionado mi psiquis, todo mi ser. El pensamiento sólo engendra más conflicto, más dolor, más placer, más lucha. Así, pues, ¿qué producirá un cambio, una revolución dentro de todo este campo?

Cuando usted se hace esta pregunta, ¿cuál es la contestación? ¿Cómo responde usted a ella? Usted ha luchado durante toda su vida. Si tiene dinero suficiente, recurre a un psiquiatra; si no lo tiene, va donde un sacerdote, o en su defecto, usted se observa a sí mismo, se controla, se disciplina —usted hace esto o

aquello, diez cosas distintas—; sin embargo, nada florece como producto de esa lucha; no hay belleza, no hay libertad, no hay paz y usted termina en un callejón sin salida. Todos ustedes saben esto si con ello han experimentado. Entonces, ¿qué traerá el cambio? ¿Cómo contestaremos esta pregunta? Sería muy útil que cada cual se la contestara a sí mismo, sin esperar que alguien lo haga por él. Si ustedes están en esa espera, no están aprendiendo. Como ya he dicho, estamos haciendo un viaje juntos. Aquí no hay ni maestro ni seguidores; no hay autoridad alguna. Hay solamente la intimidad, la soledad de nuestra propia investigación y descubrimiento. Si usted descubre por usted mismo, de ese descubrimiento viene una nueva energía, un renacimiento. Mas si está simplemente esperando que otro se lo diga, entonces vuelve usted a caer en la vieja rutina que tiene tan poco sentido.

Así, pues, ¿cómo contestará usted esta pregunta? Usted sigue una carretera para ir a algún sitio, a su hogar, Consulta a alguien y él le dice que ese no es el camino. Usted ha andado mucho, está cansado y descubre que va descarriado. Sigue investigando y descubre por usted mismo que su camino no lleva a

parte alguna. Entonces, ¿qué hace? Pues se detiene, vuelve atrás y toma la otra carretera. Pero antes, usted se detiene. Primero, usted vacía su mente o, más bien, la mente se vacía a sí misma de todos los patrones, de todas las fórmulas. Se vacía de todas las fortificaciones que la memoria ha creado. Y esta limpieza de todo el ser es en sí el proceso de revolución. Pero nadie puede vaciar una mente que está comprometida, que siempre está ocupada, que nunca se vacía. Una mente se vacía si ha escuchado, si ha observado todo ese movimiento en su totalidad, lo cual puede hacerse de un soplo. Cuando usted ha observado el pensamiento y ha visto la futilidad de seguir usándolo como instrumento para producir una revolución, entonces, naturalmente, vuelve la espalda al viejo camino. Esto sólo puede ocurrir cuando la mente, toda la psiquis, está completamente vacía. Ese vacío es madurez, y de él surge una actividad y un vivir con una dimensión totalmente distinta.

Ustedes han escuchado durante una media hora lo que se ha dicho y ¿dónde estamos? ¿Hay en ustedes una idea, es decir, pensamiento racionalizado? ¿Están ustedes llegando a una conclusión y tratando de aceptarla, rechazarla o desarrollarla? Si están ustedes

haciendo eso, ello sigue dentro de la actividad egocéntrica en forma de pensamiento. Pero si ello constituye un aprendizaje real, algo que estamos aprendiendo juntos —no acumulando para luego actuar según lo acumulado, sino aprendiendo sobre la marcha—, entonces verán por ustedes mismos este acto de madurez que nada tiene que ver con la edad física. Dicho acto de madurez es la propia mente del todo vacía y, por lo tanto, no hay problema.

La mente prueba ser un buen terreno para un problema, y éste arraiga en ella. Luego que ha arraigado, nosotros nos preguntamos cómo debemos de resolverlo. Mas si nos encaramos al problema e instantáneamente lo resolvemos, no se trata de un problema mecánico, técnico o de pericia, sino de un problema humano de ansiedad, desesperación: los diez problemas distintos que tenemos; si nos encaramos al problema inmediatamente, sin que haya un intervalo entre el hecho y la acción que debemos tomar, entonces, no hay terreno en que problema alguno pueda arraigar. Nuestras mentes, nuestros corazones, todo nuestro ser está lleno de problemas no resueltos porque jamás nos ponemos en contacto directo con ninguno de ellos. Nos da miedo. Para ponerse en contacto con algo: con la naturaleza,

con la singular belleza de una montaña, hemos de acercárnosle mucho. Desde lejos o desde una gran altura, todas las montañas parecen iguales, llanas, con uno o dos picos que se destacan; pero cuando nos acercamos, empezamos a ver que hay valles y saltos de agua. Vemos la roca, su forma, la belleza de una línea. Cuando nos acercamos mucho, entramos en estrecho contacto con lo que vemos. Desgraciadamente, nunca nos permitimos llegar a un contacto íntimo los unos con los otros, porque nos hemos aislado, nos hemos reprimido. De ahí las distintas defensas que hemos construido.

Todas estas defensas, represiones y miedos se caen en un instante, de inmediato, cuando uno se pone directamente en contacto con ellos. Y uno puede lograr esto sólo cuando ha comprendido el pensamiento, cuando uno ha visto la importancia que tiene en ciertos campos, cuando se logra ese vacío de la observación. Sólo cuando está vacío puede uno mirar, cuando no se está ocupado, comprometido. No se puede mirar la naturaleza; un árbol o una flor, una montaña, un río o el cielo, si la mente está llena de pensamientos, preocupada, torturada por su propia pequeñez, por su propia enfermedad y ansiedad.

¿Qué puede usted hacer en realidad acerca de la actividad egocéntrica? Una de las cosas más difíciles de comprender es que no hay nada que usted pueda hacer para traer un cambio. Cuando usted se confronta con un problema y lo mira totalmente en silencio, sin compromiso alguno, usted entra en seguida en contacto con él, no como el observador y lo observado, sino con el hecho en sí. Entonces usted verá, por sí mismo, que hay un tremendo cambio que no es traído por el pensamiento, el placer o la evasión del dolor.

Pregunta: El pensamiento continúa sin descanso, todo el tiempo, interminablemente. ¿Cómo es posible detenerlo?

KRISHNAMURTI: Si yo contesto «no sé», ¿qué hará usted? En realidad yo no sé. Señor, escuche cuidadosamente lo que se está diciendo. Se han tratado tantas formas para detener el pensamiento: el ingreso en un monasterio; la identificación con alguna imagen, teoría o concepto; la disciplina, la meditación, el esfuerzo, la represión... El hombre ha tratado todo cuanto es posible, se ha torturado a sí mismo en mil formas diferentes, porque entiende que pensar es muy doloroso. ¿Cómo puede ello lograrse? Ello envuelve unas cuan-

tas cosas. En el momento en que usted hace algo para detenerlo, el pensamiento se vuelve un problema. Surge una contradicción. Usted desea pararlo, pero él sigue adelante más y más. Esa misma contradicción engendra conflicto. Todas las contradicciones engendran conflicto. Así, pues, ¿qué ha hecho usted? Usted no ha terminado con el pensamiento, pero ha introducido un nuevo problema, que es el conflicto. Todo esfuerzo por detener el pensar, lo único que logra es alimentarlo, vigorizarlo. Usted sabe muy bien que tiene que pensar, tiene que ejercer toda su energía para pensar limpia y claramente, con cordura, en forma racional y lógica. Pero usted sabe que el pensar cuerdo, racional y lógico no detiene el pensamiento. Éste continúa sin cesar.

¿Qué debe usted hacer? Sabe que cualquier forma de represión, cualquier forma de disciplina, supresión, resistencia o adaptación a la idea de que uno tiene que detener el pensar, es mero desperdicio, y usted echa todo eso por la borda. ¿Lo ha echado usted? Si lo ha echado, entonces, ¿qué hará usted? ¡Usted no hará absolutamente nada!

Primero, usted piensa que tiene que parar el pensamiento. Esa es una idea y tras ella hay un motivo. Usted desea pararlo porque él

no ha resuelto el problema. De modo que, ¿puede la mente —no sólo una parte de ella, cierto fragmento, sino la totalidad de la mente que incluye los nervios, el cerebro, la emoción: todo—, puede la mente comprender que ella no puede hacer nada?, y entonces, ¿continuará el pensamiento? Usted encontrará que éste no continúa.

Pregunta: Yo he debido considerar el problema en forma equivocada.

KRISHNAMURTI: Señor, usted tiene un problema, matemático o personal; usted lo ha investigado, analizado, discutido con alguien... y no puede hallarle respuesta. Entonces, ¿qué ocurre? Usted simplemente lo deja; ¿no es así? Sin embargo, es muy importante descubrir cómo usted lo deja. Si usted lo ha dejado porque está en desesperación, porque tiene miedo, por algún motivo, entonces su mente aún sigue ocupada con el problema. Pero si usted lo deja enteramente porque ya lo ha considerado en todas las formas posibles, entonces usted se despreocupa *por completo,* lo cual significa que su mente ya no piensa en él, no le teme, no desea buscarle una respuesta o escapar de él. Entonces, si usted se ha desligado absolutamente del problema, de esa na-

didad (nothingness) surge la respuesta. ¿No ha notado usted esto en cosas triviales? Cuando usted tiene un problema matemático o humano con el cual ha luchado en vano por resolverlo, y dice: «Ya no puedo hacer nada más», como resultado usted descubrirá cómo de súbito el pensamiento cesa.

Esto introduce un asunto bastante distinto. El pensamiento tiene que usarse. En eso estamos todos de acuerdo. El pensamiento tiene su valor, su importancia, su sitio. Puede un ser humano vivir en un estado de mente tan tremendamente activa, que ésta está vacía. Un tambor bien templado siempre está vacío y cuando se le toca produce el tono exacto. ¿Es posible para la mente estar de ese modo vacía? Espero que ustedes comprendan lo que estoy diciendo. No es sencillamente una cosa mística, vaga, adormecedora. Sólo como resultado del vacío es que uno puede ver la belleza de la vida, la belleza de un árbol. No puede uno ver si no está vacío, sin compromiso alguno, siempre aprendiendo, no acumulando, sino observando, despierta, alerta, sin selección alguna y, por lo tanto, con tremenda atención. ¿Han notado ustedes alguna vez que están completamente atentos, con los nervios, la mente, el corazón, el oído. . .? ¿Compren-

den ustedes? En ese estado de intensa atención no hay pensar. Es sólo cuando estamos inatentos que empieza toda la farsa.

Pregunta: ¿Cuál es la diferencia entre el proceso del pensar y el pensamiento?

KRISHNAMURTI: Ciertamente no hay mucha diferencia. No separemos todas las cosas en tales divisiones. He aquí el proceso del pensar: yo le hago a usted una pregunta que le es familiar y si usted conoce bien la contestación, responde inmediatamente. Pero si la pregunta no le es familiar, hay un intervalo de tiempo, una laguna entre la pregunta y la contestación, y la memoria empieza a funcionar, usted pregunta, inquiere, espera. Todo ese proceso produce pensamiento, trae una respuesta. Mas cuando usted llega al punto en que dice que realmente no sabe cómo parar el pensamiento, y no espera que alguien le diga cómo —usted realmente no sabe—, entonces, usted ha dejado de pensar, ¿no es así? Cuando usted dice: «Yo realmente no sé la contestación a esta pregunta, es la primera vez que la oigo», de ese estado de inocencia en que no se sabe, el pensamiento, que no es inocente, desaparece.

Pregunta: ¿Piensa usted cuando está hablando?

KRISHNAMURTI: Me temo que no mucho. Por supuesto, como estamos hablando en inglés, hay la memoria y el uso del lenguaje para lograr la comunicación más clara que sea posible. Hay ese pensamiento, pero la persona que pregunta desea saber si estoy pensando en otra forma distinta —«piensa usted cuando está hablando»—. Si uno está pensando al hablar, entonces uno se vuelve repetitivo. Si uno no está pensando sino hablando desde ese vacío, entonces podrán repetirse las palabras, pero el contexto, lo que se está diciendo, es fresco, nuevo, tiene una vitalidad totalmente distinta.

Pregunta: Hay guerras. Hay odio. La prensa está llena de la escoria, de la brutalidad, de la tramperia política, etc. ¿Deberemos mantener una mente abierta, vacía y mirar todo eso sin juzgarlo?

KRISHNAMURTI: En primer lugar, ¿es esto posible? Hay guerra en Vietnam. En ambos lados se hace daño a las gentes y se les mata. Usted es, digamos, un americano o un vietnamés. Usted tiene sus reacciones. Usted es pacifista y no desea matar cosa alguna, o usted

es comunista y quiere que su lado gane. Siempre estamos tomando partido ¿no es así?

Pregunta: Debemos acabar con eso de tomar partidos.

KRISHNAMURTI: ¡No, no, no! No acabemos con nada. No digamos «no debemos tomar partido, yo tengo que ser esto y no ser aquello», sino veamos lo que uno es en realidad. Uno es nacionalista, uno está comprometido con cierto patrón de vida, el modo americano de vivir, el hindú y Dios sabe cuántos otros. Uno está comprometido como comunista, socialista, laborista, y con ese trasfondo, con ese condicionamiento forzosamente reacciona. ¿Qué ha de hacer uno? Si la reacción es muy fuerte, uno empieza a odiar a los vietnameses o a los americanos, o se vuelve pacifista, o esto o aquello. Nada de eso evitará las guerras. Ni en la exaltación del americanismo ni en el tibetanismo, ni en lo que sea, evitará las guerras. ¿Qué las evitará? He ahí la pregunta fundamental. ¿Qué evitará el odio, la violencia en América entre el negro y el blanco, y en muchos sitios entre el comunista y el burgués? ¿Qué terminará con todo esto? La historia establece que el hombre ha tenido quince mil guerras en los últimos cinco

mil quinientos años. Ello significa dos guerras y media por año. Los seres humanos se han entregado a una vida de violencia, ambición, codicia y competencia, la búsqueda de la fama, el prestigio nacional. Todo esto es violencia. ¿Cómo puede uno, no como americano, vietnamés o comunista, no en membrete, sino como seres humanos que somos usted y yo, dondequiera que vivamos, cómo puede uno poner fin a la violencia?

Esa es la pregunta, no el tomar partidos, éste o aquél, sino: cómo podemos terminar con la violencia. No puede terminarse a través de la idea de no violencia. Esto es muy difícil. Ahondemos en ello.

Yo, como ser humano, soy violento. Por la naturaleza misma de mi ser soy ambicioso, competidor, egoísta, codicioso, envidioso. Las células mismas de mi cerebro son el resultado de siglos de animalidad y soy violento. Después de leer historia, después de sufrir, digo: «No debo ser violento; la violencia no llevará a ningún sitio». Deseo librarme de la violencia y creo que teniendo el ideal de no violencia, puedo usar ese ideal como trampolín para escapar de mi violencia. Eso nunca ocurre así. Lo que nos librará no será el ideal de la no violencia, sino el conocer de hecho la vio-

lencia, el conocer el hecho de *lo que es,* y no la idea de lo que debe ser, con todo lo cual se ha ensayado muchas veces. Interminablemente se ha predicado en favor de la no violencia, en la India y en todo el mundo. Toda religión ha hablado sobre el tema diciendo: «Sed bondadosos, sed apacibles, no hagáis daño, amaos los unos a los otros». Pero las religiones no han promovido la paz, por el contrario, ha habido guerras religiosas. Lo que puede terminar con la violencia es el verla, el encararse a *lo que es,* lo cual significa no tener nacionalidad.

Pregunta: La guerra es el proceso de la historia.

KRISHNAMURTI: Sí, señora, lo sé. Los chinos invadieron a la India y cuando hablamos de este tema en la India, decían: ¿De qué habla usted? Se nos está atacando; en consecuencia, tenemos que defendernos. Se necesita un ejército, y ya hemos caído en lo mismo. El movimiento del odio, de la guerra, continuará a menos que todos nosotros veamos que el odio no puede terminar por el odio, por la defensa. Si fuéramos y dijéramos a los vietnamitas que no odiaran, nos tirarían al agua, o nos fusilarían porque nos creemos pacifistas. He

ahí lo que queremos decir cuando sostenemos que tiene que haber una total revolución en la mente, de modo que dejemos de ser cristianos, budistas, católicos, comunistas, americanos, hindúes, alemanes, italianos. Somos seres humanos. Lo que importa es la unidad del hombre, no la pugna entre un país y otro país.

19 de julio de 1966.

VI

Creo que esta mañana debemos considerar el tema de la acción. Hemos de ahondar bastante en él y ver si podemos descubrir y aprender una acción que no sea contradictoria; lograr una vida libre del conflicto de los opuestos, de la contradicción. La mayoría de nosotros vive una vida privada y una vida pública. Una vida pública está rota en fragmentos; en público actuamos con diferentes máscaras, diferentes actitudes, poses distintas. Tenemos tantas máscaras que nos ponemos con suma facilidad, y nos las quitamos únicamente en la intimidad de nuestras mentes y corazones. Si se tiene alguna seriedad, si nos damos cuenta, vemos que en la vida privada también hay varias máscaras: nos ponemos una frente a los amigos, otra en la intimidad de la familia, y si alguna vez estamos solos, usamos una máscara totalmente distinta.

Cada una de ellas está en contradicción con las demás, tanto las públicas como las privadas. Los más de nosotros ni siquiera nos damos cuenta de ellas. Simplemente nos deja-

mos llevar, ajustándonos a las varias influencias y presiones, actuando y reaccionando de acuerdo con lo que dichas máscaras dictan. Y así vivimos una vida de contradicción y conflicto hasta que morimos. Ninguno de estos estados parece ser permanente; cada uno tiene su propia vida, su propia actividad, y nos damos cuenta de ellos sólo en ocasión de un gran conflicto, de una crisis. Entonces tratamos de descubrir qué hacer, cómo actuar y extrañamente cada estado, cada máscara dicta su propia disciplina, su propia actividad, su propia manera de vivir.

Si somos en modo alguno serios, nos damos cuenta de ello y tratamos de integrar todas estas diferentes contradicciones. Pero mientras más tratamos de aunarlas dentro de algún tipo de unidad, mayor es el conflicto, mayor la contradicción.

Creo que los más de nosotros sabemos esto, conocemos las varias pretensiones, las vanidades, la arrogancia que cada uno tiene, tanto públicas como privadas, y si nos quitamos estas máscaras, ¿qué queda? Si tenemos seriedad e interés en la cuestión, debemos descubrir no ya lo que son estas pretensiones, con sus vanidades, hipocresías, contradicciones y actividades, cada una en oposición a

las demás; sino averiguar también, por nosotros mismos, si podemos despojarnos de todas ellas y ver *lo que es*.

Cuando no hay pretensión, cuando no hay máscara, cuando no existe presunción de lo que debe o no debe ser; cuando hemos rechazado todas las influencias: sociales, políticas económicas, del clima, del alimento y todas las demás, entonces no sólo debemos descubrir lo que queda, sino también si podemos vivir con lo que queda. Cuando llevamos una vida no contradictoria, una vida sin esfuerzo y por lo tanto sin contradicción alguna a cualquier nivel, sólo entonces hay libertad. Es únicamente en esa libertad que hay paz y la floración de algo totalmente nuevo, una nueva alegría, un éxtasis, un deleite que no pertenece al deseo ni al placer.

Nosotros sólo nos quitamos las máscaras cuando estamos absolutamente solos en la honda intimidad de nuestras mentes y corazones; pero si durante esta mañana pudiéramos poner a descubierto ante nosotros mismos las pretensiones, las máscaras que usamos al encontrarnos con extraños o con amigos íntimos, quizá podríamos descubrir, por nosotros mismos, lo que es la verdadera acción. Acaso podríamos asimismo descubrir si es posible vivir en este

mundo, ir a la oficina, administrar un hogar, mantenerse en relación con el esposo o la esposa, llevar a cabo todas nuestras actividades sociales, y al mismo tiempo, vivir una vida plena y total, tan completa, que no haya un soplo de contradicción o conflicto. Hay gran belleza en el aprendizaje de esto. Y en esa belleza hay gran alegría. Sin embargo, para comprenderlo tenemos que ahondar, no sólo en la cuestión del deseo, que es placer, sino que tenemos que olvidar en absoluto esta común afirmación del inconsciente que está en boga.

Se ha puesto de moda el hablar mucho del inconsciente, el ahondar en él, interpretar sus varios motivos y presiones, los ocultos deseos e insinuaciones. Para echar a un lado lo que se llama el inconsciente, también debemos librarnos totalmente de los sueños, exceptuando los sueños de origen físico que tienen lugar cuando se ha comido demasiado, o cosas por el estilo.

Esta mañana tenemos mucho trabajo que hacer juntos si hemos de profundizar en esta cuestión de la vida, de la acción, sin contradicción alguna. Si somos capaces de descubrir eso, si podemos aprender acerca de ello, entonces trascendemos el placer, el deseo, y nos encontramos con algo que es alegre, que es una gran

bienaventuranza. Mas no podemos tener este encuentro sin comprender los estados contradictorios de nuestra existencia, con todas sus formas sutiles, máscaras, pretensiones.

Si se me permite, esta mañana vamos a ir juntos a explorar, a aprender. No es cuestión de que se nos diga qué debemos o no debemos descubrir, qué son las máscaras, las pretensiones; sino de darnos cuenta de ello. Si lo descubrimos por nosotros mismos, ese descubrimiento en sí, libera gran energía para descubrimientos nuevos.

Vamos, pues, a empezar. Al principio vamos a aprender juntos. Vamos a aprender exponiéndonos a nosotros mismos, puesto que éste no es un mitin o reunión popular, con alguien que analiza toda la cuestión, mientras ustedes meramente escuchan. Yo no me siento en modo alguno inclinado a eso; ello es demasiado feo, por demás necio.

Si estamos neuróticos, desequilibrados, acaso podría ser útil que hiciéramos un poco de análisis, y quizá los más de nosotros estamos un tanto desequilibrados; pero el descubrimiento de la causa y el análisis no liberan del hecho. En descubrir el hecho y prestar plena atención a lo que el descubrimiento en sí es, no hay análisis, no hay intervalo de tiempo

para examinar, para descubrir cuál es la causa. Cuando damos nuestra total y completa atención a *lo que es* y lo encontramos o lo aprendemos por nosotros mismos, sufrimos una tremenda revolución, y eso es lo que vamos a hacer juntos esta mañana. En la atención no hay pensamiento, no hay tiempo, no hay el observador y lo observado. Si damos atención completa a algo, no importa qué o dónde sea —en la cocina, mientras escuchamos algo, cuando leemos o estamos contemplando la belleza del cielo al atardecer—, si le damos atención completa con nuestros corazones y mentes, con nuestros nervios y oídos, con *todo* lo que tenemos, veremos entonces que en ello no existe ni observador ni observado, ni hay intervalo de tiempo en el cual se examina. Nada hay en esa atención; hasta el hecho mismo desaparece.

Eso es lo que vamos a aprender, no sólo poner al descubierto las varias máscaras, las pretensiones y defensas que tan cuidadosa y astutamente hemos desarrollado, sino ver y aprender si es en modo alguno posible, viviendo en este mundo, que es un feo, confuso y miserable mundo de destrucción y brutalidad: si es posible vivir en él sin máscaras, sin re-

sistencia y por lo tanto, actuar en forma total, sin contradicción.

Espero haber aclarado que el inconsciente, como así se le llama, no tiene sentido en absoluto. Al entrar a esta carpa hay únicamente un darse cuenta, un darse cuenta de los colores, de las caras, la gente, un darse cuenta sin elección. Si simplemente nos damos cuenta, como ocurre cuando vemos una flor o cuando escuchamos el ruido de ese avión que vuela sobre nosotros; si sencillamente lo escuchamos plenamente, sin resistirlo ni irritarnos con él, escucharlo simple y totalmente, en ello no interviene el inconsciente. Éste se vuelve algo muy trivial.

Hemos sentado las bases para el examen de la máscara, de la pretensión. ¿Puedo yo, pueden ustedes darse cuenta sin condenar, juzgar o justificar, simplemente darnos cuenta de nuestras máscaras, de nuestras pretensiones? A menos que realmente nos demos cuenta de ellas, el seguir adelante resulta imposible. A medida que ponemos de relieve dichas máscaras y pretensiones, llegaremos a un punto en que seremos absolutamente nada. Ello es aterrador porque la mayoría de nosotros ignoramos lo que significa. Sólo lo sabemos verbalmente. Lo hemos visto a distancia, con cierta

aprensión, o nos sentimos hartos con nuestras vidas, con nuestras relaciones, y deseamos aislarnos, dejarlo todo y estar solos; todo lo cual es únicamente una reacción. Si en realidad, de hecho, nos damos cuenta de cada máscara, o si instantáneamente vemos todo el proceso de fabricar máscaras, instantáneamente también quedamos libres de ellas. Esto envuelve dos cosas. O descubrimos cada máscara, cada pretensión, poco a poco, día tras día, o descubrimos todo el proceso de ello instantáneamente. Si lo descubrimos poco a poco, en forma gradual, es obvio que toma tiempo. Un proceso gradual implica tiempo, y en ese intervalo entre el poquito que descubrimos hoy, y lo que descubriremos mañana, ha surgido una nueva máscara.

A los más de nosotros nos es difícil ver que no hay tal cosa como la comprensión gradual, el ver gradual, el lograr paulatinamente un hondo sentido. Estamos condicionados para aceptar un proceso evolutivo gradual. La mayoría somos nacionalistas, ingleses, alemanes, franceses, italianos, indios, chinos, y decimos que gradualmente nos volveremos internacionalistas, europeos o americanos. Después de ser internacionales, nos volveremos supernacionales, y entonces, por último, vendrá la

unidad del hombre..., cuando ya todos estemos muertos, cuando nos hayamos asesinado los unos a los otros, cuando cada país con sus políticos haya arruinado el mundo. Decimos que en última instancia habrá alguna unidad, pero ello nunca ocurre.

Si vemos la naturaleza del nacionalismo, todo su contenido, no meramente en forma verbal, no sólo el agitar de banderas, o el pacifismo, sino todo su proceso; si lo comprendemos totalmente, todo ello ha terminado. Ya usted no pertenece a país alguno, a ningún grupo o raza. Pero para lograr eso usted tiene que poner atención. Lo cual significa que usted no debe seguir siendo perezoso, indolente; ni dejarse coger en esta fruslería gradual. O ve usted todo el proceso, toda esta hechura y fabricación de máscaras, de estas pretensiones, *inmediatamente*, o no lo ve en absoluto. No diga usted, «gradualmente lo comprenderé, como se pela una cebolla desprendiendo las telas una a una». No se diga a sí mismo que podrá hacerlo gradualmente. O lo ve usted de inmediato, o no lo ve. Si usted no lo ve, déjelo. No diga: «Tengo que verlo; tengo que esforzarme hasta que lo vea, quiero una vida diferente». No lo alcanzará usted. Ello no ocurre de ese modo.

Es como una persona que siendo rica, finge que es pobre. Lleva una máscara que le consuela. Si usted es rico, no finja otra cosa; séalo y basta. Lo importante es no tener conflicto.

Usted debe descubrir o aprender, por usted mismo, si ve toda la estructura, el mecanismo de la simulación, si lo ve total e inmediatamente o si no lo ve. Si no lo ve, averigüe por qué. Quizás usted tiene miedo. Quizá dice: «Yo no sé dónde me llevará todo esto. He fabricado tantas resistencias, tantas defensas con las cuales me protejo, y usted me pide que me abra paso a través de todo ello. ¿A dónde iré a parar? Garantíceme que hallaré algo más allá de todo esto». Entonces, usted estaría dispuesto a romper con todo, si a usted le queda alguna fe; pero los más de nosotros, afortunadamente, no tenemos fe eń nada.

Descubra y aprenda por usted mismo por qué vive tras máscaras y pretensiones. Ello es muy difícil de descubrir. Se debe a que usted quiere que se le crea. . . ¡oh!. . ., tantas cosas que usted no es. Uno desea que se le considere un gran hombre, un gran escritor, un gran esto o aquello. Usted no quiere aceptar lo que en usted se ha descubierto. Hay el miedo de perder algo que ya tenemos en la mano, en el

corazón. Por favor no escuchen ustedes incidentalmente lo que se está diciendo, porque eso carece de todo valor. Ustedes pueden venir a esas reuniones año tras año e incidentalmente, con ánimo de asueto, considerar lo que aquí se dice, y cuando vuelven a su ambiente, empezarán de nuevo toda esta vida de confusión, desdicha y conflicto. Sin embargo, si ustedes escuchan, y el escuchar implica aprender, entonces ustedes bogarán sobre un río insondable que arrastra un tremendo peso y que, en su movimiento, les lleva consigo. Si de ese modo escuchan, descubrirán por qué tienen estas pretensiones, sin perder un solo segundo en examinar la causa, en analizarla, disecarla, luchar contra ella, posponerla. Cuando buscan y analizan la causa, están simplemente evadiéndola. Ustedes saben muy bien por qué tienen esas máscaras, esas pretensiones y defensas. No necesitan que nadie se lo diga. Ustedes lo saben. Lo importante es darse cuenta de todo ello.

Ahora bien, si ustedes se dan cuenta de dichas resistencias, defensas y pretensiones, rompan con ellas. Y si no quieren romper con ellas, sigan detrás de ellas; continúen como están. No introduzcan un nuevo problema, porque todos nosotros ya tenemos bastante

con los actuales, con las máscaras y defensas que hemos creado. Si ustedes creen que eso es inevitable y natural, que no pueden hacer nada al efecto, que así es la vida, entonces sigan con ello. No añadan otro problema: el de romper con las máscaras y las defensas. No conviertan todo esto en un problema. Si no lo convierten en problema, en reto, entonces pueden acercarse a él en actitud fácil y amigable. Sólo cuando a usted le interesa comprenderlo, es que empieza a rendirse. Si usted dice: «Tengo que comprenderlo, tengo que abrirme paso a través de ello», nunca lo hará. Si usted ha destruido las pretensiones, máscaras y defensas, jamás preguntará qué hay detrás. Entonces hay una acción que no es contradictoria, una acción siempre fresca, siempre nueva.

Lo que nosotros conocemos de la acción es la repetición. Es como un hombre que va a una oficina durante cuarenta años hasta que se retira y muere, y la viuda recibe el dinero. Su actividad es repetitiva: continuamente hace la misma cosa, acaso un poco más hábilmente que el compañero, por lo cual le pagan un poquito más, pero día tras día repite el mismo patrón. Esta repetición de la misma actividad resulta muy cómoda. Uno se siente seguro. Jamás surge una duda. Nunca hay una pre-

gunta. Es como si se nos llevara sobre una ola de algo establecido por la sociedad, como sucede cuando hay guerra. Durante una guerra todo el mundo está terriblemente unido; no tenemos responsabilidades; todo se nos dice y nosotros simplemente obedecemos. En general, para nosotros la acción significa repetición, y por lo tanto, no hay nada nuevo, nada fresco, nada que nos dé nueva energía. Pero cuando desaparecen las defensas, las pretensiones, las máscaras, surge entonces una clase nueva de acción, una acción que no se basa en la acumulación de experiencias y conocimientos, lo cual se necesita a cierto nivel de destreza.

Hay una mente que se mantiene siempre fresca, joven, inocente. La inocencia no tiene máscara ni defensa. Es totalmente vulnerable; y de esa inocencia y vulnerabilidad surge una acción que es algo en realidad extraordinario, en lo cual no hay dolor, pena ni placer, sino un inusitado sentido de alegría.

Antes de que ustedes empiecen a hacer preguntas, antes de que comencemos a entrar en detalles, vivan con lo que se ha dicho durante unos minutos, unos segundos. No salten en seguida y digan: «Yo quiero hacer una pregunta». De lo que hemos hablado es un

asunto muy serio y requiere tremendo estudio y consideración, una meditación real, no la tontería *llamada* meditación. Si se me permite sugerirlo con todo respeto, no digan ustedes inmediatamente: «Yo quiero preguntarle algo». Permanezcan con ello, déjenlo al rescoldo en ustedes mismos. Asimismo, cuando salgan de la carpa, no empiecen en seguida a charlar de todo lo que ustedes suelen charlar.

Eso es como cuando se planta una semilla. Ponemos en ello sumo cuidado. Hacemos el hoyo, abonamos el terreno y la sembramos. Tenemos que darle agua y sol; pero si todo el tiempo estamos sacándola para ver si germina, la matamos. He ahí lo que siempre hacemos. Oímos algo que puede ser verdadero o falso —ese no es el punto—, sino que oímos algo y en seguida reaccionamos, lo descartamos o aceptamos, lo negamos o hacemos *algo* al efecto. No nos cuidamos de ofrecerle una oportunidad de florecer.

Esto no significa que nos opongamos a que ustedes hagan preguntas. Es muy importante hacer una pregunta, pero aún lo es más hacer la pregunta adecuada, y para hacer la pregunta adecuada, necesitamos una tremenda penetración. *Debemos* hacer preguntas sobre todas las cosas: la nacionalidad, los reyes y rei-

nas, el comportamiento del gobierno, las religiones: acerca de todo lo que sea de interés humano. Es necesario tener gran escepticismo. Es necesario que nunca digamos *sí;* antes bien, decir *no* y luego inquirir. Los más de nosotros sólo sabemos decir «sí», porque así se nos educó desde niños. El padre, la madre, el sacerdote, el gobierno..., todo en derredor nuestro está tan condicionado y tanto influye en nosotros, que simplemente lo aceptamos todo. Así, pues, rara vez interrogamos, y cuando interrogamos, hacemos las preguntas más tontas.

El hacer una pregunta muy seria, una pregunta adecuada, es de suma importancia, porque entonces ustedes logran la contestación adecuada.

Pregunta: ¿Cómo puedo ser inocente y vulnerable y vivir en este mundo?

KRISHNAMURTI: Me temo que la pregunta se ha expresado erróneamente, si se me permite decirlo. ¿Cómo puede usted vivir en este mundo y sin embargo ser inocente? Primero, *sea inocente,* y entonces usted vivirá en este mundo; no lo contrario, *sea vulnerable,* tremendamente vulnerable. ¡Usted no entiende siquiera lo que es ser inocente! Si usted es inocente,

usted puede vivir en este mundo, en otro mundo, en cualquier mundo. Mas, si no es inocente, usted trata de adaptarse al mundo y entonces se desata todo el infierno. Pero *aprenda* usted sobre este sentido de inocencia. No trate de conseguirlo; no es cuestión de la palabra; sino de ese estado en que usted no tiene pretensiones, ni máscaras, ni conflicto. *Esté* en ese estado y entonces puede vivir en este mundo. Entonces puede ir a la oficina, puede hacer cualquier cosa. Si usted sabe lo que es el amor, usted puede hacer lo que quiera. No hay conflicto, ni pecado, ni dolor. Cuando el interlocutor dice: «¿Cómo puedo yo lograr esa inocencia, esa vulnerabilidad, ese sentido de no tener defensa, ni pretensiones, ni máscaras?» Esa es la pregunta adecuada, no cómo vivir en ese estado. Entonces usted vivirá en este mundo en forma total y diferente.

Pregunta: Yo he sido torturado; mi cerebro, mi mente, han sido torcidos, he sido golpeado, condicionado, casi destruido; ¿cómo puedo aprender, lograr ese estado en el que no hay defensa?

KRISHNAMURTI: Ya lo he explicado, pero la explicación no es lo real. Puede usted escuchar una docena de explicaciones, pero lo

real no es la palabra. Nunca la palabra es la cosa; ni el símbolo la realidad. El interlocutor dice: «Yo, que vivo en este mundo, tengo que hacer dinero, vivir o no vivir la vida del matrimonio con todas sus complicaciones; ¿cómo puedo abrirme paso a través de estas pretensiones?» No creo que usted pueda. No puede hacer cosa alguna. Si hace algo, ello sigue siendo actividad egocéntrica. Si usted dice: «Tengo que alcanzar eso; tengo que abrirme paso», todavía está ahí el yo que primero se defendía y ahora busca una forma distinta de defensa. Sin embargo, si usted comprende el hecho, el estado real: que vive una vida de simulación —quiero decir simulación en la vida privada y en la pública, encubriendo una vida secreta, que yace en lo más profundo—, cuando usted se da cuenta de eso, usted no tiene que hacer cosa alguna. Ello mismo actúa. Inténtelo, señor, y ya verá.

Pregunta: El darse cuenta implica sufrimiento.

KRISHNAMURTI: Yo me doy cuenta del micrófono, de la gente que está aquí con sus ropas de diferentes colores; me doy cuenta de los árboles, de las montañas y el río. También me doy cuenta de mí mismo. Sólo cuando em-

piezo a condenarme diciendo: «Esto es correcto y esto es incorrecto» —en ese supuesto estado de alerta, pero que no lo es en realidad—; es entonces que empiezo a sufrir. Sufro porque no me gusta lo que soy. Deseo romper con ello, cambiarlo. Entonces surge el conflicto, el dolor. Pero si usted se da cuenta de ello, como yo me doy cuenta del micrófono, sin preferencia alguna; si usted simplemente lo observa, lo mira, en eso no hay sufrimiento. Sólo cuando a usted le gusta o no le gusta, es que usted introduce todo el problema del conflicto.

Pregunta: Usted dijo algo que yo no entendí.

KRISHNAMURTI: ¡Encantado!

Pregunta: Usted dijo «Si ustedes no pueden ver el proceso de hacer máscaras y quedar libres de él instantáneamente, averigüen por qué no pueden». También dijo usted que el deseo de averiguar es una actividad egocéntrica, y por lo tanto, uno nunca podrá librarse de hacer máscaras. En ese punto estoy confundido.

KRISHNAMURTI: ¿Por qué hacemos máscaras? Nosotros sabemos por qué: para defender-

nos, por miedo por inseguridad, por ignorar lo que va a pasar, al aferrarnos a lo conocido y sentir terror de lo desconocido. El deseo de seguridad conlleva la construcción de máscaras, privada y públicamente. Cuando usted dice «Tengo que abrirme paso a través de ello», esa es una actividad egocéntrica que sólo habrá de crear otra máscara. Pero yo veo que cualquier actividad que parte de un centro, que tiene un motivo, es una actividad egocéntrica y en consecuencia, el deseo de salirse de la máscara sólo implica la creación de otra máscara. Yo veo eso claramente, y ¿qué hago? Me digo, «yo no puedo hacer nada al efecto, porque cualquier cosa que haga sólo engendra otra forma de pretensión, otra máscara, otra defensa». El solo ver eso detiene toda actividad desde el centro. Yo paralizo toda actividad. Se niega por completo toda actividad. Eso lo puedo comprender inmediatamente. No toma tiempo alguno. Instantáneamente, he comprendido que cualquier acción de mi parte engendra mayor daño. En consecuencia, hay acción; hay una total negación; no hay defensa. Lo que crea defensa, lo que crea la máscara, es la acción positiva del movimiento egocéntrico. Cuando la mente ha comprendido dicho proceso y el mismo inmediatamente se

detiene, entonces toda la actividad del proceso egocéntrico termina y surge un estado de negación completa. Esa negación vuélvese lo positivo, que *es* el estado de inocencia, de vulnerabilidad. ¡Yo no he *hecho* nada! No es que yo me haya vuelto inocente; eso es demasiado tonto.

Pregunta: ¿Por qué nos ha de preocupar si una pregunta es correcta o errónea? ¿No es la pregunta correcta, en sí misma, una correcta contestación?

KRISHNAMURTI: Yo sólo he calificado la pregunta como «tonta», o como «errónea»; pero eso es lo que todos estamos haciendo. Decimos: «¿Cómo podemos parar las guerras?» Yo siento que esa es una pregunta errónea. Mientras los seres humanos permanezcan como están, siempre habrá guerras. La pregunta adecuada es: «¿Cómo puede el ser humano cambiar total e inmediatamente?» Esa es, me parece, la pregunta adecuada, y en esa pregunta misma, está la contestación. Si la hacemos con toda la pasión e intensidad que ello envuelve, eso en sí mismo trae la respuesta.

Pregunta: El nuevo hombre de que usted habla, sería incapaz de mantenerse en este estado, y ser un líder político o administrar cual-

quiera de los negocios tal y como son. Este hombre tendría una influencia tal, que trastocaría toda la organización política.

KRISHNAMURTI: Como dijimos el otro día, la única cuestión política es la unidad del hombre. Ningún político actual está interesado en ello. No podemos volvernos a la política en espera de que produzca la unidad del hombre, ni tampoco podemos esperarla de la gente religiosa. A ellos no les interesa. Si a ustedes y a mí, como seres humanos, no nos interesan el nacionalismo, las religiones separadas, y todo el resto de ello, entonces ustedes y yo, quizá podríamos traer un nuevo tipo de mente.

21 de julio de 1966.

VII

Hemos estado diciendo durante todas estas pláticas, que la naturaleza humana, lo que nosotros de hecho somos, ha cambiado muy poco durante todos estos siglos. Hay mucho de lo animal en nosotros: agresión, adquisitividad, búsqueda de poder, posición, prestigio. De hecho hemos cambiado muy poco. Aunque en la tecnología, en la medicina, en la ciencia haya habido cambios vastos, un tremendo —así llamado— progreso, los seres humanos en todo el mundo, permanecen casi como eran cinco o siete mil años atrás. Todavía estamos en conflicto con nosotros mismos, en guerra unos con otros; estamos divididos en religiones con varios dogmas, en nacionalidades, en esferas económicas, y básicamente permanecemos como éramos en los comienzos de la historia.

Viendo toda la miseria humana, no tan sólo física, sino psicológica, interna tanto como externa, parece absolutamente necesario cambiar radicalmente para producir una total revolución en la mente. La mayoría de nosotros llevamos una vida muy superficial. Tecnológi-

camente somos muy hábiles. En lo externo hemos progresado. Tenemos gran suma de conocimientos que hemos acumulado a través de los siglos en todas direcciones, y casi hemos conquistado la naturaleza; pero internamente somos muy superficiales. Si somos en cierto modo serios —y únicamente los muy serios son los que tienen vida, los que de hecho viven—, nos preguntamos si es posible ir más allá de esta superficialidad. Hemos tratado de penetrar más allá de la mera superficie de la existencia por medio de las religiones, por varias formas ritualísticas, por las creencias, tomando drogas que son la última forma de estímulo. Todo esto produce una serie de experiencias, pero el ser humano continúa como estaba con toda su miseria, con todos sus conflictos y su vida extraordinariamente superficial. Cuanto más intelectuales somos, más libros leemos, adquirimos más conocimiento y nos volvemos muy agudos, muy argumentadores. Construimos una defensa tras de la cual nos guarecemos. Si somos emotivos, nos volvemos muy sentimentales haciendo buenas obras, perdiéndonos en la reforma social, interfiriendo con otros, tratando de guiar, ayudar y cambiar la sociedad. Todo esto es extraordinariamente superficial. ¿Cómo ha llegado a suceder que los seres humanos, aunque han tenido tantas

experiencias de guerra, de batallas constantes internas y externas, con todas sus penalidades y sufrimientos, tanto físicos como psicológicos, todavía vivan en lo superficial?

Cuanto más vivimos en lo superficial, más quedamos esclavizados en la red de las nuevas teorías, teologías, filosofías, religiones y grupos cambiantes. Todo esto nos es familiar. ¿Cómo vamos a traspasar la corteza de lo superficial? Cuando preguntamos «cómo», invariablemente nos volvemos a un sistema en busca de ayuda, a un método, a una fórmula, una idea, la cual podemos utilizar para ir más allá de la existencia externa superficial. Pienso que la pregunta en sí: «cómo», es un impedimento, porque caemos en la trampa de preguntar a alguien más, a un maestro, a un profesor, a alguien que sepa mucho más que nosotros —o al menos así lo creemos—. Cuando preguntamos «cómo», siempre estamos buscando un sistema, un patrón que podamos imitar, seguir, practicar. No vemos que la mera práctica, la mera imitación, el mero seguir —no importa a quién, incluyendo al que habla—, introduce una autoridad y en el momento en que imitamos y seguimos, ya nos hemos vuelto superficiales.

Una de las maldiciones de la humanidad es que, psicológicamente hablando, hemos establecido el patrón de seguir y aceptar la autoridad como guía interna para que nos ayude a ir más allá de lo superficial. Espero que aquellos que están escuchando, que son efectivamente serios, que no han venido por primera vez impulsados por la curiosidad, que en realidad son fervorosos acerca de estas cosas estén escuchando para descubrir si ellos mismos están siguiendo una idea, un patrón, una fórmula, y si lo están, que vean que la mera aceptación, al admitir o seguir, hacen a la mente superficial, ruin, estrecha. Ocurre lo mismo con los nacionalistas: ellos son el veneno del mundo; impiden la unificación de los seres humanos; producen guerras, dividen a las gentes como esto y aquello. De igual manera, cuando imitamos o seguimos, ya hemos puesto un límite, una valla a nuestros pensamientos y sentimientos. Esa misma valla, esa limitación, produce una vida muy superficial. Pensamos que por la posesión de conocimiento que hemos adquirido de los libros de otros, por la experiencia, por la tradición, hemos ido más allá y más hondo que la vida ordinaria superficial. ¿Acaso el conocimiento —el conocimiento psicológico, no el de destrezas, cien-

cia, matemáticas o medicina, sino el conocimiento que hemos acumulado acerca de la psiquis, acerca de nosotros mismos—, acaso ese conocimiento facilita una vida que no esté meramente en lo superficial? Yo me pregunto si tal conocimiento produce profundidad en nuestras vidas.

¿Han dado las grandes religiones profundidad a la vida? Evidentemente no. Puede uno retirarse a un monasterio, hacerse ermitaño, aislarse, recluirse dentro de un dogma, una creencia, una idea. Con toda seguridad eso no lleva a una vida profunda, como tampoco se logra por la ciencia. Las religiones, los dogmas, el conocimiento, la imitación, el seguir, el erigir autoridades de cualquier clase psicológicamente no producen una vida rica, plena, que está más allá de lo transitorio, más allá de la vida superficial en la cual hay constante batalla, constante competencia, la lucha continua de la ansiedad humana. ¿Qué es, entonces, lo que la produce? ¿Qué es lo que hace de un ser humano un individuo? Deberíamos ser capaces de distinguir entre un ser humano y un individuo. El individuo es la entidad localizada: el inglés, el francés, el nacionalista que está limitado por una cierta cultura y tradición; pero el ser humano es parte del mundo.

Hay problemas mundiales: los problemas de la guerra, del odio, el conflicto, la competencia, la ambición, la codicia, la envidia, la ansiedad, la culpabilidad— éstos son problemas humanos; son nuestros problemas. El mundo se está volviendo más y más superficial, aunque hay más y más confort, seguridad social, la prevención de más y más guerras, muchas más diversiones— sea que las diversiones consistan en ir a las iglesias y derivar excitación por medio de algún ritual, o las distracciones del futbol, el cricket o el tenis. Todo ello nos da un contento extraordinario en lo externo, en lo superficial; mientras que en lo interno, en lo profundo de nuestros corazones, en lo íntimo y secreto de nuestras propias mentes, ¡hay tal esterilidad, tanto vacío!

¿Cómo va uno a ir más allá de todo esto? Uno no puede ya seguir a nadie. Los maestros, los sacerdotes, los teólogos, son todos demasiado absurdos, demasiado inmaduros; si uno se ha dado cuenta de todos estos problemas, ha rechazado todo eso desde hace tiempo. Ya no está uno comprometido con una idea como comunista, socialista, etc., porque el problema político es la unidad del hombre, no de acuerdo con los comunistas o las organizaciones obreras, esta o aquella idea. En el mo-

mento en que uno divide al mundo en patrones, allí está de nuevo la desunión.

Uno debe poner todo esto a un lado, de hecho, no teóricamente, no problemáticamente. Uno ya no tiene fe en las religiones, los sacerdotes, en el comunismo o el socialismo. Ninguno de ellos va a resolvernos los problemas. Me he hecho esta pregunta sabiendo que soy superficial, que llevo en lo externo una vida que tiene muy poco significado porque siempre está la muerte; siempre hay el conflicto; siempre hay algo misterioso de lo cual uno nada sabe. Uno siempre está buscando, buscando, buscando, y, por tanto, llevando una vida más y más superficial, porque un hombre que busca puede creerse a sí mismo muy serio; pero no lo es. ¿Qué es lo que él busca? En último término él busca alguna gratificación, alguna clase de placer duradero. Puede llamarlo por diferentes nombres, darle una connotación sagrada; pero ello es, de hecho, la continuidad de su propio placer, una proyección de lo que él desea. Si uno es serio, descarta todo eso en el nivel psicológico, como debe hacerlo si tiene alguna inteligencia, si es siquiera un tanto escéptico; revolucionario; si no obedece a alguna autoridad. En el campo de la tecnología debe haber autoridad; debe haber alguien

que nos asesore, que nos diga, porque hay cierto conocimiento que es necesario. Pero en lo psicológico, si uno ha barrido con todo esto, uno ya no es nacionalista, ya no pertenece a ningún país, a ninguna religión, a ningún grupo, a ninguna forma de ideología. Entonces nos preguntamos si es posible ir más allá de esta existencia por completo vana y solitaria.

Creo que la mayor parte de nosotros nos hacemos en realidad esta pregunta. Podemos hacérnosla muy seriamente o tan sólo por curiosidad. Si preguntamos seriamente, entonces, ¿quién esperamos que la conteste? En el momento que esperamos que otro la conteste, ya estamos en el campo de la superficialidad. Entonces nos volvemos hacia alguien más; ese «alguien más» se convierte en autoridad; y estamos dispuestos a seguir esa autoridad porque queremos ir más allá de esta vida insignificante, enteramente estúpida y sin valor. Cuando en realidad nos hacemos esta pregunta, ¿cómo encontraríamos la respuesta sabiendo que nadie nos la va a dar? No queremos que nadie nos la conteste. Si alguien lo hiciera, solamente podría respondernos en términos de lo positivo: haga esto, siga aquello; no haga esto o aquello. Entonces, el que respondiera se

convertiría en nuestra autoridad y entonces estamos *completamente perdidos.*

¿Resolverá el tiempo este asunto, entendiéndose por tiempo mañana o dentro de diez años? ¿O hemos de creer en alguna clase de vida futura o en la resurrección? ¿Tendrá el tiempo una solución? No estamos hablando del tiempo por el reloj, tiempo cronológico, sino del tiempo que es un proceso gradual, un cambio gradual, mutación, revolución gradual. La revolución nunca es gradual y no ocurre nunca de acuerdo con un patrón. En el momento en que se ajusta a un patrón, a una idea, ya no es revolución. Tan sólo una mente seria puede contestar a esta pregunta, y debemos ser serios porque la vida lo exige así, el mundo lo exige; todos los incidentes y crisis de cada momento de nuestra vida exigen que seamos serios, no serios en seguir alguna creencia o alguna cosa, eso es infantil; sino con el espíritu de seriedad, con una mente que diga: «Realmente debo descubrir»; y para descubrir debemos ir hasta el mismo final de este asunto, no importa lo que ello exija.

Una mente seria no es la que exige cierta línea de conducta, que practica cierta creencia, algún dogma. Un hombre violento que practica la no-violencia puede pensar que es terri-

blemente serio; pero lo que hace, de hecho, es evadirse de la violencia, escapar del hecho de la violencia. Él no es un hombre serio en forma alguna. Uno ha tratado por varios medios de ir más allá de esta vida ordinaria, monótona, rutinaria, tomando el L.S.D. u otras drogas; ¡oh, en tantas formas! Al fin de todo eso, el hombre es todavía superficial, vacío, limitado por sus propias visiones, pensamientos y actividad autocentrada.

¿Puede el tiempo psicológico, que es un proceso gradual, resolver este problema? Evidentemente no. Si usted dice que algún día, en alguna vida futura, o dentro de cinco años, yo seré feliz, o tendré alimento cuando esté hambriento, eso es de muy poco valor ahora. Yo no me satisfago con la promesa de una comida futura. Quiero el alimento ahora. Uno de nuestros funestos engaños es el de que podemos usar el tiempo como un medio para algo; como un medio para un cambio, para una mutación, para una revolución. Eso no es posible. Ningún lapso de tiempo, ni la autoridad en forma alguna, ni el seguir o preguntar a alguien que me diga qué he de hacer, ni el volverse a una religión o al papa, va a producir una completa revolución en la mente. Niego eso totalmente sabiendo que son cosas

vacías, mera farsa. Entonces, ¿qué es lo que ha ocurrido en una mente que es seria, que niega el tiempo como un medio para producir una mutación dentro de uno mismo, entendiéndose por tiempo hoy o mañana, la extensión de hoy?

Niego todo eso. Niego la autoridad, lo que significa no seguir ni volverse hacia nadie, no depender de *nadie*, gurú o maestro, inteligentemente, no como una reacción, no como rebeldía, sino porque veo que es verdad, que es inteligente. Cuando he puesto a un lado todo eso, ¿qué es lo que ha ocurrido en la mente? En el pasado he creído, he tenido fe en alguien para que me dijera qué hacer; he seguido las escrituras, o a Marx o Engel, o al teólogo más reciente; o quizá no creo en nada y meramente me he vuelto cínico, sin esperanza, lo que es otra reacción y por lo mismo, yo no tengo una mente seria en modo alguno. Si yo, viendo todo eso y comprendiéndolo, no estoy en rebeldía, sino que veo y entiendo su falta de valor, si he puesto todo eso a un lado, entonces, ¿qué ha ocurrido en mi mente? Por haber negado lo que había sido aceptado como norma, como el patrón, como el camino hacia algo, esto o aquello, por la negación de todo eso, la mente se ha vuel-

to extraordinariamente sensitiva y por lo tanto, extraordinariamente vivaz e inteligente, y a través de lo que se llama positivo, se ha vuelto negativa. Es tan sólo cuando la mente ha negado por completo todo lo que llamamos la forma positiva de vivir, que está en un auténtico estado de negación. Ese estado mismo de negación es la profundidad de la vida, porque es únicamente en la total negación que hay algo nuevo, algo que no es resultado de buscar, querer, esforzarse hacia algo. Esto no tiene que ver en absoluto con ningún sistema o filosofía. Entonces la mente, habiéndose despojado de todo condicionamiento, de toda influencia, de todas las incrustaciones de los siglos, viendo el significado total de ello, no como reacción, sino viéndolo para evaluarlo y echándolo totalmente a un lado, es entonces que la mente se vuelve asombrosamente vital, sensitiva e inteligente. Es tan sólo cuando ésta está totalmente vacía de lo viejo, que surge lo nuevo. Entonces ya no surge más la pregunta de si uno está llevando una vida superficial, porque entonces uno *vive* y el mismo vivir es un movimiento que no es del antiguo patrón, de la vieja vida. Es un modo de vivir totalmente diferente en el cual lo animal ya no existe. Esto es una revolución real, porque es

similar al amor. El amor debe ser siempre nuevo; el amor no es memoria; el amor no es deseo. En el momento en que interfiere el deseo, surge el placer y la memoria de continuar ese placer, y por tanto, cesa de ser amor. Una mente que ha comprendido todo eso, que ha comprendido el tiempo y la autoridad, es libre. Tan sólo una mente que es del todo libre conoce la belleza de la vida. Ella no está cercada por frontera alguna y la vida es extraordinariamente pacífica y bella.

Quizá podamos discutir acerca de lo que hemos hablado. Podemos hacer preguntas, examinar, penetrar más en los detalles. Pero como decíamos el otro día, la pregunta correcta trae la respuesta correcta; una pregunta equivocada no tendrá significado. Si se hace la pregunta apropiada, la respuesta apropiada *está* en la pregunta. Eso no quiere decir que estamos tratando de ahogar las preguntas. Debemos preguntar sobre todos estos asuntos, dudar teniendo pasión tremenda. Para descubrir *debemos* hacer preguntas, y al hacerlas descubriremos por nosotros mismos si estamos haciendo la pregunta adecuada o errónea. Al preguntar nos estamos exponiendo ante nosotros mismos, no ante el público. ¿Quién se preocupa de lo que piensa otro?

Pregunta: ¿Cómo es posible ir más allá del dolor físico y sus molestias?

KRISHNAMURTI: Puede que uno desee ahondar y ser terriblemente serio y fervoroso; pero si tiene dolor físico constante y la irritación, la molestia y la agonía que éste causa, ¿cómo puede uno trascender esto? Temo que sea muy difícil. Si se tiene un dolor constante, uno ve un buen doctor de primera clase, que no sea nada más un comerciante en drogas, y él nos puede ayudar. Aun cuando uno de hecho tenga un dolor constante, puede aprender a disociarse de la pena. La vida es resistencia, defensa; uno lucha con todo, construyendo muros alrededor de sí; pero si uno lo acepta, uno se mueve con el dolor. Todos tienen dolor físico, mucho dolor durante muchos días o dolor por unas cuantas horas. Es ese uno de los infortunios de la vida humana; pero uno puede empezar a disociarse de él. Puede uno mirar al dolor, no resistirlo. Tenemos un símil, un ejemplo: de noche uno puede despertar porque un perro está ladrando, una máquina está haciendo ruido incesante, o una radio está lanzando alguna transmisión estúpida. Lo instintivo es resistir, enojarnos por ello, irritarnos; pero si uno escucha sin resistencia, nada más oyendo, caminando con ello,

moviéndose con ello, entonces verá que ese ruido ya no lo afecta. Del mismo modo puede uno mirar al dolor que experimente, el propio dolor de muelas, el constante e inacabable dolor; puede uno observarlo objetivamente y entonces, quizás, uno pueda ir más allá de él.

Pregunta: Al escucharlo a usted, me parece que en cierta forma lo comprendo perfectamente, pero «lo otro» no sucede. Lo veo muy claramente, pero la cosa real no ocurre.

KRISHNAMURTI: El asunto es: ¿He *visto* realmente o tan sólo *pienso* que he visto, lo cual es por completo diferente? ¿Lo he visto en forma meramente intelectual, verbal, teórica? Si lo he visto así, ese ver no tiene valor alguno; pero si lo veo, no teórica o verbalmente, no intelectualmente; entonces, ello no puede menos que ocurrir. Por tanto, debo examinar lo que entiendo por ver. ¿Lo veo verbalmente? ¿Lo veo en forma intelectual o en forma no intelectual?

Yo no puedo responder por usted. No puedo decirle cómo mira; pero usted puede descubrir por sí mismo cómo ve, cómo escucha, cómo observa, cómo comprende, si tiene significado alguno para usted. ¿Cómo ve usted? ¿Cómo escucha? ¿Cómo observa? ¿Cómo com-

prende? ¿Significa esto algo para usted? Según la estamos usando, la palabra «ver» encierra todo esto. ¿Qué quiere usted decir cuando dice «veo»? ¿Significa que cuando usted oye la palabra y debido a que la palabra tiene cierta connotación, usted la entiende; o es que usted oye la palabra y la traduce de acuerdo con su memoria? Por favor, siga todo esto cuidadosamente, señor. Cuando usted dice «veo», generalmente quiere decir que usted oye la palabra. Usted entiende porque yo estoy hablando inglés y esa palabra tiene un significado para usted. Usted, a través de esa palabra, está viendo el objeto y, por lo tanto, *no* está mirando. La palabra está interfiriendo con su observación, con su ver. ¿Puede usted ver, puede usted escuchar y no reaccionar? Un tren va pasando. Por favor, escúchenlo. ¿Lo está usted escuchando sin la palabra, sin el pensamiento, sin la memoria, sin reconocimiento o está usted diciendo: «Ese es un tren y estoy irritado porque quiero escuchar»? Cuando usted escucha sin nombrar, en ese estado usted tiene afecto, ternura, amor; pero si usted dice: «Ese tren me está impidiendo el escuchar; es un estorbo y me irrita»; usted no está en estado de escuchar, de observar. El observar, el escuchar, requiere gran afecto, gran cuidado; nosotros

no nos preocupamos, no tenemos afecto. Todo lo que conocemos es la irritación, la resistencia, la supresión o el reconocimiento. Todo eso destruye la atención, el afecto, el escuchar.

Pregunta: Somos una partida de monos subiendo y bajando por una cadena, haciendo terrible ruido. Nunca estamos silenciosos por un solo minuto y, por tanto, no escuchamos. Ese ruido es lo intelectual, el pensàr incesante, la inquietud repitiéndose una y otra vez. Lo otro es lo intuitivo.

KRISHNAMURTI: La palabra «intuitivo» es una de las palabras más peligrosas, igual a «nacionalismo». Puedo tener una intuición porque eso es lo que quiero. Quiero algo profundamente; siento que eso es apropiado y a eso le llamo «intuición». Debemos desconfiar de cada palabra, porque, por desgracia, toda palabra está sobrecargada. Sabemos solamente una cosa: que nuestras mentes son iguales a monos, incansablemente murmurando arriba y abajo, moviéndose interminablemente, moviéndose, pensando y sufriendo. ¿Cómo puede mirar una mente así? Evidentemente, no puede hacerlo. Entonces decimos: ¿Cómo voy a adiestrarla para que se aquiete? Gastamos años en adiestrar la mente para aquietarla, y enton-

ces ella se vuelve un mono de otra clase. (Risas).

Este no es un chiste. Por favor, no rían. La gente gasta su vida entera yendo de un mundo de monos a otro mundo de monos. Para darse cuenta de lo que es el silencio, se requiere una tremenda investigación. No es asunto de un momento. Es tan sólo la mente por completo silenciosa la que puede observar, escuchar, aprender; aprender en el sentido que hemos venido diciendo, no acumulando conocimiento y tomando notas. El aprender no tiene nada que ver con la adquisición, porque el aprender es un movimiento y ese movimiento puede existir tan sólo cuando hay silencio. Desgraciadamente no es posible penetrar en este asunto del silencio ahora. Quizá podamos discutirlo en la siguiente reunión, porque tenemos que penetrar en ello profundamente. Una mente que es silenciosa, es una mente extraordinaria. Es una mente libre. No podemos hacer que la mente sea silenciosa a la fuerza, por la disciplina, por el control, porque entonces se vuelve estéril, muerta; pero para comprender lo que el silencio significa, tenemos que ver, tenemos que mirar. Mirar una

flor completamente, sin memorias de todas clases y pensamientos en operación; nada más mirar. Cuando amamos a alguien con todo nuestro ser, prescindiendo de la memoria, el deseo, el sexo y todo el resto de ello, amamos partiendo de ese tremendo silencio. Entonces tenemos comunicación sin palabras, sin idea, sin reconocimiento.

24 de julio de 1966.

VIII

Esta mañana quiero tratar algo que es más bien intrincado. Puede parecer difícil, pero es bastante sencillo. Su importancia estriba no en hacer algo, no en preguntarse lo que puede hacerse acerca de algo o buscar la manera de lograrlo, sino en el acto de escuchar. Toda comunicación aun en el nivel verbal, se basa meramente en el *escuchar*, no en tratar de descubrir lo que el orador está diciendo; no en hacer un tremendo esfuerzo por comprender, para captar el problema de lo que se está diciendo. El escuchar es un arte, y si uno no puede escuchar con atención, sin esfuerzo, sin decisión alguna para hacerlo, sin propósito de estar atento: sino como se escucharía el murmullo del río que va corriendo, entonces, el mismo acto de escuchar es en sí una acción total. La mente es tan compleja; sus intenciones, sus motivos, son tan contradictorios y escondidos, que uno pierde toda sencillez. Se requiere una mente muy sencilla, no una mente perturbada, sino clara como un estanque, como un lago de agua límpida y transparente, sin la

más ligera onda que impida ver el fondo con todas las piedrecitas, los peces, las hierbas y todos los seres que allí viven.

Si uno puede observar y escuchar así, ya no tiene que hacer nada más. No tiene que ejercitar argumentos intelectuales, no necesita convicción ni fe ni procedimiento alguno para ser serio; sino meramente ver la existencia como un todo; ver la totalidad del cielo, no a través de una ventana, no a través de una mente especializada que lo ve y conoce toda su composición y naturaleza. Una mente especializada no puede ver el todo. No puede percibir la totalidad de la vida: el amor, la muerte, las guerras, la adquisitividad, la batalla constante dentro y fuera de uno mismo, la ambición, el poder; no la puede percibir como un vacío total, como un total movimiento. Si uno pudiera ver de ese modo, escuchar el movimiento total de la vida, todos los problemas cesarían; todas las relaciones tendrían un significado por completo diferente, y la existencia tendría una profundidad muy distinta.

¿Por qué ustedes miran la vida en forma fragmentada? No estoy preguntando para que me contesten y traten de descubrir. El que habla va a hacer todo eso lo más detalladamente posible. Todo lo que ustedes tienen que hacer

esta mañana, si se me permite sugerir, es escuchar tan sólo. Escuchen durante cuarenta o cuarenta y cinco minutos, si tienen ese interés, esa seriedad, esa intención, esa vitalidad y esa energía. Escuchen y después quizá sean tan amables de hacer preguntas y entonces podremos penetrar en ello más a fondo; pero sugiero que escuchen con la mayor facilidad y alegría. Es una mañana encantadora. Las montañas están muy claras y los prados brillantes; cada árbol y cada cosa viviente está llena de vida y belleza.

Para ver todo esto no debemos tener una perspectiva especializada, fragmentaria. ¿Por qué es que miramos a la vida en fragmentos? ¿Por qué hemos despedazado la vida, este vasto fluir de la existencia, en compartimientos, en series clasificadas de fragmentos? ¿Por qué hemos dividido, el mundo físico en nacionalidades, dogmas, partidos políticos, religiones; en pequeños mundos sociales y económicos? Nuestras relaciones están rotas. El marido, la esposa, el hijo, la familia, el grupo, la comunidad, las naciones; todos trabajan separadamente. ¿Por qué tenemos la división entre el amor y los celos, entre Dios y el diablo, entre lo bueno y lo malo? Todo ha sido hecho pedazos y nuestras propias mentes, nuestros pro-

pios corazones, están divididos, fragmentados, y a través de esos fragmentos nunca veremos la totalidad, aunque tratemos por todos los medios de integrarlos como un todo. Nada puede integrarse. No pueden ustedes integrar lo blanco con lo negro, el amor con el odio, la bondad con los celos. Como eso jamás puede integrarse, necesitamos una forma por completo diferente de aproximarnos al problema total. Para comprender o para observar la vida como un todo, no dividida en fragmentos, no debe existir un centro, un «mí» que esté mirando, un experimentador. El observador, el nacionalista, el hombre que cree o que no cree, el comunista, todos ellos tienen un centro a distintos grados y niveles de profundidad, astuto o no; embotado y estúpido, o altamente intelectualizado; muy erudito o muy ignorante. En tanto que ese centro exista, habrá fragmentación como vida y muerte, amor y odio y todo el resto de ello. Por favor, escuchen únicamente y no pregunten cómo deshacerse del centro. No pueden deshacerse de él. ¿Cómo pueden librarse de la totalidad de la vida? ¡No pueden hacerlo! Cuantos más esfuerzos hagan, más se fortalece el centro.

Vemos que esta fragmentación tiene lugar y por medio de la observación, al pensar con

claridad, sabemos también por qué hacemos esto. Estamos condicionados desde la niñez a pensar de cierto modo. Un matemático, un científico, ha seguido una línea particular y todo lo demás es secundario para él. Él ha despedazado la vida, la ha fragmentado. El vivir es una contradicción hasta que vemos por nosotros mismos la totalidad de la vida, la totalidad de los seres humanos, la totalidad del mundo, como vemos esas montañas, valles y arroyuelos. En tanto que la mente esté fragmentada, despedazada, especializada, en tanto que el hombre dice: «Ésta es mi línea y voy a seguirla» o «por este medio yo llegaré a ser, realizaré, voy a seguirlo», en esa medida hay miseria y más sufrimiento. Cada uno de nosotros tiene ese centro desde el cual mira, desde el cual juzga, evalúa y ensaya con tremendo esfuerzo. La vida se ha hecho pedazos y esa misma fragmentación de la vida que es causada por el centro, es el tiempo. Si vemos la totalidad de la existencia sin el centro, no existe el tiempo. Esta es una de las cosas más misteriosas.

El tiempo es una de las cosas más complejas de comprender. Es muy sencillo comprenderlo intelectualmente, pero para ver su significado, para comprender la naturaleza del

tiempo, su profundidad, debemos, no tan sólo comprender el tiempo cronológicamente, por el reloj que llevamos en el bolsillo o en la mano, sino que también debemos comprender y observar ese fenómeno psicológico que crea el tiempo como ayer, hoy y mañana. El tiempo es un movimiento, algo total, y si lo dividimos en ayer, hoy y mañana, quedamos atrapados en la esclavitud del tiempo. Entonces formulamos teorías de gradualismo, o sobre lo inmediato, el «ahora». Hay la teoría de que los seres humanos llegarán a ser más benévolos, más bondadosos, más de esto o aquello. Vemos que no hay esperanza alguna en depender de una vida futura, del futuro existir en el mañana, del logro que puede tener lugar dentro de pocos meses, o dentro de años o siglos. Esto también es fragmentar el tiempo. En todo ello estamos prendidos y por tanto, no comprendemos el extraordinario movimiento del tiempo sin fragmentación. De hecho el único tiempo que hay es el del reloj, y ningún otro. Ese tren que va pasando, lo hace precisamente a la misma hora todos los días y si ustedes van a abordarlo, deben estar en la estación a la hora de su salida. De otro modo, lo perderán. El tiempo cronológico debe observarse con exactitud. En la observación del

tiempo por el reloj no hay contradicción; con ello no se fragmenta ese otro tiempo.

El tiempo que no se mide con el reloj es invento de la memoria, de la experiencia o del centro que dice: «Llegaré a ser alguien». Hay la interrogante de la muerte y el tratar de posponerla, evitándola, haciéndola a un lado. El pensamiento favorece la fragmentación del tiempo, el cual, exceptuando el tiempo cronológico, no existe en realidad. Nosotros no comprendemos ese extraordinario movimiento del tiempo en el cual no hay fragmentación, porque siempre estamos pensando en lo que yo era ayer, en lo que soy, y en lo que seré. Todo esto es la fragmentación del tiempo psicológico y nada pueden ustedes hacer acerca de él, excepto escuchar. No pueden decir: «Me libraré del tiempo y viviré en el presente porque es tan sólo el presente lo que importa». De hecho, ¿qué significa el «presente»? El presente es tan sólo el resultado del pasado, pero *existe* un presente *actual* si no hay fragmentación del tiempo. Espero que ustedes vean la belleza de esto.

Para nosotros el tiempo cobra enorme importancia no el tiempo cronológico, no ir a la oficina todos los días, tomar el tren o el autobús, acudir a una cita. Todo eso es muy

trivial. Tenemos que hacerlo; pero lo que importa es el tiempo psicológico, el cual dividimos entre ayer, hoy y mañana. Siempre estamos viviendo en el pasado. El «ahora» es el pasado, porque «ahora» es la continuación de la memoria, el reconocimiento de lo que ha sido, lo cual no puede ser alterado, y que continúa en el presente. O vivimos de los recuerdos de la juventud, de la remembranza de las cosas que han sido, o vivimos en la imagen del mañana. Vivimos vidas de descomposición gradual, de gradual decaimiento. Al llegar a la senilidad, las células del cerebro se hacen más y más débiles, pierden toda su energía, su vitalidad, su fuerza. He ahí el dolor más grande. Conforme envejecemos, la memoria desaparece y nos tornamos seniles, que es la repetición de lo que ha sido. Así es como estamos viviendo. Aunque somos muy activos, somos seniles. En el presente, en el momento de la acción, siempre estamos viviendo en el pasado, con sus influencias, sus presiones, su tensión, su vitalidad. Todo el conocimiento que hemos adquirido y almacenado a través de enorme esfuerzo, a través del tiempo, es el conocimiento del pasado. El conocimiento nunca puede ser del presente. Desde ese conocimiento pasado, actuamos y

a esa acción la llamamos «presente». Esa acción siempre está engendrando descomposición.

Estamos actuando en la imagen, en el símbolo, en la idea del pasado; y eso equivale a fragmentar la vida. Inventamos filosofías, teorías del presente; vivimos sólo en el presente y hacemos lo mejor que podemos. Ninguna otra cosa importa. Tal vivir en el presente es desesperación, porque el tiempo que ha sido dividido en presente, pasado y futuro, sólo produce desesperación. Sabiendo esto, decimos: «No importa, tratemos de vivir en el ahora, en el presente, porque no hay nada que tenga significado. Toda acción, toda vida, toda existencia, toda relación; todo debe terminar en la división del tiempo y, por tanto, en la desesperación, en la descomposición, en el conflicto». Por favor, simplemente escuchen, porque *nada* podemos hacer acerca de esto. Esa será la belleza de lo que ocurrirá si no hacemos otra cosa que escuchar. Ello no significa que vamos a aceptar todo lo que se dice; no hay aceptación ni rechazo. Es estúpido que alguien diga: «Estoy viviendo en el presente». Ello no significa cosa alguna, Igualmente estúpido es decir: «Niego el pasado». Podemos negar el pasado, pero somos

el resultado de él. Toda nuestra movilidad es desde el pasado. Nuestras creencias, dogmas, símbolos, la línea particular que tratamos de seguir, sea cual sea, es todavía resultado del pasado, lo cual es tiempo. Hemos dividido el tiempo en pasado, presente y futuro. Ello, naturalmente, engendra temor, temor de la vida que no pertenece al tiempo y del movimiento del tiempo no dividido en ayer, hoy y mañana. Ese movimiento del tiempo puede percibirse tan sólo cuando no hay fragmentación, cuando no existe un centro desde el cual miramos la vida.

La belleza no es del tiempo; pero lo que sí es del tiempo es la expresión de una particularización de lo que nosotros sentimos en términos de tiempo. La belleza, igual que el amor, no puede ser dividida en términos de ayer, hoy y mañana. Cuando dividimos el amor surgen todos los problemas que están envueltos en la relación que llamamos amor: los celos, la envidia, el dominio, el sentimiento de posesividad. Cuando la belleza no es el resultado de la fragmentación del tiempo: el pintar, la música y todos los modernos malabarismos y trucos no tienen significado alguno. Cualquier cosa que sea la expresión del tiempo, de un período como el de esta rebelión moderna,

niega la belleza. La belleza no puede ser traducida en términos de tiempo. Ella puede comprenderse, vivirse, conocerse, cuando hay total silencio. No podemos ver la belleza de la montaña y el claro azul del cielo cuando la mente está parloteando incesantemente, cuando está ocupada con problemas. Podemos ver esta belleza sólo en silencio total, y ese silencio no puede ser logrado por medio del tiempo; o por decir: «Estaré silencioso mañana; practicaré algún método» y toda esa broza infantil. El silencio puede venir en su totalidad, belleza y vigor, tan sólo cuando cesa la fragmentación de la vida justamente desde el comienzo.

Una mente silenciosa es una mente fuera del tiempo y desde ese silencio uno puede actuar. La mente es silenciosa porque en ella no hay tiempo. Está siempre en el presente, siempre en el ahora, y como uno no puede actuar positivamente por un acto de voluntad, para romper las ataduras del tiempo, no puede hacer nada. Si hace alguna cosa, está atrapado en el tiempo. Uno tiene que comprender que realmente no puede hacer nada. Ello no quiere decir volverse perezoso, flojo, llevar una vida estúpida, sin significado. Uno ve la totalidad de la existencia y se da cuenta de su extra-

ordinaria complejidad y de que uno no puede hacer nada. ¿Qué podemos hacer acerca de ese ruido? Uno puede resistirlo, o escucharlo y moverse con él.

Si uno se percata de que no hay posibilidad, en forma alguna, de hacer algo acerca de la vida fragmentada que uno lleva, la vida fragmentada de contradicción que es el fardo de los seres humanos; si uno de hecho ve la realidad de esto, no en forma intelectual, ni argumentativa o verbal; si uno se da cuenta totalmente de que nada puede hacer acerca de la propia vida con sus afanes, placeres, gozos, miserias, conflictos, ambiciones, competencia, con la búsqueda de posición y poder, con todos los fragmentos de su propia existencia; entonces, el tiempo como el ayer con todas sus memorias, experiencias y conocimiento, llega por completo a su término. En ese terminar del tiempo hay belleza, no lo que ustedes ven: no las montañas, no una pintura, no el arroyo —todos esos son fragmentos—, sino en la belleza que nace sin ser buscada, sin premeditación. Esa belleza viene tan sólo cuando no existe el tiempo, o cuando el tiempo no ha sido dividido. De esa belleza proviene el silencio. Una mente que no es silenciosa y un corazón que no es tranquilo, siempre están en conflicto y miseria. Hágase lo que se quiera, ello

producirá siempre miseria para sí mismo y para los demás. Si hemos escuchado fácilmente y con serenidad sin ser mesmerizados por el orador, entonces llegaremos a ello oscuramente, sin saber cómo... y allí está. Puede durar un solo segundo o un minuto; un año o un siglo; no importa. Cuando uno quiere asirse a ello, cuando uno dice: «Debo conservarlo por todo el resto de mi vida», entonces para él comienza de nuevo la fragmentación, la contradicción, la ira, los celos y todo el resto de ello. Para ver la totalidad de la existencia, el tiempo como pasado, presente y futuro debe terminar.

¿Podemos hablar de todo esto? ¿Podemos discutir, no cómo lograr esta enorme cualidad de la belleza, sino cómo ver, cómo observar la forma en que nuestra vida está fragmentada y despedazada? Si vemos los fragmentos y vemos que nada podemos hacer, que no podemos integrarlos dado que toda acción es fragmentaria en tanto que exista el centro —y el centro es el resultado de la fragmentación del tiempo—; si podemos observar esto, abrirnos a ello por nosotros mismos, entonces quizá lleguemos a algo que no es hecho por el tiempo; por el tiempo como ayer, hoy y mañana. Entonces el tiempo se ha detenido. El

tiempo, como fragmentos, ha terminado. Si nosotros podemos esta mañana ver realmente nuestras vidas, cómo se han fragmentado, entonces quizás algo se produzca que no venga de lo inconsciente, porque no existe tal cosa. Solamente existe la conciencia que nosotros hemos dividido en consciente e inconsciente. De esa división proceden toda la fragmentación y la miseria.

Pregunta: ¿Ve usted las cosas como belleza?

KRISHNAMURTI: Me pregunto qué es lo que quiere decir el que interroga. ¿Puede usted ver como bello el acto de matar a alguien, la guerra, los incendios, el sufrimiento, el camino sucio, la escualidez de la pobreza? ¿Por qué hace esta pregunta? ¿Es porque usted quiere ver todas las cosas como belleza: el marido y la mujer que regañan y pelean; la ira, los celos? ¿Quiere usted ver todo esto como belleza y tener una agradable imagen y un sentido de tontería mística? Señor, usted debe ver las cosas como son; ver los hechos como hechos y no tener opiniones acerca de los hechos. Debe ver de hecho y sin pretensiones, la fealdad, la brutalidad, el horror, las cosas tremendas que están ocurriendo en el mundo.

Todas las iglesias con sus dogmas, cruces y signos, son irreales. Son símbolos y el símbolo nunca es lo real. Cuando me doy cuenta de que el símbolo no es lo real, entonces el símbolo no tiene significado. ¿No he contestado su pregunta, señor?

Pregunta: Sí, con cierta limitación.

KRISHNAMURTI: ¿Limitación de qué? Vea, señor, ¿ha entendido usted lo que se ha dicho? Una mente que ya no está pensando en términos de ayer, hoy y mañana; una mente que no está fragmentada, despedazada, sabrá lo que es la belleza. Entonces usted no me preguntará: «¿Cree usted que la vida es bella?» En primer lugar, descubra por sí mismo por qué su mente está fragmentada; por qué su vida está especializada como la de un esposo y todo el resto de ello. Al ir descubriendo, hagan preguntas. Comiencen por descubrir, y como resultado de esos descubrimientos, hagan tremendas preguntas.

Pregunta: La dificultad para todos nosotros es que las palabras son tan superficiales. Las palabras que usamos no tienen significado. Si hablamos de ciertas cosas, usamos ciertas expresiones; las palabras vienen solas.

KRISHNAMURTI: ¿Es eso cierto? «Mi esposa» o «mi marido» son palabras, pero ellas tienen un tremendo significado, ¿no es así? La gente está dispuesta a matarse por palabras tales como «mi Dios» o «yo soy comunista». Una idea es tan sólo una palabra racionalizada, una palabra organizada, y por ella estamos dispuestos a matar, a embrutecernos y a destruirnos. No diga usted, señor, que las palabras tienen muy poco significado. Si nos damos cuenta de que la palabra, el símbolo, la expresión, no son el hecho, así como la palabra «árbol» no es el árbol; entonces no estamos presos en las palabras. Nuestras mentes, nuestro pensar, están llenos de palabras, condicionados por palabras tales como «soy inglés; soy francés». Para nosotros las palabras tienen extraordinaria importancia. Podemos decir que son superficiales, pero una palabra, una expresión, un símbolo, tienen gran significado. Pero cuando *sabemos* que la palabra, el símbolo, la expresión, no tienen significado *real*, que sólo el hecho lo tiene, entonces usamos palabras o expresiones que ya no sojuzgan nuestra mente. Mire usted, señor; en cierta ocasión se hizo un esfuerzo para investigar por completo el asunto de la propaganda. Se formó una comisión que em-

pezó a trabajar. ¿Sabe usted quién detuvo eso? ¡La iglesia, los militares y los hombres de empresa!

Pregunta: En una pequeña aldea hay una serpiente venenosa y hay también allí una mujer llorando amargamente porque la serpiente mordió a su niño y éste murió. Yo puedo matar la serpiente o desentenderme de ella. ¿Qué voy a hacer?

KRISHNAMURTI: ¿Qué hace usted? ¿Espera hasta poder venir a esta tienda para que se le diga lo que hay que hacer, o hace usted algo allí mismo? ¡Usted actúa! Si usted está endurecido, si es indiferente, no hace nada; pero si usted se siente conmovido, actúa, hace algo inmediatamente. Señor, toda nuestra actividad está basada en la idea de que debemos ayudar, ser buenos; de que esto está bien y lo otro está mal. Toda acción está condicionada por una idea, por nuestro país, nuestra cultura, por el alimento que comemos. Todo esto condiciona nuestra acción porque se basa en ideas. Cuando vemos que una acción se está conformando a una idea y por tanto no es acción, entonces hacemos a un lado la idea y sabemos lo que la acción es. Es muy interesante observar cómo hemos roto en pe-

dazos la acción: acción recta, acción inmoral, correcta, verdadera, noble, innoble, nacional, acción de acuerdo con la iglesia. Si comprendemos la futilidad de tal acción, entonces actuamos. No preguntamos cómo actuar, qué hacer; actuamos y esa acción es el acto más bello en ese momento.

26 de julio de 1966.

IX

Todos nos hemos preguntado si es posible volvernos totalmente nuevos, volver a ser jóvenes no de cuerpo sino de mente, en nuestros corazones. ¿Es posible renacer —no empezar la vida otra vez como un jovencito o una niña—, sino ver la vida con todas sus vastas complejidades, sus penas, sufrimientos, con sus ansiedades y temores, como si la estuviéramos mirando toda por primera vez, y entonces resolver todo ello sin cargar con su peso año tras año hasta nuestra muerte? ¿Es en forma alguna posible renovar la mente y el corazón del modo que ellos vean la vida en forma enteramente diferente? Me gustaría hablar de este problema esta mañana y tratar de descubrir si es posible hacer algo acerca de ello, tener una mente fresca, una mente que sea clara, no confusa, nunca tocada por las preocupaciones, por los problemas y toda la lucha a la que estamos acostumbrados; y tener un corazón que no conozca los celos, que esté lleno de afecto, de amor; de modo que renaciéramos cada dia.

¿Existe un método, alguna decisiva acción, positiva o negativa, que pueda producir este nuevo estado? La mayoría de nosotros debemos habernos hecho esta pregunta, si no deliberadamente, quizá más bien de manera vaga o en forma mística si somos inclinados a un sentimentalismo peculiar. Habiéndonos hecho esta pregunta, o no tenemos la plena energía, la fuerza y vitalidad para ir más allá del asunto y descubrir de hecho por nosotros mismos, o hemos preguntado más bien en forma casual, de manera indiferente o por curiosidad. Evidentemente debe haber un cambio externo en el orden económico y social que produzca la unidad del hombre, ya sea el individuo moreno, negro o blanco, comunista, socialista o lo que pueda ser. Es necesario que participemos activamente con objeto de librarnos de este feo estado de cosas; de librarnos de las diferencias que existen en lo racial, en la comunidad, política y nacionalmente. También debemos quedar libres de esa absurda invención de negocio en gran escala llamado «religión», que es una gran corporación controlada por los sacerdotes y la jerarquía, igual que cualquier negocio. Esto divide a los hombres en protestantes, católicos, hindúes, budistas, musulmanes y así por el estilo. Cualquier

hombre inteligente, serio y con clara visión, pone todo eso a un lado por completo y no es tocado por toda esa necia tontería. Él se preocupa en terminar con la pobreza, no en un particular rincón del mundo; no en América; no en la así llamada Europa unida, el mercado común; sino en terminar la enorme pobreza, degradación y todos los males que la pobreza trae, por ejemplo, en Asia. Los científicos aseguran que esto puede hacerse, y *tiene* que hacerse: terminar con las guerras, poner fin a esta constante inseguridad física. Todo esto intenta hacerlo plenamente un hombre sano y racional. No estamos hablando de los «benefactores» ni de los reformadores, porque ni el hombre que quiere hacer el bien, ni el reformador, pueden producir una revolución física total. Sin embargo, tal revolución debe producirse.

Dejando a un lado que es una necesidad y una urgencia el cambio que debe llevar a cabo todo hombre inteligente que esté alerta al mundo y su crisis y a su terrible miseria, lo que asimismo el que debemos realizar cada uno de nosotros, además de eso, hay un asunto mucho más profundo. En una mente y en un corazón condicionados por las innumerables influencias que el hombre es forzado a

aceptar; en una mente y en un corazón así, ¿es posible tener un renacimiento, no en algún futuro lejano, no en alguna otra vida según se cree en todo el Oriente —y la misma creencia en distintas formas también existe en Occidente—, es en forma alguna posible tener un renacimiento ahora, en este momento? No nos estamos limitando a un tiempo dado, pero son necesarios un renacimiento, una renovación que no dependan del tiempo en absoluto.

Solamente podemos hacer esta pregunta cuando hemos visto el absurdo de la vida promedio que llevamos: la vida de la clase media, de la burguesía; la vida de los comunistas, la vida que es una repetición interminable de un patrón. Siempre estamos copiando, imitando, continuando un pasado que no trae una nueva percepción, una nueva vitalidad, una existencia nueva. Cuando nos hacemos esta pregunta, no solamente debe haber mucha claridad en nuestra intención, sino que debemos también darnos cuenta por completo de que nadie puede contestárnosla. No hay autoridad que pueda decirnos si la mente, que es resultado del tiempo, o el cerebro que ha sido entrenado, civilizado y pulido, aunque continúa siendo el animal, puede vivir ese estado —no

realizarlo tan sólo por un minuto, no continuar en ese estado, sino vivirlo—.

En el momento en que preguntamos si es posible tener una continuidad de ese estado, ya no estamos viviendo. Un hombre que está viviendo plenamente, claramente, no se preocupa por el mañana. No hay preocupación alguna; él está *viviendo,* y no está mirando hacia una futura continuidad. Toda forma de continuidad, excepto el conocimiento de una destreza, es totalmente destructiva de lo nuevo. Lo que continúa es hábito, memoria, la repetición de un patrón de placer, de dolor, de deseo. La repetición de cualquier hábito, de cualquier patrón, no puede producir un estado de mente que sea totalmente nuevo, joven, decisivo, vivaz y no abrumado por el pasado. Esto es lo primero de que hay que darse cuenta si vamos a inquirir en el asunto de si la mente puede renovarse, ser nueva cada día, fresca, incontaminada. Toda forma de continuidad, excepto el conocimiento y la destreza, es totalmente dañina, es un bloqueo para una mente fresca, para un renacimiento. Lo que tiene continuidad es la actividad autocentrada en la cual los más de nosotros estamos atrapados: la ambición, la codicia, la envidia, la persecución del placer, el evadirse del dolor,

la imitación, el seguir, y todas las cosas que hace el centro. Ese centro es el resultado de esta continuidad y nosotros no podemos decir: «Terminaré esa actividad por la voluntad, por la determinación, por el deseo». Pero cuando vemos, comprendemos, entendemos la implicación total de lo que va envuelto en esa continuidad, entonces, por sí misma, ella termina. Podemos realizar esto, no intelectual, no emocionalmente, sino de *hecho,* como algo real, sólo cuando inquirimos dentro de este asunto del nacimiento de una mente nueva, de un corazón fresco, de la inocencia, porque el morir es la cesación de toda continuidad.

Para la mayoría de nosotros, la muerte es la terminación de algo que hemos conocido, algo que hemos experimentado o adquirido, y tememos el final acabamiento de algo del pasado. No estamos tan temerosos de la muerte física porque sabemos que el cuerpo experimenta cambios todos los años. Esos cambios la mente no puede controlarlos. Físicamente decaemos por la enfermedad, por accidente, por varias formas erróneas de vivir. Estamos temerosos, no de lo desconocido que yace más allá de la muerte, sino más bien de perder lo que tenemos, de no ser capaces de continuar con lo conocido. No podemos decir, «delibe-

radamente yo terminaré con el pasado, de modo que pueda tener un renacimiento, una mente nueva, un corazón fresco». No podemos *lograr* esto; no podemos practicar deliberadamente un sistema. La mera práctica de un sistema es, en sí misma, la continuación del pasado, y por tanto, no hay nada nuevo.

Si uno escucha no solamente al orador, sino a cada intimación, a todo el mundo en agonía, al mundo en el placer, al mundo en guerra, entonces el mismo acto de escuchar es el mayor milagro, el mayor misterio. Si uno puede escuchar y no traducir lo que escucha, o interpretar lo que oye, o condenarlo o juzgar, sin cargar con toda esa interferencia del pensamiento, lo cual es actividad autocentrada —si uno puede, de hecho, *escuchar*—, entonces descubrirá por sí mismo que con el pensamiento uno puede hacer ciertas cosas como alterar la situación política, producir unidad económica, barrer con la pobreza —todo lo cual puede y debe hacerse—; pero uno no puede hacer cosa alguna acerca de lo otro. El analizar, disecar, exponerse uno mismo, examinar todos los estados de ánimo, tan sólo conduce a más confusión, más miseria, más esfuerzo; pero si uno escucha, como escucharía ese arroyo que va corriendo, con quietud,

sin sentido alguno de adquisición, de retención o de rechazo, entonces uno verá que ese mero escuchar pone fin a la actividad autocentrada.

No les estoy pidiendo que hagan *otra cosa* más que escuchar. No me estoy complaciendo en ideas, en teorías, en fantasías, ni en algún concepto místico. Tan sólo estoy señalando lo que de hecho *es*. Si escuchan ustedes con un corazón abierto y una mente que no esté comprometida con nada más que el escuchar, entonces, ese mismo escuchar se vuelve acción y es ésa la *única* acción, la única operación que pone fin a la así llamada continuidad, a ese proceso imitativo y repetidor de demandas y búsqueda. Pueden ustedes ver por sí mismos muy claramente que lo que tiene continuidad no puede percibir o comprender algo nuevo. Sólo cuando se muere a algo, es que surge una cosa nueva. El morir a nosotros mismos, ese «nosotros mismos» que forma el centro de esta continuidad; morir a lo conocido, libertarse de lo conocido, he ahí la renovación de la mente: ello produce frescor. Entonces ustedes ven la montaña, el río, el árbol, la mujer, el hombre, el niño, a la humanidad, como algo totalmente diferente; como algo nuevo.

Eso es lo que la mayoría de nosotros estamos pidiendo, demandando, porque cuanto más intelectual es uno, cuanto más alerta, cuanto más informado está acerca del mundo, de toda la historia que se repite constantemente a sí misma, tanto más pregunta si el hombre puede renacer, surgir fresco, de modo que pueda vivir una clase de vida por completo diferente, tener un diferente modo de actuar, tener una distinta percepción de la existencia. Esto es lo que estamos buscando cada día. Envejecemos diariamente; aún la gente joven envejece, y si cada uno de nosotros es consciente de todas estas cosas, entonces la única pregunta valiosa que podemos hacer es: «¿Es posible renacer de modo que la mente y el corazón se renueven, sean frescos; de modo que puedan renovarse a sí mismos, y sean siempre frescos, siempre jóvenes, vivaces, nuevos?». Ello demanda una gran cantidad de energía; no la energía manufacturada por el conflicto, por la violencia, por la intención, por el esfuerzo. Todo eso tiene su energía propia, pero nosotros estamos viendo por nosotros mismos que para renovarse, para renacer cada día, para morir cada día a toda cosa conocida, de modo que haya frescor, que exista lo nuevo, y para vivir —no mantenerse en ello—, sino

ser en ese estado, se requiere una pasmosa energía, que no es la energía del conflicto.

Debemos inquirir en lo que *es* esa energía. Si somos saludables, fuertes, vitales, tenemos una gran energía física que es usada para la agresión, para la violencia, para tratar de llegar a alguna parte o hacer alguna cosa. Existe una gran cantidad de energía engendrada a través del conflicto, y la mayor parte de nuestra relación es conflicto. Necesitamos energía para ir a la oficina todos los días; para aprender, para hacer, para actuar. La energía que es producida, reunida, engendrada por la mente en su persecución del placer, la ganancia, la fama, nunca producirá una mente fresca, un corazón joven. Tenemos que inquirir en cuál es la energía que hará posible el morir todos los días a todas las cosas que la mente ha concebido, visto, observado y almacenado. Se requiere energía para morir a algó que hemos adquirido, que hemos almacenado; a las cosas que hemos conocido, recordado, acumulado. La muerte de la mente que tiene experiencias diarias; la muerte del cerebro que reacciona a cada movimiento de la vida; la terminación de lo animal en nosotros; todo eso requiere energía. Ello no es una cosa intelectual. El intelecto nunca puede crear la ener-

gía necesaria. Él crea la energía al actuar, al hacer algo, al seguir una idea, al formular alguna cosa y poner esa fórmula en acción; pero esa no es la energía de la que estamos hablando. Estamos hablando de una energía, de una vitalidad, de una fuerza que es necesaria con objeto de morir cada día, de modo que la mente y el corazón sean frescos, nuevos.

Juntos vamos a descubrir lo que esa energía es. No es el orador el que debe decirlo. Vamos a compartir juntos la búsqueda. Vamos a participar en esa extraordinaria energía que *hemos* de tener. Nos estamos preguntando cuál es esa fuerza que mantiene la mente joven. No sé cómo ustedes responden a esto; cuál es su respuesta, si es que tienen alguna. Es muy importante para cada uno de nosotros descubrir si estamos esperando que se nos diga; si estamos esperando que algún otro nos conteste. No hay nadie que responda a esto, ni nuestros dioses, ni nuestros sacerdotes, y ciertamente tampoco el comunista. Ellos no están interesados en eso. ¿Cómo responden *ustedes* a la pregunta de morir cada día a todo lo conocido, lo experimentado? En el mismo morir está lo nuevo.

Tiene que haber un enfoque sencillo a todo problema complejo. Especialmente un pro-

blema humano, con toda su complejidad, debe contestarse muy sencillamente. La palabra «sencillez» está muy recargada. Hay varios conceptos de lo que es sencillez. Si usted ha crecido en Oriente, la sencillez significa una comida al día y un taparrabo, y esto evidentemente no es sencillez. Aquí esa palabra tiene distinta connotación. Estamos usando la palabra «sencillo» en el sentido de no ser complicado, no estar cargado de ideas, de conceptos. Es muy difícil ser sencillo, simplemente. Para descubrir lo que es esa energía que siempre está renovándose a sí misma sin ningún motivo, debemos volvernos extraordinariamente sencillos. ¿Qué es esa energía? Podemos dar la respuesta con una sola palabra, pero esa palabra está tan cargada, tan agobiada por la repetición a través de los siglos que ha perdido su verdadera belleza. Esa palabra es *amor*. Conocemos el amor solamente como amor sexual, amor físico; amor que está cercado por los celos, por el temor; el amor a Dios, el amor al hombre. A eso llamamos amor. Usamos también esa palabra, cuando tenemos gran intimidad con otro, sexualmente o meramente en el contacto físico. La usamos también cuando existe una relación entre dos seres humanos, en la cual no hay conflicto, ni dominación ni

apego. Usamos esa palabra en el momento en que tenemos ese sentimiento extraordinario; pero el sentimiento ha desaparecido al momento siguiente. El pensamiento interfiere y viene la demanda de continuidad, de la repetición del placer. Toda la maquinaria empieza a operar.

Hablamos de una palabra que no es el hecho. La palabra o el símbolo nunca son el hecho. Estamos hablando de una palabra en la que no hay fragmentación, en la cual no hay sentido de «el otro», en la cual el observador ha cesado por completo y por tanto, lo observado ya no está presente. Debemos comprender esto muy profundamente, de otro modo, esta palabra tiene muy poco significado, excepto en la manera burguesa común. Ese amor que no es la palabra, esa energía, hacen renacer la mente y el corazón de modo que sean siempre frescos. Sólo esa energía mantiene la mente fresca, no en el tiempo. Cualquiera que sea la experiencia, la impresión, el conocimiento que uno haya adquirido, mueren en el momento en que han venido. Vienen, son experimentados y terminan; todo en un movimiento. Usted no puede adquirir eso que está más allá de la palabra. No puede practicarlo. La palabra «práctica» es algo te-

rrible. Hacer algo día tras día con objeto de adquirir, es la actitud más fea, burguesa y cruel.

¿Han notado el extraordinario cambio que ocurre sin esfuerzo cuando ustedes están muy quietos en su cuarto, en un autobús, o cuando están solos en un bosque? La mente está tan plena y rica, que no está pensando, ni viendo, ni observando. Está tan íntegra porque no existe el observador ni lo observado. Sólo ese estado es amor, no el asunto corriente del que ya hemos hablado. Ese amor es el único que puede poner fin a la continuidad. Entonces la vida tiene un significado porque ha terminado la contiinuidad.

Pregunta: ¿No es necesario tener continuidad en los hábitos normales físicos con objeto de escuchar las demás vidas que nos rodean?

KRISHNAMURTI: ¿Oye alguna vez la continuidad cosa alguna? Dijimos que uno ha de tener una continuidad física; no es cosa de despacharse para el otro mundo; pero ¿acaso ayuda el recurrir a otra persona? ¿Qué es lo que hay detrás de la pregunta? Usted escuchó a un católico y recogió algo al escucharlo. Oyó a un budista y también recogió algo. Oyó

a los comunistas y también algo retuvo. Esa colección ha sido reunida escuchando a diversas vidas. Usted ha coleccionado y esa colección tiene una continuidad. Nosotros estamos diciendo que debe terminar toda recolección. Lo que usted reúne es un museo, pero un museo nunca crea una pintura. La pintura es producida por un hombre a quien ya no preocupa el museo, la galería o el propietario de la misma. Él está embargado por el sentimiento de pintar. Si tiene cierta capacidad, él pinta, pero al pintar, la expresión tiene tan poco valor... Tiene valor únicamente para el coleccionista que hace dinero con ello. Si un pintor o un músico están preocupados con el dinero y su recolección, entonces cesan de ser pintor o músico.

Pregunta: Siento que mi vida diaria no tiene importancia, que yo debería estar haciendo otra cosa.

KRISHNAMURTI: Cuando usted esté comiendo, coma. Cuando esté dando un paseo, pasee. No diga: «Debo estar haciendo otra cosa». Cuando esté leyendo dé a ello su atención completa, ya sea que lea una novela policíaca, una revista, la Biblia o lo que guste. La atención completa es completa acción y,

por tanto, no hay el «debería estar haciendo otra cosa». Es sólo cuando no estamos atentos que tenemos el sentimiento de: «¡Por Dios, yo debería estar haciendo algo mejor!». Si prestamos completa atención cuando estamos comiendo, ello es acción. Lo importante no es lo que estamos haciendo, sino si podemos darle total atención. Quiero significar por esa palabra, no algo que aprendemos por medio de la concentración, en una escuela o en los negocios, sino *atender* con nuestro cuerpo, nuestros nervios, ojos, oídos, nuestra mente, nuestro corazón: completamente. Si hacemos esto, hay una tremenda crisis en nuestra vida. Entonces algo requiere nuestra total energía, vitalidad, atención. La vida demanda esa atención cada minuto; pero nosotros estamos tan entrenados en la inatención, que siempre estamos tratando de escapar de la una a la otra. Decimos: «¿Cómo voy a tener atención? Soy perezoso», *Sean* perezosos, pero estén totalmente atentos a la pereza. Estén totalmente atentos a la inatención. Sepan que no tienen atención en absoluto. Entonces, cuando ustedes saben que están totalmente atentos a la inatención, ya están atentos.

28 de julio de 1966.

X

Durante las pasadas nueve pláticas hemos cubierto más o menos los varios problemas con los cuales nosotros, como seres humanos, hemos cargado por muchos siglos. Nunca hemos podido resolver ni las guerras ni los sufrimientos por los cuales pasamos, física y psicológicamente. Tampoco hemos resuelto los muchos y complejos problemas con los cuales cada uno de nosotros se confronta en la vida diaria.

Vivimos en la superficie, esperando que de algún modo, alguna vez, estos problemas se resuelvan. Por desgracia los problemas no se pueden resolver a menos que nos enfrentemos a ellos, a menos que sepamos bregar con ellos, que veamos lo que de hecho son. Hemos sido entrenados a través de muchos, muchísimos siglos, como seres humanos, a evitar los problemas, a escapar de ellos, a reprimirlos, a esquivarlos o bien a defendernos de ellos; pero desgraciadamente, aunque tratemos de escapar, de esquivarlos, de levantar una defensa contra ellos, éstos existen todavía. Hemos construido

muy astutamente una red de escapes. Aparentemente, no podemos mirar en forma directa nada. Nuestras mentes tienen opiniones que nos impiden mirar las cosas como ellas son, de enfrentarnos a lo que es. Nuestras mentes y corazones nunca están vacíos para observar, para mirar.

Tenemos, pues problemas que no podemos resolver, o estamos comprometidos con muchas actividades políticas, sociales, religiosas y otras tantas; o bien, tenemos nuestros propios problemas neuróticos con todas sus complejidades. Una mente que está comprometida, siempre está confusa; y nosotros *estamos* confusos aun cuando no lo reconozcamos internamente. Estamos confusos en política, acera de la religión, acerca de lo que debemos hacer, lo que debemos pensar, si esto es verdadero o erróneo; estamos confusos sobre cuál es la conducta adecuada. Estamos completamente confundidos y cuanto más astutos, más incapaces somos de reconocer por nosotros mismos que estamos totalmente confusos, no parcialmente. Pensamos que lo estamos parcialmente, pero que hay momentos en que no lo estamos. Los momentos en que no estamos confundidos producen su propia acción y tenemos otro tipo de acción cuando lo estamos.

La acción nacida de la no confusión está siempre en conflicto con la que surge de la confusión; una reacciona contra la otra y de hecho nunca aceptamos que estamos *completamente* confundidos. Si reconocemos esto, entonces podemos proceder a buscar cómo ser libres de la confusión; pero jamás podremos descubrirlo mientras tengamos formulaciones, ideologías, compromisos o psicológicas afirmaciones. Usualmente vamos a través de la vida confusos, desdichados, sin darnos cuenta de nosotros mismos, o en un estado de fastidio, hasta que morimos. Esa es nuestra suerte. Hemos edificado una red de escapes. Inventamos reiteradamente varias trampas en las cuales caemos. Una de las grandes trampas es la idea de que tenemos que *buscar* y *encontrar*. Pero de hecho, no sabemos lo que estamos buscando. Decimos que estamos buscando la verdad, el amor, Dios, todas las innumerables cosas que cada persona, de acuerdo con su temperamento, está buscando. Nunca discurrimos por qué hemos de buscar en absoluto, qué es lo que buscamos o si existe tal cosa por la cual estamos preguntando, inquiriendo.

Si no buscamos, veremos que la cosa más importante en la vida es el no buscar en absoluto, porque entonces nos enfrentamos a ella,

nos enfrentamos con lo que en realidad tenemos que hacer. Es extremadamente difícil para muchos de nosotros el no buscar nada, el no tratar de encontrar. La mayoría estamos aquí porque buscamos algo. Generalmente, buscamos porque estamos enteramente confundidos. Una mente clara, una mente viva, vital, llena de energía, que ve la vida a cada instante como nueva, nunca está buscando. La idea de «buscad y encontraréis» es para mí totalmente absurda. ¿Cómo puede una mente confusa, pequeña, autocentrada, encontrar algo más allá de sus propias proyecciones? Un hombre sabio, un hombre que está alerta, nunca busca. Cuando ustedes no buscan en absoluto, no están dando margen a la experiencia y entonces es que empiezan a clarificar su confusión. La mayoría de nosotros deseamos más experiencias nuevas, una gran variedad de experiencias, más emociones, más visiones, mayor claridad; pero una mente que está anhelando «el más» está eludiendo lo que en realidad *es*.

Habiendo cultivado estos escapes, inevitablemente y como cosa muy natural, caemos en ellos; pero si un hombre es serio, fervoroso en sus intenciones, no intelectual y verbalmente, sino de hecho, entonces su principal interés es disipar toda confusión y todo escape.

No hay el buscar, pedir, propiciar y más y más experiencias. ¿Por qué buscamos «más»? ¿Por qué buscamos algo nuevo? Es porque nuestras mentes son pequeñas, superficiales, vanas, están embotadas, fastidiadas y deseamos escapar de todo eso a cualquier precio. Ese es nuestro interés principal. Tenemos nuestros dioses o decimos que estamos buscando una nueva dirección, o que todas las religiones llevan a la misma cosa. Vamos recogiendo lo que nos dan distintos líderes, los llamados seres espirituales. Todo lo cual indica una mente pequeña, estrecha, limitada. Tal mente no tiene espacio dentro de sí misma, y de ahí que hay más y más confusión, no menos. Decimos: «Ese es el recto sendero y voy a seguirlo». Sólo el neurótico, el incierto, ahora afirma eso. Todos esos negocios organizados llamados «religión» han fracasado por completo; no tienen ya sentido alguno. Si no buscamos y no tenemos fe alguna en esas organizaciones infantiles, entonces nos enfrentamos con lo que realmente *es*, con nosotros mismos. Si no somos capaces de resolver ese centro, esa pequeña esquina del vasto campo de la vida, estaremos en eterna lucha con ésta.

Después de haber puesto a un lado las organizaciones psicológicas, religiosas o espi-

rituales, los llamados «senderos que conducen a la verdad», surge el problema de libertar esta pequeña entidad, esta esquina que uno ha cultivado, cuidado, con la que hemos estado en lucha, con la que hemos peleado contra el vasto movimiento de la vida. ¿Cómo podremos libertar la vida para que no exista más esa cosa pequeña y tonta llamada el «mí», lo «mío»? ¿Puede uno resolver esto? No estamos hablando de si debe uno ir a la oficina, hacer esto o aquello; si debe uno tener más o menos dinero, más o menos trajes y toda esa clase de tonterías. Todo esto será contestado muy claramente, sin contradicción alguna, sin ninguna confusión, cuando el estado psicológico haya sido clarificado, cuando la pequeña esquina de esta vasta y compleja existencia que es el individuo, que es la familia, que es el «mí» y «lo mío», que reconoce y se identifica con la nacionalidad, con un grupo dado, con una idea particular, todo eso será contestado cuando esa pequeña esquina con toda su belleza, su gloria y su extrema delicadeza, haya dejado de existir.

Sólo es posible resolver y comprender ese centro, cuando no hay escape alguno, cuando somos capaces de mirarnos a nosotros mismos muy claramente, sin condenación, sin justifica-

ción o negación. Para mirar muy claramente, hemos de tener espacio. Para mirar a un árbol muy, muy claramente, para mirar a nuestras esposas, a nuestros esposos o vecinos; o mirár claramente las estrellas en la tarde, o las montañas, debe de haber espacio; pero lo que nosotros llamamos «espacio», es el que nosotros creamos: el espacio que conocemos está entre el observador y lo observado. Hay no sólo un espacio como tiempo, sino también un espacio como distancia. Nosotros mantenemos ese espacio en toda nuestra existencia, en todas nuestras actividades. El observador siempre se mantiene a distancia de lo observado y en ese pequeño espacio estamos experimentando, juzgando, evaluando, condenando y buscando.

Por favor, no solamente oigan y escuchen las palabas. Si están meramente escuchando palabras e intelectualmente diciendo «eso es obvio», entonces no se enfrentan en realidad a los hechos. El intelecto es la cosa más engañosa. Es absolutamente necesario con objeto de razonar cuerda, lógica y saludablemente, pero la totalidad de la vida no es intelecto, ni tampoco emoción o sentimiento. Si están ustedes escuchando lo que el que habla dice, verán no sólo el hecho real, la verdadera realidad del espacio, sino que al ir más hondo, ven

asimismo que mientras exista ese espacio, habrá conflicto. Ese espacio es contradictorio y donde existe contradicción tendrá que haber conflicto. Es como el hombre que está vacío, en soledad, insuficiente, para quien la vida no tiene sentido. Él proyecta un futuro a través del cual se realizará a sí mismo: en la literatura, la pintura, en la música o a través de alguna clase de experiencia o relación. La realización es el objeto, y el que la realiza es el observador. Entre el observador y lo observado siempre existe un espacio y por consiguiente, hay siempre ese sentido de conflicto.

Si uno comprende eso, no intelectualmente sino de hecho, ¿qué va uno a hacer? El espacio es necesario; sin espacio no hay libertad. Estamos hablando en el sentido psicológico. La libertad no es una reacción en contra de la sociedad, volviéndose un «beatnik» o un «beatle», o dejándose crecer el cabello; todo eso no es libertad. La libertad es algo completamente distinto, y esa libertad sólo puede venir cuando hay un inmenso espacio, no el que uno sabe que existe entre el observador y lo observado. Ese es sólo un espacio muy pequeño y cuando solamente existe ese pequeño espacio, no hay contacto. Es sólo cuando uno está en contacto; cuando no existe espacio

entre el observador y lo observado, que uno entra en una total relación, con un árbol, por ejemplo. No se identifica uno con el árbol, la flor, una mujer, un hombre o cualquiera otra cosa; pero cuando hay una completa ausencia de espacio como el observador y el observado, entonces existe un *vasto* espacio. En ese espacio no hay conflicto; en ese espacio hay libertad.

La libertad no es una reacción. Ustedes no pueden decir: «Bien, yo soy libre». En el momento en que dicen que son libres, no lo son, porque están conscientes de sí mismos como siendo libres *de* algo; y por consiguiente, están ustedes en la misma situación de un observador observando un árbol. Él ha creado un espacio, y en dicho espacio él engendra conflicto. El comprender esto no requiere acuerdo o desacuerdo intelectual, o decir «no lo entiendo», (sino más bien requiere el llegar a un contacto directo con lo que *es*). Ello significa ver que todas nuestras acciones, o sea cada movimiento de la acción, es del observador aparte de lo observado, y que dentro de ese espacio existe el placer, el dolor y el sufrimiento; el deseo de realizar, ser famoso. Dentro de ese espacio no hay contacto con *nada*. El contacto y la relación tienen un sentido diferente

cuando el observador ya no está aparte de lo observado. Existe entonces un extraordinario espacio y hay libertad.

El comprender ese espacio es meditación. El comprenderlo hondamente, sentirlo, ser él, vivir y dejarlo manifestar como parte de nosotros; el estar en ese espacio es algo completamente distinto. Entonces es que empezamos a comprender cuándo, cómo y qué hacer. Nosotros sólo conocemos el espacio en relación con un objeto. Existe el espacio creado por esta carpa, el espacio dentro de ella y el espacio fuera de ella; el espacio entre la montaña y nosotros. El espacio que conocemos es entre el observador y la estrella que él ve en un atardecer; la distancia, las millas, el tiempo que tomaría ir hasta ella. Aceptamos ese espacio, vivimos en él, en él tenemos todas nuestras relaciones y nunca nos preguntamos si existe una dimensión diferente del espacio. No estamos hablando acerca del espacio de los astronautas, de las personas que caminan en estado de ingravidez. Ese no es el espacio del cual estamos hablando; eso pertenece todavía al tiempo, al observador y lo observado. Estamos hablando de un espacio en el cual no existe el objeto como lo observado. Es muy importante descubrir esto, no a través de pa-

labras porque ellas serían símbolos. La palabra y el símbolo no son la realidad. La palabra «espacio» no es en realidad el espacio. Tenemos que encontrar, descubrir ese espacio extraordinario y sentirlo.

La meditación es de gran importancia, no cómo se medita, no la práctica de la meditación, no la manera en que hacemos perdurar ciertas visiones; no ese inmaduro e infantil asunto que el Occidente ha derivado al Oriente. Deben ustedes tener una gran dosis de escepticismo; y espero que lo tendrán en sumo grado cuando escuchen lo que se dice aquí o en cualquier otro lugar, porque entonces ustedes encontrarán por sí mismos.

Es algo más bien infantil que ustedes vengan aquí, a estas reuniones, a experimentar algún nuevo y fantástico estado místico. Eso lo pueden lograr fácilmente por medio de una droga. Si tienen una seria intención de encontrar por ustedes mismos, no de buscar, sino de ver algo totalmente nuevo: descubrir una nueva flor, una brizna de hierba que nunca vieron antes, no importa que hayan pasado cientos y millares de veces a lo largo del camino donde crece; entonces ustedes descubren algo que es un renacimiento, algo que no tie-

ne relación con el pasado; la mente se les vuelve joven, fresca, inocente.

La meditación es de importancia porque es sólo la mente meditativa, la mente que está mirando, oyendo, escuchando, y observando, alerta de todas sus reacciones y sutilezas, sin nunca condenar, justificar ni tratar de volverse famosa, sino simplemente observando, es sólo tal mente la que tiene significado. No hay nadie que les conteste sus preguntas. Si hacemos una pregunta correcta, en ella misma está la contestación. Pero si preguntamos a otra persona y aceptamos lo que nos dice, somos tontos. Entonces vivimos de fe y esperanza, atrayendo de ese modo la desesperación, la ansiedad y el temor. Pero si uno observa mientras camina, se mueve o actúa, uno descubre por sí mismo la significación plena de la existencia. Eso puede descubrirse solamente cuando existe ese estado de observación, de escuchar. Ello quiere decir que uno nunca rechaza, nunca reprime ni se defiende. Cuando nuestra mente es vulnerable, cuando el cerebro ya no funciona como el del animal, con su codicia, envidia, ambición, agresividad; entonces, se es capaz de escuchar *totalmente* y por tanto de descubrir y ver por uno mismo.

Lo que ustedes descubren no es lo que *desean* descubrir. A través de siglos, por miles y miles de años, antes de Sumaria, de Egipto, de la India, antes de Grecia y Roma, los seres humanos siempre han buscado a tientas ese estado extraordinario. El hombre le ha dado diferentes nombres de acuerdo con su fantasía y su cultura: Dios, Creación, Brahma. El hombre siempre ha vagado hambriento tras ello, porque ha comprendido que la vida es demasiado corta. *Su vida,* no la vida misma, sino su particular pequeña esquina, tan *sin* sentido, pero a la que él se agarra, es demasiado corta. Sabiendo que existe la muerte, el hombre espera encontrar algo mucho más allá del tiempo, del espacio y del conocimiento. Tal cosa existe sólo cuando la mente y el corazón están libres de lo conocido y por consiguiente hay vasto espacio. Sólo en ese espacio puede haber paz y libertad, y solamente en ese estado puede el hombre realizar y escuchar una dimensión que de otra manera no puede encontrar, no importa lo que haga. Él sólo puede llegar a esa dimensión, oscuramente, sin el «desear». Puede el hombre encontrar ese estado, y cuando da con él, ello es suficiente. Puede durar una vida o un segun-

do, pero ese segundo es del espacio vasto e infinito.

Lo que importa es comprender, no intelectual o verbalmente, sino de hecho, que uno está totalmente confuso, lo cual es un hecho cierto. Al leer cualquier periódico o revista; ir a cualquier iglesia, al escuchar alguna charla política, uno en realidad se desespera de ver cuán terriblemente confuso está. Si comprendemos que nunca podemos escapar de ese hecho real, empezaremos a descubrir por nosotros mismos cómo miramos al hecho de lo que uno es, no a lo que uno piensa que debe ser. Eso también es un escape. Entonces uno descubrirá por sí mismo que está mirando como el observador y lo observado, creando así espacio, atrayendo a ese espacio conflicto y contradicción interminables. Cuando se comprende todo esto, nuestra mente está en estado de meditación. La mente individual es la mente local, la mente de Gstaad, de Suiza, de Inglaterra, de Rusia y así por el estilo. Pero la mente humana no es la individual. La individual tiene su lugar —uno tiene que ir a la oficina; uno tiene su propia cuenta corriente; su propia pequeña familia—, pero la mente individual nunca puede volverse la mente humana. La mente humana es una entidad in-

mensa que ha vivido diez mil años o más, y es esa mente humana, en sus luchas, la que puede comprender una dimensión totalmente nueva, no tocada por lo conocido.

Pregunta: Me gustaría comprender el significado de un espacio en el cual el observador y lo observado no existen.

KRISHNAMURTI: Nosotros sólo conocemos un espacio: el espacio del observador y lo observado. Miro este micrófono como observador, y hay el objeto que es el micrófono. Existe un espacio entre el observador y lo observado. Este espacio es distancia, distancia que es tiempo. Existe el observador y a distancia entre él y la estrella, entre él y la montaña. Para cubrir esa distancia necesitamos tiempo. Cuando más de prisa vamos, más pronto cubrimos ese espacio; pero todavía se trata del observador viajando hacia lo observado.

Usted está preguntando qué es el otro espacio, el cual no es éste de que acabamos de hablar. No se lo puedo decir. Puedo sólo decirle que mientras haya este espacio como el observador y lo observado, el otro no existe. El que habla también ha declarado que hay una manera de librar al observador que es-

tá siempre creando el espacio entre el observador y lo observado. Por mucho que usted pueda extender ese pequeño espacio, siempre existirá. Un aeroplano vuela sobre nosotros. Usted como un observador, como uno que escucha, está escuchando ese sonido. Usted es el escuchador, y el sonido está allá. Existe un espacio. Ese espacio es un intervalo de tiempo. El mismo se está dilatando más y más y más; expandiéndose en el universo. Hay siempre el observador y hay siempre lo observado: usted y su esposa; usted y su casa; usted y el río; usted y su país; usted y el gobierno; yo como comunista o musulmán o cualquiera otra cosa, y el no comunista, el ateo y el bárbaro. Mientras tanto este espacio exista, mientras tanto haya contradicción, habrá conflicto. Para libertar la mente del observador no hay escape posible. No escapen ustedes, no busquen. Enfréntense al hecho de lo que ustedes son; no lo interpreten en términos de lo que creen ser o de lo que deben ser. Cuando se enfrenten al hecho de lo que son en realidad, sin escapar, sin nombrarlo, sin la palabra; entonces, el hecho se tornará totalmente distinto. Cuando ustedes hacen eso con cada reacción, con cada movimiento del pensar, entonces se liberan del observador; enton-

ces hay una dimensión del espacio totalmente distinta.

Pregunta: ¿Cómo puede experimentar uno esta diferente dimensión del espacio?

KRISHNAMURTI: Usted está ahí, yo estoy aquí; eso es todo. Todo lo que usted conoce es el espacio entre usted de pie ahí y yo; entre usted y la montaña, usted y su esposa, usted y un árbol, usted y su país. Cuando usted conoce ese espacio, sabe que nunca está en contacto con nada. Usted está en aislamiento. Cuando no existe contacto entre usted como observador, y yo como lo observado, toda la vida se vuelve contacto. Eso es todo.

Pregunta: ¿Cree usted que la libertad viene cuando uno está maduro?

KRISHNAMURTI: En primer lugar, yo no creo en nada. No se rían, por favor; lo que estoy diciendo es muy serio. ¿Por qué debe uno creer en cualquier cosa, hasta en los platillos voladores? ¿Por qué hemos de creer que existe Dios o no existe? O lo hay, o no lo hay. ¿Por qué debe uno creer?... Si uno ha visto eso, adquiere una mente extraordinaria. ¿Viene la libertad en el preciso momento? La libertad viene para cualquier persona que está real-

mente ansiosa de descubrir. No importa el tiempo ni la madurez; no es asunto de madurar con la vejez; de lograrlo a través de la recta acción. La madurez no viene con la edad, por el desarrollo del cuerpo. Viene cuando se es realmente serio y se ha comprendido qúe no hay escape posible. Cuando uno ve la vida como ella es, cuando uno se ve a sí mismo como es; desde allí uno puede moverse.

31 de julio de 1966.

INDICE

el despertar de la sensibilidad

J. Krishnamurti